

**VOL.
17**

www.icesi.edu.co/papeldecolgadura

[f papeldecolgadura](#)



papel de colgadura
vademécum gráfico y cultural

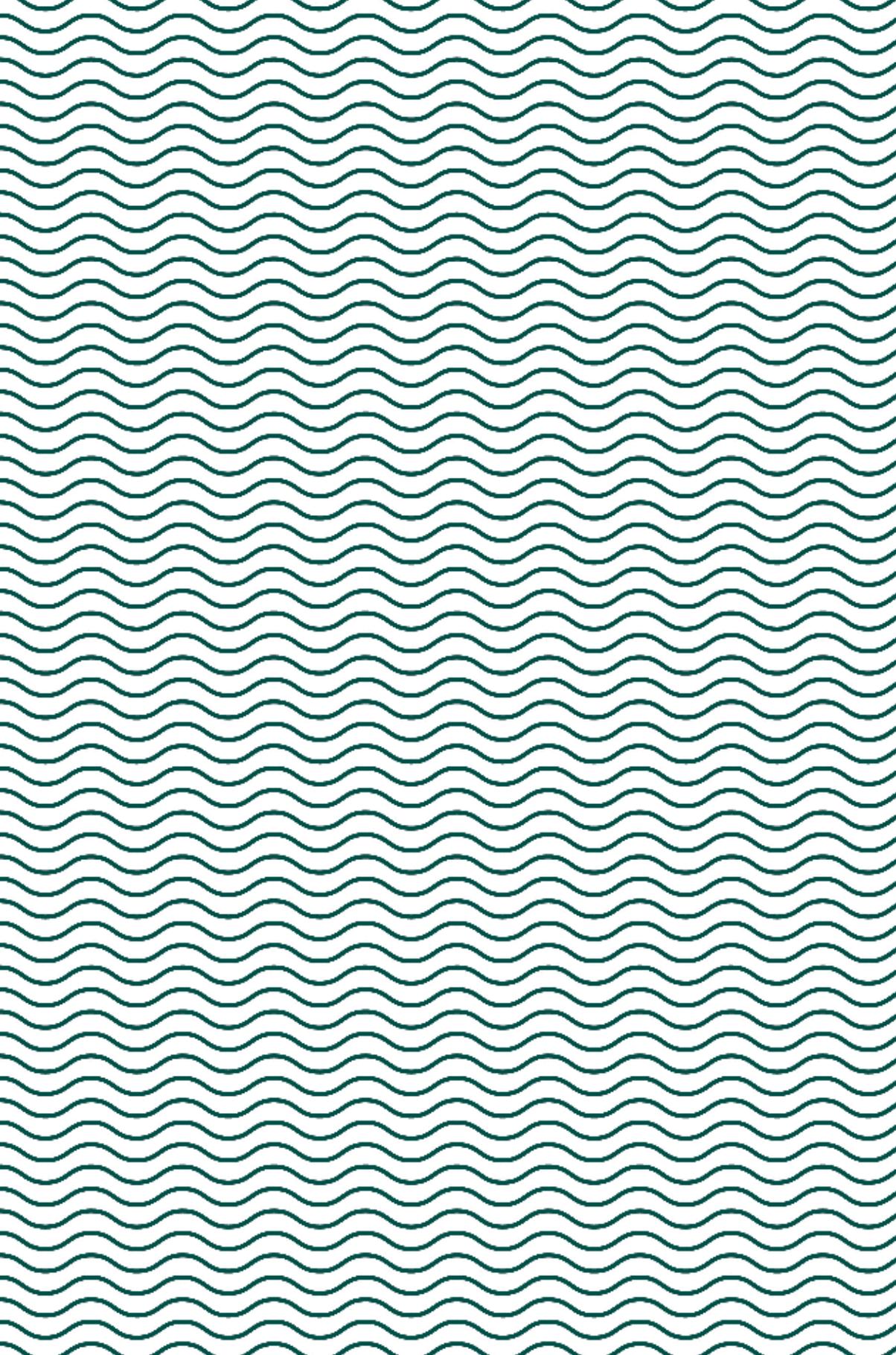


ISSN 2011-9763

\$ 10.000 pesos



UNIVERSIDAD
ICESI



pdc
papel de colgadura
vademécum gráfico y cultural

PAPEL DE COLGADURA
VADEMÉCUM GRÁFICO Y CULTURAL

Universidad Icesi
Facultad de Derecho y
Ciencias Sociales

Rector
Francisco Piedrahita Plata

Decano Facultad Derecho
y Ciencias Sociales
Jerónimo Botero Marino

Director Académico
José Hernando Bahamón Lozano

Secretaria General
María Cristina Navia Klemperer

Coordinador Editorial
Universidad Icesi
Adolfo A. Abadía

Decimoséptima edición,
Agosto de 2018

© Derechos Reservados

Dirigida por
Margarita Cuéllar Barona

Diseño y Diagramación
Natalia Ayala Pacini
(nataliaayalapb@gmail.com)

Comité Editorial Invitado
María del Pilar Caicedo Estela
Hanni Jalil Paier
Juliana Penagos Montoya

Editorial Universidad Icesi
Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia
Teléfono: +57 (2) 555 2334 | E-mail: editorial@icesi.edu.co
<http://www.icesi.edu.co/editorial>

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*
ISSN 2011-9763



Universidad Icesi
Departamento de Artes y Humanidades
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales
Calle 18 No. 122 - 35
Cali – Colombia

papel de colgadura es una publicación de la Universidad Icesi de Cali. Los artículos contenidos en la revista son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de las directivas de la revista o de la Universidad, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores

La reproducción total o parcial de la revista es posible con previa autorización de los autores o de la revista.

www.icesi.edu.co/papeldecolgadura

Sobre papel

El año pasado (2017) se cumplieron cuarenta años de la publicación de la novela ¡Que viva la música! y, paradójicamente, cuarenta años del suicidio de su autor, Andrés Caicedo. Era la tercera vez que Caicedo intentaba quitarse la vida. Murió el cuatro de Marzo de 1977, el mismo día en que recibió el primer ejemplar de su novela publicada.

Cuarenta años después, la novela y el mito que hemos construido alrededor del autor, su obra y su muerte, sigue envolviendo esta ciudad, atrapando a miles de jóvenes que continúan identificándose con sus palabras.

Fue una de las novelas que marcó mi juventud y estoy segura de compartir esta experiencia con muchas personas; en especial con los y las caleñas que, en la edad en la que todo adolece, sobrellevamos este *Calicalabozo* echando mano de la literatura, la salsa y la rumba como vías de fuga y como motores de encuentros con la diversidad caleña. Encuentros como los que vivía la heroína de la novela. Y es que pasa que, en una sociedad tan jerarquizada, la fiesta y los paseos al río nos permitían cruzar barreras de clase y clasificación étnico-racial. Abrazábamos y aplaudíamos las transgresiones de María del Carmen Huerta, tal como las siguen abrazando y aplaudiendo los miles de lectores y lectoras que dan con Caicedo, su novela y su legado.

El año pasado, motivadas por el interés de un grupo de estudiantes, empezamos a pensarnos una serie de encuentros académicos para conmemorar los cuarenta años que han pasado luego de que publicara la novela y de que Caicedo se quitara la vida. Esta edición surge del interés y la fascinación que Caicedo continúa despertando entre lectores y lectoras de diferentes edades, pero recoge, en espe-

cial, la mirada de los jóvenes que siguen interesándose por su obra.

Esta edición recoge también el cuento ganador del concurso de cuentos que María del Pilar y Vickie Caicedo sacaron adelante para conmemorar los cuarenta años de la novela y de la muerte de su hermano. Al concurso se presentaron 826 cuentos de jóvenes escritores de todas partes de Colombia y contó con la presencia de escritores como José Zuleta, Harold Kremer, Humberto Jarrín, Carmiña Navia, Angela Rosa Giraldo, Melba Escobar, Juan Gabriel Vasquez y Juan Esteban Constain quienes hicieron las veces de jurados, así como Ricardo Silva Romero, pieza fundamental en la organización del concurso.

Inspirados en el concurso de cuentos, el Centro LEO de la Universidad Icesi (centro dedicado al estudio de la Lectura, Escritura y Oralidad) lanzó un concurso de ensayos sobre la obra de Caicedo y esta edición incluye también los tres textos ganadores. Ensayos como los de estos jóvenes, y como los escritos de Mariana Arias y Juliana Penagos, dan cuenta de cómo estas generaciones continúan leyendo a Caicedo; textos como los de Betty Osorio, Estefanía Calderón, Edwin Carvajal, Vilma Penagos y Santiago Andrés Gómez dan cuenta de cómo la academia aborda su obra.

De modo que, les invitamos a leer estos autores y autoras de diferentes edades que hablan, desde diferentes lugares, cómo vivieron y continúan viviendo las palabras y el legado de Andrés Caicedo.

Quiero dar un agradecimiento especial a María del Pilar y Vickie Caicedo por abrirnos las puertas de sus casas. Su generosidad y confianza hicieron posible esta edición de la revista.

VILMA PENAGOS CONCHA
Cali años 70

08 - 12

PILAR CAICEDO ESTELA
Mi papá y Andrés

13 - 17

EDWIN CARVAJAL
El arte en la obra de Caicedo

18 - 23

ALBERTO FUGUET
El hombre que vio demasiado

24 - 27

SANTIAGO ANDRÉS GOMEZ
Siempre viva asesina de Caicedo

28 - 33

JULIANA PENAGOS MONTOYA
Nosotras las heroínas

34 - 36

ESTEFANIA CALDERÓN
El eterno retorno y la esperanza

37 - 39

40 - 44

MARIANA ARIAS LLANO

Andrés Caicedo fue mi salbutamol existencial

Concurso de ensayo

JULIÁN DAVID VIDAL

Generaciones de degeneraciones: Caicedo inmutable

DANIELA CLAROS COPETE

Que viva la música o el cambio de la sociedad caleña en los 70

ANDRÉS FELIPE VARGAS

A la memoria de Andrés Caicedo: “odiar es querer y aprender a amar”

45 - 64

Concurso de cuentos

HAROLD MUÑOZ

Cuando ellos me llaman

65 - 81

JAIME ACOSTA MORALES

El teatro transgresor de Andrés Caicedo

82 - 91

BETTY OSORIO

Todo lo sólido se desvanece. ¡Que viva la música! de Andrés Caicedo!

92 - 99

CALLI, AÑOS

70

**Vilma Penagos
Concha**

Antes de terminar la década del 60 llegué a Cali junto con mi familia porque a mi padre lo habían contratado en un importante almacén de esta ciudad: La Casa Agraria. Yo tenía tan sólo 7 años, pero recuerdo bien cómo fue aquello, cómo se tomó la decisión, cómo se emprendió el viaje por la antigua carretera sin pavimentar que tomaba 5 horas para hacer el trayecto entre Popayán y Cali. Recuerdo el perro mareado por tanta curva, la cuna del bebé recién nacido, el mecato puesto por la abuela y la ansiedad que tenía de llegar a un lugar desconocido donde creía que las cosas iban a ser mejor.

Sin embargo, los años 70 en Cali llegaron con el mismo sinsentido que desde la infancia se había poblado mi vida. La misma falta de perspectiva para una niña que al fin de cuentas lo único que quería era entender para qué servía en la vida. La década anterior se había escurrido entre mis ensoñaciones y mis tristezas, el colegio, las amigas de la cuadra, los enamoramientos platónicos que siempre terminaban con un baldado de agua fría. Ninguno llegó a mi puerta para despertarme del aburrido sueño de mi pubertad.

Mi madre, que siempre se había creído de mejor familia que todo el mundo, con incuestionables ancestros extremeños, nunca quiso vivir en otra parte de Cali que no fuera el Norte. Apenas se pudo,

mi padre fue conminado a comprar una casa en el barrio La Flora, donde tuve mi tradicional fiesta de 15 años a pesar de oponerme ya a ese tipo de festejos. Yo era, por lo tanto, y aun siendo *oscurita*, una habitante del *Nortecito* que Andrés immortalizó en sus relatos. Es decir, que hacía parte de ese sector que en esa época empezó a engrosar las ciudades con el surgimiento de la nueva clase media colombiana, de casas igualitas en barrios interminables como Vipasa o La Flora, y cuyos hijos estudiábamos en los también recién aparecidos colegios privados para la clase media.

Para quienes no nos creíamos el cuento de haber nacido para destinos superiores, la juventud se nos avizoraba como un largo y caliente aburrimiento que sólo lográbamos mitigar con los desplazamientos continuos por el *Nortecito*, y aquí la ironía del diminutivo cobraba todo su sentido. Ese espacio era un lugar por donde los hijos e hijas de esa clase media recién nacida nos paseábamos como quien se pasea por el Edén, era nuestro universo de libertad.

Los del *Nortecito* éramos quinceañeros y quinceañeras cuyos abuelos habían huido del campo, pero lo llevaban en el alma, y cuyos padres trabajaban en oficinas y comercios recién abiertos. Sus hijos deambulábamos en un circuito que iba desde Las Vallas, donde iniciaba la Avenida Sexta, pasando por el puente de Chipichape, la esquina de Squibb, Dary Frost, el Centro Comercial del Norte, el parque de Versailles, el Oasis y el resto de la Avenida Sexta. En algunos casos había escapadas a los barrios Centenario y Santa Teresita, pero los del *Nortecito* teníamos orden expresa de no traspasar el límite del Paseo Bolívar. Ir al Sur no era viable, so pena de hacerse encerrar por largo tiempo. El Sur, a ojos de nuestras madres, era un lugar de perdición. Hay

que aclarar que el Sur de Cali de los años 70 no era lo que luego fue con la llegada de los nuevos ricos y de los viejos ricos que comenzaron a poblar Pance y Ciudad Jardín a finales de los 80. Era un Sur popular, mestizo y alborotado. Imposible que una niña del Norte, y sobre todo una niña, visitara tan malucos lugares. Qué tal que se enredara con uno de esos y ahí sí, la ansiedad de subir en la escala social se viera fuertemente comprometida.

En días de semana ni soñar con salir a la calle. Pero el viernes, después de clases, y el sábado, el circuito era obligatorio. En bandas de jóvenes, hombres y mujeres, subíamos por la Sexta hacia el teatro Calima o el Centro Comercial del Norte. Recuerdo muchos viernes sentada con mis amigas en los muros internos de este Centro Comercial, el único y más distinguido de la época, delante de la puerta por donde se ingresaba a Sears, charlando y riendo de todo y de nada, y sobre todo, viendo el tiempo pasar, porque no había nada más que hacer en ese *Nortecito* recién inaugurado. Fue en esa época que la Avenida Sexta asumió plenamente su nombre propio, era nuestro club, nuestra zona de esparcimiento. Era un lugar lleno de luz, de casas grandes con fachadas hermosas y muchos árboles. Recorrer la Sexta un viernes después de las cuatro de la tarde junto a la refrescante brisa caleña era nuestra primera, y aún ingenua, sensación de libertad. Pero en verdad, los jóvenes del *Nortecito* de los 70 nos moríamos de tedio en esta ciudad que no nos proponía nada para saciar nuestras ansias de movimiento.

Por esto, el Cineclub del sábado a mediodía en el teatro Calima se convirtió en una puerta de escape del aburrimiento. En el cine nos encontrábamos para vivir algo distinto. Nuestras familias no sabían a ciencia cierta a qué íbamos, puedo pensar que para ellos era la prolongación del



“
 Así fue hasta
 aquel 5 de marzo
 de 1977 cuando
 en el periódico
 local salió la
 noticia de la
 extraña muerte de
 Andrés Caicedo,
 un joven escritor
 que junto a otros
 había creado el
 Cineclub
 ”

“matiné” infantil y, tal vez, por eso nos permitían ir sin mayor problema. Eso sí a las tres teníamos que estar de regreso.

Ir al Cineclub me generaba una emoción extraña, nueva, no sólo era sumirme en otro mundo por espacio de unas horas, sino, también, ir a percibir algo que no lograba aún entender. En la entrada del teatro se agrupaban algunos jóvenes de pelo largo y andar descomplicado, vestidos de *jeans* y camisetas chinas que hablaban en un lenguaje desconocido. A mí me parecía que ellos tenían la clave secreta para salir del aburrimiento que me asfixiaba. Podría decir que la película no empezaba en la pantalla, sino en la cola, en la espera para entrar, en mirar ese grupo y preguntarme cuál era el secreto de su alquimia.

En ese entonces, empezó también mi afición por la lectura. Leer periódicos, revistas y alguna que otra obra literaria fue la otra puerta que permitió la escapada del aburrimiento norteño-tropical. La literatura empezó a llegar a mi casa, gracias a las hermosas promotoras del Círculo de Lectores que visitaban a mi padre en su oficina para ofrecerle el catálogo. Pero, también a él que sin saber lo que hacía, llevaba este catálogo a casa para que hiciéramos el pedido, y así poder tener la agradable visita de las vendedoras cada mes. Leer fue otro intento para entender la vida y utilizar el hecho de ser alfabeto. Me aficioné a ese ejercicio.

Al Sur sólo se iba en escapada flagrante, a punta de mentiras que iban desde trabajos en grupo donde Vicky, que también vivía en la Flora, hasta preparación de exámenes de trigonometría en casa de Ligia, que era la porra de la clase y vivía en Colseguros. Hasta su casa era llevada en carro con orden de no salir ni a la esquina. La verdad era que apenas el carro

volteaba la esquina nosotras salíamos por la otra para ir a bailar ese ritmo endiablado que tanto nos gustaba y que mi mamá consideraba música de negros. Mi adolescencia transcurrió entre mi aburrida vida hogareña, el colegio en donde sólo me animaba a ganar el año por el espanto de tener que repetir, las romerías hasta el Cineclub y las fugaces escapadas al Sur donde sí se vivía.

A esa tediosa burbuja que era ese Norte de Cali, nos llegaban ecos lejanos de jóvenes muertos en noches de riñas, de estudiantes revoltosos que se tomaban las calles para protestar contra el gobierno; de cosas que no entendíamos y que estaban lejos de nuestro pequeño universo.

Así fue hasta aquel 5 de marzo de 1977 cuando en el periódico local salió la noticia de la extraña muerte de Andrés Caicedo, un joven escritor que junto a otros había creado el Cineclub. La reseña de su muerte iba acompañada de una foto donde reconocí la imagen de ese ser famélico, con gruesas gafas de marco negro y un esmirriado pelo largo que le enmarcaba el rostro. Ese año se publicaron en la prensa muchos artículos y ensayos sobre él, sobre el grupo de Cali, sobre el fenómeno del Cineclub en esta ciudad que parecía condenada al pavor de tierra caliente. Comencé a coleccionar estos recortes de prensa en un folder que guardaba preciosamente en mi closet junto a mi ropa. Sin jamás haber hablado con él, su muerte fue un golpe muy duro que me acercó, como una revelación, a su obra. Leyendo ¡Qué viva la música!, al fin entendí por qué la vida parecía tan aburrida y absurda en este *Nortecito* caleño.

En junio de ese año terminé la secundaria en el colegio de San Luis Gonzaga, donde había ido a parar echada del His-

panoamericano por bajo rendimiento. Mi eterno aburrimiento, sin embargo, no disminuyó y al final del año me encontraba en el mismo punto. Después de la fiesta de grado había que tomar decisiones sobre qué hacer con la vida, y yo, la verdad, no veía ni por dónde ni con qué. Por eso y porque estaba de moda, pensé que la mejor opción era irme de Cali, de Colombia y de Suramérica si era posible. Había llegado a la conclusión de que sólo el viaje daría sentido a mi vida, pero no veía en las estrellas por dónde podría ser esto. De mala gana y sin mucha motivación viajé hasta la Universidad del Valle para inscribirme en una carrera, me presenté a Enfermería porque en la familia había una pariente que había estudiado eso y le iba bien. A mí eso no me sonaba para nada, pero, me dije que para evitar problemas en la casa había que hacerlo.

Un día, mientras caminaba hacia admisiones en Univalle, algo llamó poderosamente mi atención: el movimiento guerrillero M-19 estaba haciendo una campaña de reclutamiento de jóvenes en la universidad. Al escuchar su arenga y leer sus volantes me dije que eso sí era algo emocionante, me quedé escuchándolos y me encantó su discurso rebelde.

Al mismo tiempo y sin yo saberlo, mi madre, tal vez previendo el *destinito fatal* que me esperaba, armó un viaje para sus dos hijas mayores, mi hermana mayor y yo. Al final de ese terrible año de 1977 viajamos a Francia para trabajar como *aupair* e intentar resolver el asunto de ser mujeres en un momento y en un lugar donde todo parecía ir al revés.

La memoria de Caicedo y sus relatos nunca se borraron de mi mente.

—
Vilma Penagos Concha

Pilar Caicedo Estela

MI PAPÁ (Y ANDRÉS)

La relación de Andrés Caicedo con su padre nunca fue fácil. Tenían dos concepciones y expectativas del mundo, y de ellos mismos, bien diferentes.

Carlos Alberto Caicedo venía de Popayán de un ambiente cerrado, con conceptos sobre los hijos y las obligaciones con la familia, alejados de la realidad en la que creció y sobre la que leyó y escribió su hijo Andrés.

Sin embargo, un tema que los unió, o más bien, les permitió conversar sin cho-

car, eran los sueños. Nunca supe por qué, o que significado tenía para ellos, pero recuerdo se contaban sus sueños y discutían si se soñaba en colores o en blanco y negro. Quizá Andrés ya miraba los sueños como una película.

Para la muestra un botón... una carta que le escribe mi padre a Andrés en 1.974

El inicio...

set 27/74

Andrés:

La última vez que estuvimos hablando, y al despedirnos, tratamos un tema sobre el sueño. No recuerdo si al día siguiente o esa misma tarde, al hacer un "rodeo" de recuerdos y ensañaciones, viro a mi memoria un ejemplo que en los textos de literatura es muy citado, ~~para explicar~~ para hacer notar el uso correcto de la repetición de una palabra en forma tal que no sólo es de una gran cadencia musical sino y especialmente, de hondo significado peyprativo y dice hasta donde mi memoria recuerdo:

De lo que sueño en el soñar del día,
al soñar de noche me despierto
y de un sueño a otro sueño que convierto
cuando sueño que el sol mi sueño espía.

del doble sueño vivir en armonía ...

.....

.....

del cual despertare cuando haya muerto
sino sigo soñando tpavía

Y el final...

Bueno Andrés, talvez me despierte del sueño o voy a soñar en otras cosas.

Te Abrazo

Carlos

Mucho se ha dicho y escrito sobre las actitudes, enfrentamientos, discusiones, ires y venires de ellos dos, por eso quiero resaltar hoy aquí, algo distinto y es la actitud que el padre asumió, cuando le tocó afrontar la prueba más dura para un ser humano: el suicidio de su propio hijo.

Lo más sencillo quizá hubiera sido la negación, actitud que tomó la madre, a tal punto que nunca dijo: **el día que Andrés se mató, o, se murió** sino, **el día que Andrés se fue.**

Mi madre guardó todas las cosas del cuarto de su hijo, incluyendo la ropa, en un arcón de su casa. Déjenmelo quieto,

solía decir ante las múltiples ofertas de edición, estudios, publicaciones, filmación etc. Ya no podía hacer nada ante su novela *editada* ¡Que viva la música!, pero lo demás, lo guardaba celosamente en lo que en la familia siempre hemos llamado, El arcón de Andrés.

Por muchos años respetamos los sentimientos y deseos de nuestra madre, pero Carlos Alberto Caicedo era otra cosa. Por los laditos se le fue metiendo a la inconsolable madre hasta que un día se dio la bendición y abrió el arcón. Para esa fecha mi papá ya había leído y subrayado muchas veces ¡Que viva la música! y



El atravesado, encontrando de seguro, anécdotas y lugares comunes de la familia y de ellos dos. Tal vez buscaba entender, en esas letras, a ese hijo que se le fue antes de que él pudiera haberlo descifrado.

Para este adolorido padre, debió ser toda una sorpresa encontrar que Andrés, a pesar de haber vivido una vida bastante desordenada, era sistemáticamente ordenado para escribir y se hacía planes sobre cómo dividir el día y que le alcanzara el tiempo. En esa época no existían los computadores personales, pero Andrés escribía en su vieja máquina y utilizando papel carbón, dejaba copia de todas y

cada una de las cartas que mandaba, aún las más personales.

Cada película que veía, cada experiencia que vivía, la plasmaba en una hoja de papel. El arcón resultó contener todo un tesoro de donde Carlos Alberto, sacó anotaciones, escritos, cartas, cuadernos, revistas, libros y fotos. Con la minuciosidad de contador que tenía, lo catalogó y ordenó todo. Llamó después a Luis Ospina, uno de los más cercanos amigos de Andrés, para preguntarle él que creía que se podía hacer con esa obra “escondida”. Luis asumió entonces la tarea de editar la obra junto con Sandro Romero

quien, a pesar de que nunca fue amigo de Andrés (no sé si le conoció en persona) estaba muy interesado en conocer más de su obra.

Esa obra salió a la luz, gracias al apoyo incondicional de mi padre, quien supo convertir su dolor y sus culpas en una gestión creativa de la obra de Andrés Caicedo. Apoyado siempre por lo que él llamaba su Junta Directiva, - sus tres Marías -, María Victoria, María del Pilar y María del Rosario. Pero fue Vickie, la única de las tres hermanas que en ese tiempo vivía en Cali, ya que Rosario y yo estábamos fuera de Colombia, la que tuvo el honor de acompañarlo en su trasegar por las editoriales, respaldarlo en los múltiples conversatorios que empezaron a surgir en las Universidades y la presentación de su obra en el Teatro Matacandelas de Medellín. Vickie estaba siempre allí para tomar la palabra cuando a ese viejo le subía el dolor a la garganta y se le quebraba la voz. Fue un trabajo dedicado y amoroso, y fue por él que hoy el mundo conoce sus palabras, tal como Andrés siempre quiso. *“Dejo algo de obra y muero tranquilo”*.

Sin embargo, la tarea de mi padre no terminó allí. Siguió leyendo sus escritos, estudiando su prosa y promocionándola todos los días de su vida. Tuvo el gran

placer y generosidad de donar no sólo los papeles y manuscritos originales, sino la biblioteca personal de su hijo y su colección de afiches de cine, a la Biblioteca Luis Ángel Arango, entidad a la cuál mi padre siempre había admirado como el lector insigne que era. Allí reposan, para consulta de los estudiosos y seguidores, esas palabras que un muchacho caleño escribió durante su corta vida y que se han convertido en el testimonio de toda una generación.

Carlos Alberto Caicedo, era un enamorado de la gramática y por eso durante muchos años mantuvo en periódicos caleños una columna llamada “Fisgoneo”, en la cual escribía sobre errores encontrados en los artículos y los columnistas, resaltándoles el error y explicando cómo era la forma correcta. Esos “Fisgoneos” siempre los terminaba con un *“versito”* como él decía. Se consideraba un poeta y creyó que la poesía era el género que mejor se le daba. En ese trasegar de su dolor, le escribió durante los treinta y tres años que lo sobrevivió, varios poemas a Andrés. Hoy destaco aquí uno muy bello en el que nuevamente está presente el tema de los sueños. Quizá, la forma que le quedó a ese padre para encontrarse con su hijo.

Incertidumbre

Al recuerdo de mi hijo, Andrés Caicedo
Para Patricia Restrepo

*Hoy he vuelto a soñar
con esa incertidumbre
de las cosas ignotas y distantes.
Te he vuelto a comprender en la distancia,
distante en la lejanía. He vuelto a estar contigo.
Te fuiste
dejando en mí eternamente
toda la incertidumbre de las horas vividas
en la lejana calidad del silencio,
mitad de la existencia.*

*La vida es así: un paso que los años
distantes y lejanos nos revelan la incertidumbre
de las horas tristes y perdidas
de una alba eternidad,
y yo te comprendo, te admiro y te respeto
con mi alma paternal adolorida,
contrita, triste y pensadora, y eternamente grande
y somnolienta*

Edwin Carvajal

EL * ARTE

EN LA OBRA DE ANDRÉS CAICEDO

La música, el cine y la literatura hacen parte fundamental de la estructura narrativa de las obras de Andrés Caicedo, y se constituyen en elementos modeladores de las conductas y los pensamientos de sus personajes, especialmente aquellos de su producción cuentística y novelística.

En cuanto a la música es fácil advertir que la mayoría de sus personajes existen, piensan y se mueven gracias a los ritmos y letras de canciones que permean cada página de la obra. Los ritmos musicales (rock y salsa principalmente) se hacen presentes en todas las situaciones, ya sea como escenario visible, como situación de fondo o como ornamento, y no existen

barreras físicas ni mentales que impidan su evocación: “Así es la música, no le sirven rejas ni postigos cerrados: aun así se escurre” (Caicedo, 1977: 178).

Frente al cine, se debe decir que éste hace parte fundamental de la narración; cine representado, por una parte, en alusiones a películas, directores y actores norteamericanos, en una especie de homenaje a este arte, el cual considera el autor como “un sueño, como un viaje colectivo de búsqueda de recuerdos” (Caicedo, 1988: 134), y por otra, en un intento novedoso por emplear modelos expresivos similares.

Y en cuanto a la misma literatura o escritura creativa, solo resta decir que exis-

ten muchos referentes de la tradición literaria universal que nutren la obra de este escritor, referentes que van desde la alusión general a obras y escritores, hasta la recreación e intertextualidad de episodios propios de algunas obras.

En toda la obra de Caicedo, pero de manera especial en *¡Que viva la música!* y en sus cuentos “El espectador”, “En las garras del crimen”, “Calibanismo”, “Los mensajeros” y “Destinitos fatales”, la triada artística referida se convierte en componente especial de la narración y del discurso de los personajes, quienes encuentran en el arte formas de evasión a su condición actual, y por ello mismo dichas formas se convierten en parte esencial de las historias relatadas.



LA MÚSICA

★

La música, en primer lugar, está asociada en muchas ocasiones con procesos de marginación de los personajes narrativos, pues, para la mayoría de ellos, su vínculo con la música lleva explícitamente una postura marginal con las costumbres y tradiciones de la sociedad colombiana de aquella época. Es por esto que dichos personajes se convierten en seres contestatarios y en constante búsqueda de un estado que les permita diferenciarse de su pasado. Y para ello la música extranjera, como el rock y la salsa, funge como elemento diferenciador

que ayuda a marcar distancia y rebeldía frente a ese pasado que se quiere combatir por medio de acciones marginales en el plano urbano de la ficción caicediana. Música joven, para una juventud, para una ciudad juvenil, como repetía constantemente Andrés Caicedo: “Cali es una ciudad sólo para adolescentes”. Música que se propone en oposición a la vieja, a la tradicional colombiana, porque así como María del Carmen decide romper con lo convencional: normas sociales, institución familiar y el academicismo estudiantil, entre otros, de igual forma Andrés Caicedo quiere romper con la aceptación convencional de nuestra música: en la novela *¡Que viva la música!* la música salsa y rock se adopta en oposición a la música del interior, a la música tradicional que sustenta la nacionalidad del pueblo colombiano, representada por la música andina, pasillos, bambucos y gaitas. En el siguiente ejemplo se puede evidenciar esta situación:

Pero ya estaban allí los gordos, los cerdos, los censores, no se habían perdido una y no podían ver con buenos ojos que hubiera salido desplazada la medio bandita de Medellín, porque ya se sabe el estribillo: ‘Co-lo-m-bia: ¡esta es tu música!’, que quiere imponer hasta la miseria por el hecho de ser autóctona. No podían ver con buenos ojos que Bobby hiciera como que iba a sacar el pañuelo y ‘¡Snif!’, chuá, saludando a todo aquel que es abacué. (Caicedo, 1977: 127).

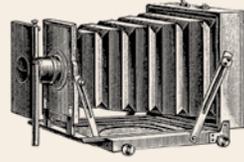
Es necesario anotar que la música nunca se agota en las obras de Andrés Caicedo, y que es el único medio que permite a sus personajes combatir las ideas de la

sociedad. Para estos personajes se podrán acabar y destruir muchos proyectos e ideas, pero la música siempre permanecerá a su lado, porque ella vale todo: “Yo pensé, cuando ya la música sonaba y yo la aprobaba íntegra: ‘Esto es vida’... que todo en esta vida son letras” (Caicedo, 1977: 92). La música es su vida, es parte fundamental de su existencia, sus letras, melodías y cantantes se convierten en sus ídolos (Mick Jagger, Keith Richard, Brian Jones, Richie Ray, Ray Barreto y Larry Harlow).

Si el arte es liberador, la música es la nota melodiosa que acompaña al personaje por caminos internos de autonomía y verdadero placer. En este sentido, María del Carmen se define loca, pero justifica que loca por la música; condena todo al olvido y la destrucción pero menos a su amada música, y se afirma como su vocera oficial:

Música que me conoces, música que me alientas, que me abanicas o me cobijas, el pacto está sellado. Yo soy tu difusión, la que abre las puertas e instala el paso, la que transmite por los valles la noticia de tu unión y tu anormal alegría. (Caicedo, 1977:140).

Su pacto de unión con la música se establece desde el inicio de la obra cuando la exalta en el título ¡Que viva la música!, que viva sólo la música, nada más; se confirma con el epígrafe versal “Qué rico pero qué bajo” de una canción de salsa, y se incrementa a lo largo de cada página por medio de alusiones constantes que posibilitan su alegre transitar por las calles de Cali, así como el vínculo y la comunicación secreta con nuevos amigos.



EL CINE

★

El cine, en segundo lugar, ha sido un elemento protagónico en la historia de la literatura del último siglo, pues se sostiene de manera general la influencia del cine sobre la literatura desde varios componentes estructurales, pero de manera especial desde la generación de sentido audiovisual, porque se trata de ser lo más visible posible para crear obras literarias narradas desde una óptica visual, o mejor, desde referentes extraverbales que ponen lo narrado ante los ojos del lector, dada su gran carga visual, sin importar que en el fondo se trate solo de una pura ilusión. En esta relación íntima entre el cine y la literatura, ambas expresiones artísticas ofrecen intercambios fructíferos para la renovación de sus respectivas formas.

Es importante anotar que, gracias a su formación y gran admiración por el séptimo arte, Caicedo combinó su actividad creadora con la crítica cinematográfica, pues la emoción y el encanto producido por las sombras de la pantalla irradiaron su escritura y sus constantes búsquedas intelectuales. En este sentido, se puede afirmar que el cine le aportó a muchos escritores de América Latina, y de otros contextos culturales, instrumentos nuevos para profundizar en ciertas variaciones de la sintaxis narrativa, experimentar nuevas variedades en la construcción de las historias, mezclar de manera ilusoria el onirismo y la realidad, re-presentar la vida desde nuevas perspectivas, así

como para implementar temporalidades diversas; instrumentos que al día de hoy se hacen vigentes y constituyen elementos de homología estructural para la interpretación de la influencia, cruce, o confluencia entre estas dos artes.

Andrés Caicedo se sirve del hecho cinematográfico para integrarlo en la argumentación de sus cuentos y de su novela principal; en este sentido, muchos de sus personajes parecen personajes de película o incluso crear un mundo cinematográfico propio (“Los mensajeros”), algunos sólo quieren ser espectadores voraces y con actitud crítica (“El espectador”), otros desean vivir algunas de las experiencias que contempla el cine, al tiempo que discuten sobre especificidades del séptimo arte (“Calibanismo”), y unos más quieren recrear con nuevos matices las aventuras proyectadas en la pantalla (“En las garras del crimen” y “Destinitos fatales”). Todos ellos encuentran en el cine el refugio seguro que los escuda de los tiempos difíciles que se perciben en el espacio ciudadano de la narración.

Por ejemplo, las alusiones al cine son muchas y de variado orden en el cuento “El espectador”, dado que los narradores del mismo, tercera persona omnisciente y primera persona protagónica, orientan la lectura hacia referentes cinematográficos del momento actual de la narración, es decir, del cine que se produjo en los años 60 y 70, época en la cual se escenifican todas las historias de Caicedo.

La primera línea de este cuento instala al lector en la escena cinematográfica: “Ricardo González iba al cine. Su primer recuerdo importante al respecto databa de una película de ladrones y policías, en blanco y negro, que había visto hace bastantes años” (Caicedo, 1988, 53); acto

seguido el narrador omnisciente pasa a contar el final de la mencionada película sin omitir ningún detalle, con el objetivo, quizás, de que el lector comprenda el porqué de la incomprensión de dicha película por parte del público espectador, excepto, claro está, de Ricardo González, quien acude hasta en ocho ocasiones a la proyección de la misma para confirmar su interpretación sobre la escena final, confirmación que grita al final de la función y que genera duras réplicas y silbidos por parte de los espectadores.

Una clara intención se puede deducir del anterior pasaje: la soledad de este espectador que no encuentra a alguien con quien compartir esta experiencia filmica, y el tipo de espectadores, sin mucha formación o conocimiento sobre el séptimo arte, quienes solo disfrutaban películas sin mayor complejidad en su trama o técnica.

La película de Coppola que se recrea en este cuento no aporta mucha información para la interpretación del drama humano de este personaje, pues la trama central gira en torno al despertar sexual masculino de su protagonista y todas las consecuencias que desencadena dicha situación. Pero funciona como pretexto importante para que Ricardo González, el espectador, ponga en evidencia su conocimiento sobre personajes del cinematógrafo como Fellini, Alan Bates, Polanski, Paul Newman, Marlon Brando, Catherine Deneuve, Elizabeth Taylor o Richard Burton, entre otros más que desfilan en este cuento al lado de las importantes películas donde actuaron o fueron directores.



LA LITERATURA



Y la literatura, en tercer lugar, pues la escritura cumple un papel especial en los propósitos artísticos de Caicedo de perdurabilidad y libertad. En varios momentos de *¡Que viva la música!* se aprecia un interés intencional del personaje protagonista por plasmar en la escritura aquellos momentos vividos y actuales para recordarlos luego y evitar así su desvanecimiento con el tiempo: “A continuación daré a conocer los que tengo más a mano, pues muy pronto me tragaré esta noche que ha visto nacer mi relato, y no quiero que a todo esto lo apañe el olvido” (Caicedo, 1977: 171).

Tal parece que la escritura es el mejor pretexto para mantenerse con vida, así lo demuestra la organización del texto: el epígrafe refleja un acto de escritura mediante la transcripción de un pasaje de *Por el Canal de Panamá* de Malcolm Lowry: “Con una mano me sostengo y con la otra escribo” (Caicedo, 1977: 6), es decir, planteando un equilibrio entre la supervivencia y la escritura en medio de un acto de constante agonía; pareciera que la protagonista vive solo por la energía que emana del acto de escribir y de escuchar música. Luego, los actos de escritura se intensifican en la obra con las anotaciones directas que hace la protagonista, con los manuscritos de la cabaña de Don Julián que lee y transcribe, y con el cierre definitivo de la obra que también se traduce en un acto de escritura: “Ahora me voy, dejando un

reguero de tinta sobre este manuscrito. Hay fuego en el 23” (Caicedo, 1977: 188).

En otros cuentos de Caicedo la escritura es determinante en la diégesis narrativa. Por ejemplo, “En las garras del crimen” la presencia de la escritura literaria se expresa no sólo mediante la alusión directa a cuentos, novelas o escritores del ámbito literario universal (Hugo, Balzac, Poe, Brontë, James, Woolf, Hemingway y otros más del género policiaco), sino también por medio de la reflexión interna del personaje narrador sobre aspectos formales y de contenido a la hora de emprender el oficio de la creación literaria, dada su formación como licenciado en literatura y su interés por dominar una buena técnica en la escritura.

Lo anterior sirve para mostrar que la escritura en la novela y en los cuentos de Caicedo se convierte en un elemento configurador de otro orden de valores, pues si bien los personajes pueden estar derrotados por su deambular sin rumbo, la escritura sobrevive, es perenne y se impone y rebela en otro orden de realidades a los que los personajes caicedianos no logran acceder. Por último, habría que añadir que el personaje fragmentado, alienado y marginado en la ficción de Caicedo es reemplazado por otro yo que permite el equilibrio, la rebeldía, el desdoblamiento, el diálogo directo y la autonomía. Sobra decir que ese otro yo lo constituye la escritura, que logra imponerse sobre el sujeto cultural escindido para crear otro, menos alienador e imperecedero, de mayor importancia por su carácter liberador: el arte como expresión de inmortalidad.

Luego de este recorrido por los cruces y convergencias del cine y la música con la literatura en la obra de Andrés Caicedo,

sólo queda por decir que son varias las categorías temáticas y formales propias de la música y el cine que se vinculan en su narrativa, al punto de afectar el modo de crear sensaciones cinematográficas y musicales en el momento de la lectura de sus historias.

Esto, sumado al efecto del cine y la música sobre sus personajes ficticios, que los protege del declive urbano de su ciudad, y al empleo de un lenguaje que supera formas filmicas y musicales en cada historia, me lleva a concluir, sin llegar a ser categórico, que su intencionalidad al crear situaciones narrativas ligadas a texturas artísticas como el cine y la música no es otra que la de crear expectativas en el lector —un lector que si no posee una competencia artística difícilmente entenderá la lógica interna de su discurs-

so—, y enriquecer su técnica y recursos literarios, así como sus propias invenciones temáticas, por medio de infinidad de detalles provenientes de dichas artes, pero que en el contexto literario se enriquecen y adquieren nuevos sentidos para el deleite del lector que le pueda seguir la pista. Y claro, también para rendir un homenaje a estas dos artes que marcaron su corta existencia y le abrieron el camino para comprender las filigranas y claves específicas del universo ficcional.

FUENTES:

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS. (1988). *¡Que viva la música!* Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977. _____ Destinitos fatales. Bogotá, Oveja Negra.

Edwin Carvajal

Conferencia leída por el autor
en la Universidad Icesi

Persona, Ingmar Bergman (1966)



EL HOMBRE QUE VEÍA DEMASIADO

Alberto Fuguet

Amantes Sanguinarios, Leonard Kastle (1969)



Es curioso, pero el escritor cinéfilo que siempre anduve buscando, ese amigo-imaginario que tanto esperé, aquel literato intenso, real, indispensable, que uno necesita piratear cuando tiene mucho que decir y no sabe bien cómo, llegó atrasado a mi existencia.

Tan atrasado que ya no me hacía falta.

Aún me cuesta creer que supe de la existencia de Andrés Caicedo hace tan poco. ¿Dónde estaba yo? En rigor: ¿dónde estaba él cuando más lo necesitaba?

Lo encontré en una de mis librerías favoritas: La Casa Verde, en Lima, frente al Parque El Olivar, en pleno San Isidro. De pronto la palabra cine se fijó en mi radar. De entre los miles de libros que tapizaban las estanterías de esa casa pintada de verde, me fijé en un grueso libro azul oscuro titulado *Ojo al cine*. El libro estaba equidistante, me fijé, de *Queremos tanto a Glenda*, de Cortázar, y de un viejo ejemplar de *Un oficio del*

siglo XX, el loquísimo libro de críticas de Guillermo Cabrera Infante.

Dejé los otros libros que tenía en la mano para tomar este volumen desconocido. Exagero si escribo que mis manos tiritaban, pero casi. Al menos, deseaba que lo hicieran (close-up a manos que toman libro). Intuí que, más que enfrentarme a un texto, me estaba enfrentando a una persona. A un freak, digamos.

Lo primero que me llamó la atención fue la serie de fotos setenteras de un tipo flaco, con el pelo rockeramente largo, gruesos anteojos que hoy usan los que son cool y antes no lo fueron, y una polera manga-larga color calipso. Ahí capté que este tal Andrés Caicedo, el autor, estaba muerto. Un tipo tartamudo, pálido, que se pasa todo el día en el cine, no se pone en la cubierta de un libro. Un tipo así se esconde.

Caicedo alcanzó a vivir 25 años y se fue a negro con la ayuda de 60 pastillas de Seconal. Sucede que Caicedo había visto



demasiados filmes. Tantos, que comenzó a pasarse películas.

¿Por qué un autor suicida atrae tanto? ¿Por qué un cinéfilo suicida me impactó así? Si a los veinte hubiera leído a Caicedo, ¿habría planeado mi suicidio en plena función de traspase del Normandíe? ¿Era Caicedo, entonces, el Cobain de los fanáticos del cine? O sea que, de hecho, el cine *podía* matar. ¿Era la cinefilia, entonces, una adicción peligrosa? ¿Y no solo un refugio para cobardes?

Compré el libro de inmediato y no paré de leerlo: en el taxi, en la sala de espera, en el avión. No era una novela, sino el guión de su vida, una muestra de las miles de películas que vio. De nuevo: ¿cómo no había sabido de él antes? ¿Tan fuerte era el poder de García Márquez en Colombia que terminaba asesinando a un chico urbano por el solo hecho de ser incondicional de Jerry Lewis y estar obsesionado con Kim Novak?

Caicedo, capté pronto, fue el cinépatra más cinépatra de todos. Un tipo que devoraba el cine y fue víctima de lo que él denomi-

naba la cinesífilis. Organizaba cine-clubs y revistas y no hacía otra cosa que ver y ver y ver. Su meta era clara: tragarlo todo y, luego, escribir sobre todo lo que veía, para así, en el acto de escribir, volver a ver lo que ya había visto. Su pasión y la desmesura lo llevaron a acumular toda la información posible hasta convertirlo, con el tiempo, en un cinéfago incondicional. Quizás la tecnología hubiera salvado a Caicedo. Internet Movie Database hubiera sido un lugar ideal donde volcar su trivia, los chats lo hubieran conectado con otros freaks, las cámaras digitales lo hubieran ayudado a filmar sus cintas de terror y una colección de videos o dvds lo hubieran dejado dormir tranquilo: ahí, en un estante, en orden alfabético, hubiera podido guardar todas esas imágenes que ya no le cabían en su cabeza.

Caicedo fue siempre un creador más que un crítico. Sus escritos bordeaban los límites de la ficción y, cuando se puso a inventar cuentos y novelas y teatro, todo le salía con olor a pantalla. Nunca sabremos cómo hubieran resultado los filmes de Caicedo. Personalmente, prefiero sus es-

Sunset Boulevard, Billy Wilder (1950)

critos de cine que sus cuentos y su novela. Pero, lo principal en Caicedo es Caicedo mismo. Es la idea del cinéfilo como mártir, el post-adolescente latinoamericano alienado con Hollywood, el solitario que se comprometió con la pantalla mientras todos solidarizaban con la causa. Caicedo llegó antes que todos y duró poco. La sociedad, por cierto, no lo mató, como tampoco, por fascinante que parezca, lo mató el cine. Pero sus excentricidades caleñas han logrado escapar a la vorágine barroca de su tiempo y, desde hoy, uno ve a Caicedo como un adelantado. Un adelantado, sí, pero también un tipo fuera de foco, desincronizado, limítrofe, liminal y border.

Caicedo nunca llegó a transformarse en mi ídolo, en mi crítico de cine fetiche, porque lo conocí demasiado tarde. De adolescente, me hubiera parecido un héroe. Ya más grande, más armado, Caicedo me pareció intensamente adolescente. En el mejor, y el peor, de los sentidos.

Meses después, en un festival de cine, me enteré de que, entre los críticos de cine latinoamericanos que sí crecieron

con o leyeron a tiempo a Caicedo, éste se transformó en una suerte de santo de los críticos. En el patrono de los cinéfilos.

“¡Quien haya perdido la pasión, no merece seguir escribiendo sobre cine! Ese es mi dogma, mi pequeño homenaje a Caicedo: sé que él me vigila”, me confesó una vez un crítico que, por lo visto, también veía demasiado.

“Si hay algo que me encantaría lograr es transmitir la alegría, perplejidad o desencanto que sentí como espectador, en el momento en que la historia llegó a su fin y se encendieron las luces. Eso es todo.”

Caicedo, por lo visto, no entregó su vida en vano. Anda por ahí, vigilándonos a todos.

Alberto Fuguet

SIEMPRE VIVA, ASESINA DE CAICEDO

Santiago Andrés
Gómez

Se me ocurría al principio que el tema de este texto podía ser formulado así: “Siempre viva, asesina de Caicedo”. Esto tiene que ver con varias tensiones que existen en Andrés Caicedo al escribir su primera y única novela concluida. Como, por ejemplo, la tesis de María del Carmen Huerta, personaje principal del libro, de que la literatura miente y el cine agota, por lo cual ella propone quemarlos y dejar sólo la música, es una tesis hecha “a su pesar”. O como Clarisolcita, en la primera página del texto, llega a desmerecer la misma obra que el novelista le dedica, justo por llegar a parecerse tanto a la heroína del libro, como si esa semejanza fuera algo malo.

En esos dos asuntos me iba a centrar. Ahora veo algo más. Releyendo en estos días *¡Que viva la música!*, me quise fijar en una posibilidad que luego pude comprobar con asombro. Y es que en la narradora, en María del Carmen, en su

material (o anecdótica) avalancha vital, hay una doble naturaleza, se esconde una María del Carmen triste, vulnerable e incluso rota. Caicedo, al mismo tiempo, el autor, se transmuta en su novela para hallar la plenitud vital que no tiene, tal cual nos lo avisa en ciertos momentos de gran amargura e indiscutible proyección fatal sobre su propio destino, que es el que trunca su vida, o corona su carrera. El mismo destino, sin embargo, que exalta a *¡Que viva la música!* como texto singular, como golpe maestro, pues lo que logra pervivir es, en efecto, un libro musical.

LA FRACTURA

Recordemos primero que Caicedo es personaje de su novela, y quiero decir con esto personaje como tal, no solo metáfora. Es decir, no sólo Caicedo se inscribe en la novela como personaje-narradora de la misma, además de ser el obvio autor



del libro, cuando pone entre paréntesis las iniciales de su nombre (A.C.) luego de la firma que deja la protagonista en el manuscrito regado en tinta. No: Caicedo además se perfila en el propio relato cuando María del Carmen nos cuenta que ella a veces iba al “Cine Club del San Fercho”, o sea, a ese evento semanal que el propio Andrés Caicedo había institucionalizado y dirigía en su ciudad, Cali.

Pero atención: Caicedo se sabe “tipo”, tiene la lucidez de comprender que su carácter individual, representado en la novela, es, como en la realidad, parte de una tipología social y generacional. Hay varios otros personajes precoces y fatales

que remedan la figura de quien fuera el alma del Cine Club, como sobre todo ese Héctor Piedrahíta Lovecraft del final, y cito a Caicedo:

Ese jovencito de tremenda precocidad intelectual que hacia 1969 pudo dedicarse parejo (...) al teatro, las artes plásticas, la narrativa, los famosos artículos denigratorios del cinematógrafo, a lo que correspondió de forma tan limpia su conducta personal, como conductor directo (y con una asiduidad pasmosa) de la “cinesífilis”. (Caicedo, 2013: 211).

Así, su fisura, toda fisura que podamos advertir en el autor de *¡Que viva la música!*

sica!, empezando por la autoría del libro que publica el día en que decide morir, es una fisura tipológica, propia de un grupo social: una fisura generacional, como la narradora nos recuerda numerosas veces: “Vivimos el momento de más significado en la historia de la humanidad y es primera vez que se ha exigido tanto de los culimbos” (227). María del Carmen es signataria de su generación, y su rúbrica final, explicada en un paréntesis, recordémoslo una vez más, como forma simbólica del autor del libro, Andrés Caicedo, cierra un compás hermético en que este autor se disuelve, transmutado pero omnipresente en su novela y, a la vez, en su época.

La unidad, al fin, es total, pero esto solo era posible con la desaparición física, absoluta, del escritor. *¡Que viva la música!* es un vivo pregón, y María del Carmen tan solo una viva voz, pero para qué más. Porque, bien, es fundamental precisar que la fractura de Caicedo como autor o de María del Carmen como proyección suya, una fractura generacional, como hemos señalado, privilegia en la novela una dimensión de esa dualidad. En ese sentido, la fractura es dialéctica: se funda en la oposición para tender a una unidad. Sigamos un método. Fijémonos en el punto de quiebre de la novela, cuando María del Carmen descubre la salsa, regresemos a su origen, a su despertar el día de la fiesta del Flaco Flores, y miremos otra vez hacia adelante, hacia su situación final como “puta” (así se define) en la Cuarta con 15: todo tiende a la memoria, a la configuración de una identidad continental nueva, renegada. El instante crucial, sabido es, es cuando María del Carmen oye música que viene del Sur y comprende las letras.

En la novela, el párrafo inmediatamente anterior a ese instante ha hecho énfasis, en el renglón final, en que ella quiere



aprender inglés para entender las letras del rock, pero la fiesta está apagadísima, los rockeros decaídos. A continuación, entonces, oye salsa que viene del Sur y dice: “Llegué a la puerta, la abrí, oí la letra”. Así termina, literalmente, luego del quiebre, el nuevo párrafo. O sea: el párrafo anterior concluía hablando de la necesidad de aprender inglés para entender las letras del rock. Ella está insatisfecha. Allí se da el quiebre y, de inmediato, ella oye salsa y el nuevo párrafo ahora concluye con las palabras “oí la letra”. Pocas líneas más abajo nos dirá María del Carmen: “Gigantesca luna y un viento de las montañas, profundo, acompañó la comprensión total del momento: que todo en esta vida son letras” (132). La dualidad, en otras palabras, o la fractura, está también en la realidad. La luna, como veremos más adelante, es toda una guía en esa dualidad, pero todo (la palabra es decisiva): todo en esta vida son letras.



UN SALTO ATRÁS

Este pasaje que acabo de referir es lo que llamo el momento de quiebre de la novela en que tendríamos que fijarnos para comprender una busca de unidad desde la fractura existencial, generacional y dialéctica de María del Carmen, que no podrá huir del todo de ella, pues de allí viene toda su experiencia: de la fractura, por esencia. Recordemos si no el principio, por ejemplo en la figura del espejo roto de su casa, que se chupa un pedazo de ella, pero sobre todo recordemos frases como “es el sol el que no va conmigo”, cuando María del Carmen apenas está comenzando a recordar, a relatar y en ese sentido a explicar el día en que cambiaría de rumbo su vida. “Es el sol el que no va conmigo” (52). Ya poco antes ha dicho: “De allí en adelante me persigue esa vergüenza mañanera que

intenta que yo borre y niegue todo lo genial que he pasado la noche entera” (51). La fractura se establece entre dos ámbitos: uno diurno y otro nocturno, y si el sol es una fuerza antagonica, la luna será una cómplice, una guía.

En esta dualidad manifiesta, la música será lo único que le dé unidad a María del Carmen. El texto es insistente en la busca de música por medio de persuasivas invocaciones, pero más allá de la retórica funcional, existen ciertos momentos determinantes que refuerzan tal busca de música como búsqueda de unidad. De este modo, cuando María del Carmen llega con Mariángela y Leopoldo Brook al apartamento de este, luego de la trágica fiesta del Flaco Flores, la música que él pone las une, incluso físicamente, a ellas que son como una nueva imagen rota. Mariángela y María del Carmen son otra dualidad imperfecta, otra fractura dialéctica, y así, otro trasunto tipológico, no individual: generacional, es decir, igualmente existencial y social. Pero envueltas en el rock cuadrifónico que pone Leopoldo, ellas se olvidan de todo, y María del Carmen dice: “No necesité formulármelo para saber que mi destino era el enredo de la música” (103), lo cual tratará de explicarse con frases poéticas pero harto significativas, como, por ejemplo: “Yo estoy ante una cosa y pienso en miles. La música es la solución a lo que yo no enfrento” (104). O sea: la música es la unidad añorada, anula o neutraliza esa tristeza que María del Carmen siempre trata de ahuyentar agitando el pelo o cerrando los ojos.

El problema, como todos recordamos, es que la música que ella está descubriendo la aísla de la realidad: no entiende la letra, y siempre necesita de alguien que le traduzca las canciones.

UN SALTO ADELANTE

Ya hemos visto que la nueva solución la encuentra María del Carmen en la salsa, cuando comprende que todo son letras. Esto implica una apropiación y un acto de memoria incesante, dialogante con la realidad. Las letras de la salsa se le quedan pegadas a la piel y las usa en situaciones diversas, como una sabiduría oral. La unidad de la salsa aporta identidad, y llegado el momento, una exaltación ya política de la memoria se dará cuando el experto salsero, Rubén Paces, le revele a María del Carmen su gran frustración, que es haber vivido uno de los más legendarios conciertos de Richie Ray y Bobby Cruz tan borracho y enloquecido por la mezcla masiva de licor, marihuana y seccional, que lo ha olvidado todo. El gran deseo de Rubén es recordar, su ansiedad diaria es buscar en su memoria vistazos fugaces de aquella memorable jornada. El más nítido de esos vistazos de aquella noche originaria, el más mordiente, es, y cito la novela: “Un trapo rojo que ondeaba a la luz reclamando otra canción” (176), es decir: un emblema decididamente político.

Entonces, aunque el trauma de Rubén Paces sea no recordar, o recordar fragmentariamente, lo poco que recuerda es ya una experiencia, una experiencia aleccionadora. El trauma, motivado por una verdadera alienación física, se vuelve sabiduría. De hecho, de sus pocos y pobres recuerdos ya él ha dicho, antes de comenzar su relato: “No son malos (...) Son mis recuerdos. Peor es no acordarse de nada” (155).

A Caicedo hay que leerlo línea por línea. Bastante importante me parece, pues, que esta defensa de la memoria prelude el encuentro y las violentas experiencias de María del Carmen con Bárbaro, pues el acto que comete ella de relatarlas es

justamente una apoteosis de la experiencia, y un encuentro pleno con la tierra renegada que pisamos, la América que pisamos en el Valle del Renegado, como se lo recuerda Bárbaro a uno de los gringos que atraca, América la de todos. El momento definitivo de esa experiencia de María del Carmen con Bárbaro estará marcado por la presencia simultánea de la luna y el sol. La dualidad permanente, dialéctica, reaparece en la geografía como en un desafío último y decisivo, proyectada por los símbolos que ya conocemos y que la definen: el sol y la luna. Cuando parten para el Valle del Renegado, los dos astros brillan por igual en el cielo y allí, en el cielo de ese día, la narradora nos recordará varias veces que siguen brillando todo el rato, hasta que al final, luego de los crímenes y la alucinación, la luna y el sol giren y por último la luna tome un lugar reinante. Dice María del Carmen: “El sol y la luna dieron también su voltereta, y la madre quedó al Oriente, zapotiando desde su cuna” (211).

La dualidad aquí estalla. La unidad que aporta la salsa y es memoria e identidad pide ante el encuentro frontal con la muerte un misterioso retorno, una suerte de aquietamiento.

Por eso ya luego el periplo de María del Carmen será de regreso del Valle del Renegado con otra figura dual, María Iata, la novia del gringo asesinado, con la que se compenetra íntimamente, consumando con la víctima el deseo frustrado de Mariángela por ella. María del Carmen se echa a María Iata sobre los hombros y la ayuda a huir de esta tierra violenta y ajena antes de hallar su propio lugar como prostituta en la Cuarta con 15. Pero aún allí la tristeza acechará a María del Carmen:

Y camino yo a mi cuarto en donde tengo una vista de Santa Bárbara y otra de Janis Joplin pegada a una botella de alcohol,

porque adentro nace un sol y yo no encuentro a mi amor, me acuesto repitiendo mis letras, y no duermo, y no sueño, siento es un martilleo adentro que me va marcando los compases y yo, haciendo esfuerzos, repito la letra que le va y al mismo tiempo me tapo los oídos y pelo los dientes para no oírla, para no decir-la, para significar que me duele, pero al mismo tiempo repaso la imagen tan reciente de yo accediendo a bailar, llena de sonrisas, remolona, echándose la nueva y mejor rumba (225).

Este fragmento es, a mi modo de ver, el punto culmen de la novela. La protagonista acaba de contarnos que ya le da miedo buscar nuevos límites “cuando ritmo solo hay uno”, dice: “Y es con Richie namá” (223). Y, sin embargo, hasta esa quietud, hasta esa franca sapiencia de la calle en la que ella da cátedra a los muchachos que van a buscarla por su alegre fama, hasta allí, la encuentra ese sol que nace adentro a recriminarla porque no ha encontrado su amor. Y nos confiesa que le duele, que no duerme, hasta que recuerda lo que ha hecho, el baile al que se ha entregado, y por eso seguirá rauda hasta decirnos que se ha puesto el nombre de SIEMPREVIVA.

Así, con todo y el dolor a cuestras, la fractura se ha disuelto.

En la evocación de su última visita a casa de sus padres, el espejo roto de su cuarto ya no está.

Queda la mujer, entera, y es más: queda su pregón, fijado pero vivo, realmente reactivo para quien se ponga en trance de leerlo. Esto es un triunfo, un triunfo que pasa incluso por encima de la muerte. Pero lo que ha desaparecido del cuarto no es solo el espejo roto. Ausente de ese cuarto está realmente el cuerpo de Caicedo. Y es que habría que preguntarse, atención, si este diseño formidable en

que varios símbolos refuerzan la dinámica trazada en busca de una unidad existencial desde una fractura de resonancias casi cósmicas, fue algo pensado, sesudamente imaginado por el autor de la novela desde antes.

Yo creo que sí, que fue así, que él sabía que el espejo roto era un símbolo, que la luna y el sol eran símbolos, así como sabía que debía hablar del pelo y de los ecos de la música cada cierto número de páginas como ejes fundamentales de su novela. Caicedo no era ningún improvisador bisoño, sino un improvisador sabido, un sabedor. En ese sentido, su muerte también parece haber sido un cierto gesto despierto, vivaz, para concluir el trepidante ritmo de su novela. Tan tremendo silencio hace que uno vuelva y diga: “Ponlo otra vez, y a más revoluciones. Sonó tan bien”.

Fuente:

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS. (2013). *iQue viva la música!* Bogotá: Alfaguara.

Santiago Andrés Gómez

Conferencia leída por el autor en la Universidad Icesi.

NOSOTRAS, LAS HEROÍNAS

Juliana Penagos
Montoya



No hay adolescencia sin rebeldía. No se puede pasar una por la vida siempre obedeciendo y haciéndolo todo bien, menos si se es joven, menos aún si vivís en Cali, la ciudad que espera pero que jamás abre las puertas a los desesperados. El ímpetu adolescente se engendra en el momento mismo que se descubre el turbio entramado de prohibiciones, buenos modales y expectativas puestas en nosotras, en cada generación que de una forma u otra ha partido alguna noche en búsqueda de la degeneración.

Aquellas que no experimentaron una porción del ímpetu juvenil no tardarán en lamentarse, en renegar de su mojigatería, en arrepentirse de no haber sido temerarias sino temerosas de su propia condición.

Encontrarse con Andrés Caicedo, parte del programa de literatura del colegio donde una estudió, es sin duda un privilegio. Escrutar su obra, releer los pasajes que escribió hace tanto sobre la ciudad que habitamos, es casi frenético. La cantidad de referencias que hace Caicedo a las mujeres jóvenes, que están envueltas en el agite de esta ciudad veloz, rumbera y violenta, sin duda conduce al lector o lectora a pensar en que hay un interés especial del autor en ellas, en nosotras.

Andrés, el anacrónico, como lo describe el escritor chileno Alberto Fuguet, se hace acreedor a ese calificativo especialmente por escribir con la voz de una mujer (o de varias mujeres), con las que nos identificamos muchas, pues somos y seremos muchas en esta Cali y en otras ciudades.

Bien se dice, que en cada uno de los personajes de la novela ¡Qué viva la música! Hay una parte de Andrés, lo

“ La cantidad de referencias que hace Caicedo a las mujeres jóvenes, que están envueltas en el agite de esta ciudad veloz, rumbera y violenta ”

que se hace evidente para el lector o la lectora que se haya dedicado a investigar al autor. Pero María del Carmen Huertas, y el autor lo deja explícito en la novela, es aquella que representa más y de mejor manera la inconformidad de Caicedo con su clase, con su familia, con la sociedad norteña de la que jamás pudo salir, de la que fue víctima pero también verdugo.

Las referencias que hace en su obra al Norte de Cali, el mismo que yo habito, siempre apuntan a la desolación, el inconmensurable tedio de los adolescentes norteños, especialmente de las adolescentes, que vivían ese mundo de piscina, fiestas, novios y cine light. Tan corrosiva es la sociedad del norte, que engendra asesinos y pendencieros, quienes cansados de ser incomprendidos optan por un destinito fatal.

María del Carmen, a diferencia de su amiga, la legendaria Mariángela, desafía su condición, logra sobrevivir al terrible norte y toma el rumbo de la rumba, que solo queda camino al Sur.

“ Andrés plasmó la heroína que fue capaz de desclasarse, de cambiar todo por la música, de experimentarlo todo y vivir para contarlo ”

Escuché en alguna ocasión, que el final de M.C.H. fue trágico, que Andrés castigaba a su heroína con un turbio desenlace, después de lo bien que la había pasado la mona, se merecía un triste final ¿una suerte de moraleja? Como si ella en algún momento de su entretenido relato, renegara de todo lo que vivió después de conocer la salsa y el Sur, si todo eran risas, guaguancó, noches largas, río y amores bien hechos, nada que envidiarle a sus amigas del nortecito. Pienso yo, que queda claro que terminar de prostituta en esa “agitada cuarta con quince” es el triunfo de María del Carmen, ella los ve a todos desde ese cuarto con espejo a 20 pasos de la rumba, siempre temeraria y satisfecha del rumbo que cogió.

Si lo peor que podía ser una pelada del nortecito, de Versailles, estudiante nada más y nada menos que del Liceo Benalcázar era terminar de puta, pues ahí estaba ella. No es una espiral de decadencia la que experimentó María del Carmen a lo largo de la novela, sino, una senda de música y éxtasis que

la condujo al Sur. El ímpetu de María del Carmen, que comenzó un sábado de agosto, cuando quebró su horario y tomó un rumbo sencillo pero de consecuencias extraordinarias, lo reconozco en nosotras.

En María del Carmen, también en Mariángela, mejor dicho, en todas, Andrés plasmó la heroína que fue capaz de desclasarse, de cambiar todo por la música, de experimentarlo todo y vivir para contarlo, estar “siempre viva” en su relato.

El monólogo que se encuentra en las últimas páginas de ¡Qué viva la música!, dice Rosario Caicedo, proviene de los diarios de su hermano. Andrés fue consecuente con lo escrito en esas páginas, y aunque su María del Carmen no se suicida en la novela, si termina triunfante, vital y enérgica, nunca en derrota. Andrés se suicida en Cali, el 4 de marzo de 1977, el día que llega a sus manos la primera copia de su primera novela. Andrés también termina en triunfo, no en fracaso.

Termino por donde comencé, la toxicidad de nuestros entornos, el agite de esta ciudad oscura y flagelante, los destinitos fatales hechos a la medida de la burguesía y de su vulgaridad, nos hacen acreedoras al derecho y al deber de ser rebeldes, provocadoras, salir triunfantes y gozar cada instante de toda esa revolución para poder seguir siempre vivas y servir de ejemplo.

Juliana Penagos Montoya



ANDRÉS CAICEDO

EL ETERNO
RETORNO
Y LA
ESPERANZA

Fue apenas el año pasado que encontré, en la lectura del prólogo que Juan Gabriel Vásquez hace a la edición de Alfaguara de los cuentos completos de Andrés Caicedo, una pista invaluable, o más bien una llave hacia mi forma muy personal de entender la muerte de Andrés Caicedo, aquel que en un gesto heroico y desesperado decidió quitarse la vida, después de dos intentos fallidos, el 4 de marzo de 1977, el mismo día que recibía –pocas horas antes– una copia de la única novela que llegó a publicar, ¡Qué viva la música!

Este hecho, el de quitarse la vida siendo tan joven, puede resultar inexplicable desde el orden que el mundo impone al hombre de forma natural. Pero es a la luz de los hechos mismos y de los recuerdos de quienes lo conocieron, que hoy podemos encontrar en la vida de Caicedo, tal vez la última y más completa forma de autodeterminación que le quedaba, esa – la muerte, para consagrarse y sellar en el ámbar de los tiempos, el dolor, el mismo

que extinguió muy pronto sus fuerzas, pero que lo llevó a cumplir su palabra.

Y es importante comprender por qué la vida de Caicedo, quien en el trance de la adolescencia a la edad adulta se había encargado de vivir según su propia máxima, “morir y dejar obra”. Es la esencia única que se realiza en el tiempo, quien le permite ser y a la vez es su único enemigo.

Volviendo a la pista que tuvo a bien entregarme Vásquez en su exquisito prólogo, Caicedo es un anacronismo, el gesto justo de toda una generación que tal vez, como él, no quería vivir ese tiempo, ni esa Cali, ni esa sociedad provinciana, y que sólo él pudo reclamar en el simbolismo de su muerte, como última voluntad.

En la que fuera su vertiginosa carrera contra el tiempo, Caicedo –aunque muriera sin haber sido publicado– ya era para ese entonces una figura reconocida en esa Cali gótica y tropical que muchos creen ‘inventada por los propios caleños’ pero que aún hoy, y con toda seguridad en la perpetuidad del tiempo, lo recordará y lo entregará como dádiva a todos sus exiliados para salvarlos, ojalá, de su propia historia.

Lo consiguió gracias a que, “desde muy temprana edad”, frase esta que empapa la gran mayoría de las biografías que de él he leído, se ocupó de saciar su apetito devorando cientos, tal vez miles, de películas, libros y álbumes, a la par que encontraba tiempo para fundar y dirigir los pasos del Cine Club de Cali en el Teatro San Fernando, escribir y editar su revista “Ojo al cine”, y cómo no, escribir y corregir la que sería su obra, entre tantas cosas más que hizo, ¡todas las que quiso!, llegando incluso hasta Hollywood, en un intento por encontrarse con sus ídolos y conseguir vender sus guiones para cine sin saber muy bien inglés.

Yo, que como Andrés Caicedo nací también un día 29 en Cali, pero no de septiembre, he encontrado en él la ruta hacia esa Cali escondida y esquiva que hace parte de mi historia, pues también “desde temprana edad”, los misteriosos caminos del amor llevarían a mi madre –y por consiguiente a mí– por otros rumbos, hacia otra ciudad igualmente gótica y tropical, Barranquilla, ubicada en las que creo hoy, las antípodas sentimentales de mi ciudad natal.

Como yo, hay otros que tuvieron que abandonar Cali por suerte de su oscuro y golpeado pasado tejido en la clandestinidad y el peligro del narcotráfico, y ya



no por razones nobles como el amor. Y como yo, hoy por hoy, muchos de los que hemos recibido el legado de Caicedo lo hemos hecho como si fuera una suerte de hoja de ruta hacia esa Cali mítica y conculsa de la que hablan nuestros padres, que vive fragmentada y punzante bajo nuestra piel y nos pide explicaciones.

Así pues, entre los extensos artículos y formas en las que se ha conmemorado su figura, cobra mucho valor la idea de un Andrés anacrónico, uno que no quería vivir su tiempo, uno que ya muy niño sellaba un pacto con la muerte y se enfrentaba a otro de sus archienemigos, el Ideal.

Se puede, en la lectura de sus primeros cuentos, satélites que vienen a completar el firmamento de su obra, entender que Caicedo no quería entregarse a su tiempo, ni a las costumbres y normas que lo conformaban. ¿Y cuándo ha dejado este sentimiento de ser relevante? ¿Al superar la adolescencia y recibir con brazos abiertos, la edad adulta? Esto no lo sé, pero el lector no tendrá que hacer un esfuerzo para imaginar hacia dónde se inclinaría quien escribe.

Que no quisiera ser adulto no le resta un ápice de genialidad a Caicedo. Tampoco su edad, pues basta, por ejemplo, con leer ese cuento de 1965, “El Ideal”, en el que con apenas catorce años de edad, ya dejaba entrever su ‘universalidad’ y genio, pero mucho más aún su prematuro pacto con la muerte en fragmentos como:

Se cansaron de aquella búsqueda suplicante y se dieron a la tarea de perseguirte, de hallarte por la fuerza, de acabar contigo para de una vez desahogar su odio y eliminar tu presencia para siempre, para que no volvieras a encontrarte nuevamente en medio de ellos. Para que pudieran alcanzar la paz necesitaban matarte, era necesario.

Tal vez, lo que hoy acerca a tantos jóvenes a la obra de Caicedo, es esperanzador. Aún más, lo que me acerca a mí, pues en últimas sólo puedo hablar con propiedad sobre lo que me ha llevado a pensar en Andrés como si fuera mi amigo, a buscarlo y a querer organizar su historia y su obra mientras organizo la mía... a que lo sienta *tanto* sin ser mi muerte.

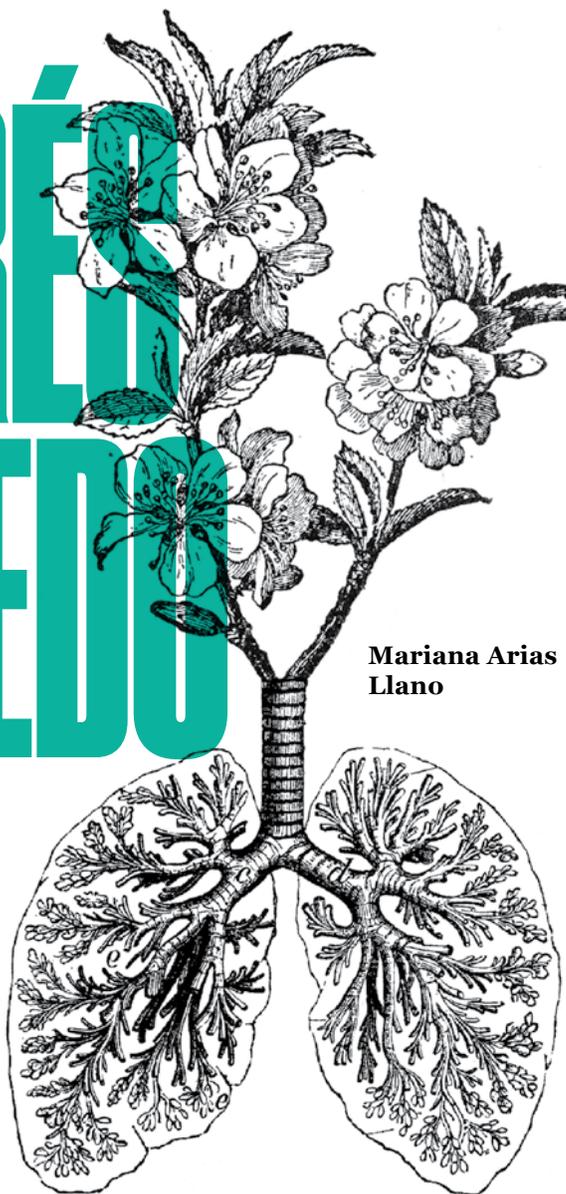
Como él, no quiero entregarme al tiempo, tengo 30 años y también he tenido por máximo enemigo al Ideal. Mi mamá se queja de que estoy muy vieja para vivir una segunda adolescencia, y podría jurar que me habla como si tuviera los mismos 14 años de Andrés, lo cual, sumado a la creciente preocupación que siente al ver sus libros apilados en mi mesa de noche, podría tal vez convertirme también en un anacronismo.

Lo que sé es que, si bien Andrés no es mi muerto y fácilmente al hacer esto podría caer, para muchos lectores, en el estereotipo de la fan que le escribe cartas a un suicida, estoy armando el mapa de una ciudad fantasma en mi memoria con fragmentos de los veintiséis años de exilio de Andrés, que siempre vivió en Cali paradójicamente, ‘del lado de allá’, y que son pedazos de una identidad sobre la que *el único que me ha hablado con franqueza* es Andrés.

Por esto, y si bien lo que siempre estoy afirmando es un vacío, es esperanzador: porque al final no sentir nada es también sentir algo. Y esa esperanza es la dádiva de Andrés, quien ya me demostró que “no sentir nada” es también sentir algo.

ANDRÉS CAICEDO

FUE MI
SALBUTAMOL
EXISTENCIAL



Mariana Arias
Llano

“Tú diste luz al sendero / En mi noche sin fortuna / Iluminando mi cielo / Como un rayito claro de luna / Rayito de luna blanca / Que iluminas mi camino / Así es tu amor en mi vida / La verdad de mi destino”, cantan Los Panchos, y mientras me arrullo con sus melodías de antaño, anochece en la misma ciudad donde Caicedo paseó su tristeza, donde yo paseo la mía, donde

tantas siluetas espectrales pasean la suya, sin que nadie adivine cuán resquebrajada va su alma. *Ella va triste y vacía*, como dice la canción de Héctor Lavoe, tan bailada y recorrida... y así mismo va Cali.

Andresito nació un 29 de septiembre, corriendo el año 1951. Se fue por su propia voluntad a una edad en la que tantos desfasados han jurado irse, sobre todo después de que él se fue, un

poco por imitar a su ídolo de juventud, por sentirse parte de una vanguardia de poetas malditos del siglo XX o por agotamiento. Sí, es que vivir cansa y para un cerebro precoz, mucho más.

Andrés Caicedo se fue y yéndose, podemos decir que las Moiras causaron un dolor irreparable en el corazón de Cali. Por qué habrán cortado los hilos, nunca lo sabremos. Lo dejaron irse, al muy desdichado. Andrés se suicidó. De mucho ver, quizá. De mucho sentir, también. De haber experimentado en demasía todos los excesos, valga la redundancia. De haber vislumbrado una vejez poco acorde a sus ideales de juventud. De desamor. De pronto fueron todas las anteriores o ninguna. Elucubrar sobre los motivos de un suicida siempre es una tarea infértil y a mi manera de ver, una falta de respeto.

Trato de acallar el flujo incesante de consideraciones que me asaltan. Ya casi empieza a oler a lirios en Cali; es la hora en que se mecen los árboles de mango y la luna persigue a los peatones. Ojalá tuviera motivos para quedarme en casa, pero siento la necesidad imperiosa de salir a pasear. Ese aroma es la ofrenda nocturna por excelencia de los árboles que se yerquen cerca a mi casa, eternos. Salir a caminar sin rumbo y perderse en la noche se hace mandatorio.

Paseando por esta Avenida Sexta tan mundana, con sus estancos y fritanquerías, sus discotecas de mala muerte donde huele a guaro, almizcle rebovinado con luces de colores y fin del mundo, tomo conciencia una vez más de que estoy andando las mismas calles que caminó otrora el pelilargo de gafas más *sui generis* que haya existido en esta comarca del trópico.

Y me siento bien. Me siento bien, porque desde la preadolescencia ha sido mi alter ego de ultratumba. Andrés Caicedo fue uno de mis primeros amores. Pero por lo que más lo quiero, es porque fue uno de mis primeros amigos de verdad. En sus libros hallé sosiego; uno retorcido que me hizo entender de manera sutil que yo no estaba sola. O bueno, sí que lo estaba. **“Ya yo estoy desengañado-a / Qué mala es la humanidad / Por los muchos sufrimientos / Que yo he pasado / En esta vida / Y por eso digo ahora / No se pongan bravos / [...] / A mí lo mismo me da / Que me quieran o no / Porque yo tengo mi casa / [...] Y yo no soy de las masas / Yo soy de mi guaguancó”**. (Richie Ray & Bobby Cruz, *Guaguancó Raro*).

Mientras camino, bajando o subiendo lomas, como si pudiera medirse el *Ennui*, —o aburrimiento con A mayúscula traducido a idioma criollo— en el asfalto fluctuante, pienso en qué más me ha enseñado Andrés Caicedo a lo largo de la vida.

Devolvámonos a aquellos tiempos. Usaba gafas, brackets, me hacían bullying en ese nido de víboras, digo, en mi colegio, por ser considerada poco agraciada y nerd *in extremis*. Nunca encajé. Me parecían aburridas las niñas, nunca entendí su obsesión con jugar a la casita ni con muñecas y a veces me pregunto si no será eso lo que me predispuso a amar el cinismo de Johnny Cash y de Lemmy Kilmister en mi edad adulta. Los niños más raros eran mis mejores amigos; nunca los vi como “tragas” o intereses románticos versión infancia, sino como lo que fuimos y seguimos siendo: contertulios y

hermanos. Me daban alergia las fiestas y la música “de niñas”. Me enteré de la existencia de Shakira en un recreo comiendo *bonyur*, por una fatal coincidencia. Terminé comprando el disco de *Pies Descalzos* en un afán desesperado de mimetizarme, que obvio fracasó.

La verdad, lo que me encantaba era escuchar los cassettes de rock de mi Mamá. Todos estaban marcados con lapicero azul y había de todo, desde los Rolling Stones hasta Queen, pasando por Jethro Tull, Patti Smith y los Beatles. Años después, sintiéndome rebelde en la alborada de mis 11 años, me sabía algunas canciones de Iron Maiden y esperaba ansiosa a que pasaran el video de *Run To The Hills* en alguno de los pocos canales de la época mientras devoraba Angelitos Empantanados. Desde niña me “cogía la tristeza mayor, la que (me) definía; no esa inquietud de los otros días”, como a Antonio Rodante.

Una tristeza honda a la cual sólo logré sobrevivir hundiéndome todavía más, pero en libros y melodías hasta que logré ver el fondo de todas las cosas: nítido y en su negra esencia de ébano casi hostigante, porque las verdades también empalagan. La gente de mi generación, hijos del mestizaje tanto “racial” como social, no tenemos que viajar a otra ciudad en esta misma para poder cantar y bailar *Indestructible*, de Ray Barretto, llenos de gozo. La ponemos en YouTube o cuando tenemos suerte, le decimos a nuestros padres que nos dejen poner el vinilo. Cosa muy diferente en los 70, que Andrés vivió y que yo sólo adivino en libros, música y anécdotas.

Andrés Caicedo me hizo sentir acompañada; sus personajes me hicieron

vivir así fuera por vía interpuesta, y el sólo hecho de ver otros Solano Patiño como yo en el papel, hizo que yo misma dinamitara mi miedo a Ser. La gente piensa que Ser es una obviedad, pero no lo es. Atreverse a Ser, así con una pretenciosa y remotamente sartriana S, es uno de los proyectos de vida más subversivos. A veces se paga caro, casi siempre con la soledad.

Recuerdo que cuando volvía triste a casa sintiéndome agobiada por las lluvias de letales apodos en el colegio y lo hostil de la gente, mi Mamá siempre me reconfortaba diciéndome que la belleza estaba adentro, en el corazón y el intelecto. Y yo esperaba de manera no menos apesadumbrada la hora en que el patito feo se volviera cisne, como dice el dicho. Pero era impaciente. Quería ver qué me deparaba la vida y a la vez me daba pánico vivir.

Mi odio al mundo era potenciado por un asma rampante, solo aliviada por inhaladores, prednisolonas, trasnochos maternos, y por una precoz fagocitación de los cuentos de Edgar Allan Poe, así como por una torpeza crónica a la hora de socializar y mi ignorancia crasa en asuntos de Nintendo. Esa era yo. Nunca me creí mejor que nadie, solo diferente. Leer a Caicedo fue una de las tantas chispas que fui encontrando en el camino para poder mandar todas las angustias sociales a donde pertenecen: a la Nada misma. Empoderamiento existencial gracias a la literatura. Verse al espejo y tener la voluntad de querer defender a ese individuo que nos mira perplejo sin saber cómo afrontar la vida. Se siente como sacar las garras por el derecho inalienable a ser, arrancárselo al mundo a como dé lugar, porque pedir permiso de ser es una entelequia.

“

ANDRÉS CAICEDO ME HIZO
SENTIR ACOMPAÑADA; SUS
PERSONAJES ME HICIERON VIVIR
ASÍ FUERA POR VÍA INTERPUESTA

”

Gracias a la lectura de Caicedo, aprendí que no tiene nada de vergonzoso arañar neurosis, tenerle cierto cariño al vacío, y rechazar lo fatuo. Asumí que es esa la verdad de mi vida. Somos cisnes incomprendidos, desterrados mentales de las cárceles de la normalidad... Andrés fue cisne, porque puro fue su hastío y sincera su pluma desesperada. Cisne, cisne, cisne.

Andrés Caicedo me enseñó que siempre debe hablarse de Cali. Hablar y mostrarla. Contemplarla. Verla. Así como París tuvo a Truffaut aquí tuvimos a Mayolo y a Caicedo para mostrarnos estas calles bajo otra óptica. De Cali hay que hablar en todas partes, no por chauvinismo escueto y regionalismo rancio, sino porque Cali es mágica. A mí me gusta que se hable de Cali, que se ame a Cali, que se odie a Cali, que se hable de ella para bien, para mal, para lo oscuro y lo paroxístico. Hay que hablar de los desdichados, de los redimidos, de los corazones rotos y de los que después del desastre pasaron a ser mosaicos pegados a punta de *ega* y *mela*. La brisa crepuscular de Cali es uno de los pocos síntomas de cordura de nuestra querida ciudad. Su río es reminiscencia y origen de cielo pleno-azulado cuyas piedras a veces se presantan de espejo para los arreboles naranjas y verdes, pulpa de lulo escurriendo

en esas aguas impregnadas de guadua fermentándose en siglos de vigía.

Me gusta ver a Cali donde sea, a la hora que sea, porque la quiero con las entrañas al igual que muchas veces la repudíe con el más refinado de los ascos; creo que como todos los que hemos sentido la desgarradura en estas tierras. Pero la magia de Cali es que Cali lo cura a uno de todo mal; la ausculto como su Hija y como extranjera a la vez, ya que sentí la pena durante 14 años “cuando al frente de mí sus montañas no vi”. (Grupo Niche, *Cali Pachanguero*).

Andrés decía que Cali era una ciudad que esperaba, pero que no le abría la puerta a los desesperados. En eso discrepo totalmente. Cali es como un bautizo, un ritual antiguo de donde uno sale nuevo después de comer chontaduro con miel y sal, tomar lulada, rumbear hasta que el calendario cesa y el reloj se arruina y entonces uno se da cuenta de que al fin de cuentas a todos los angelitos empantanados nos llega la hora de ser felices.

Andrés Caicedo y su obra son hoy en día leídos en todos los colegios, su nombre se pronuncia de boca en boca e incluso en ciertas revistas algunos piden que no se hable más de él, que la juventud está cansada y que volteemos la página. Y por tenaz que pueda

parecer, en otros sectores que sí no se vanaglorian de muy hípsters ni de muy modernos, quieren censurar su obra.

En simultánea, su hermana Rosario camina el mundo protegiendo su legado con ese corazón grande y esa sonrisa amplia. ¿Qué puedo decir de esto? Que a Andrés lo volvieron *persona mayor y hombre respetable*, condición ontológica contra la cual despotricó, en sus propias palabras. Pero en la raíz siempre será literatura de proscritos, manjar de los que no encajaremos nunca. A todos los íconos les pasa. El *mainstream* los recupera con o sin razón, pero muchos de sus postulados o de su razón de ser seguirán siendo incomprendidos. Aún así, Andrés Caicedo y su obra es de todos. Pienso que parte de su gran belleza es que tiene diferentes grados de lectura y le sigue llegando a públicos heteróclitos, con historias de vida tan disímiles como esta Cali que nunca será post-feudal y que aún no supera la división nort-sur; esta Cali tan morena y tan trigueña que se siente tan Miami.

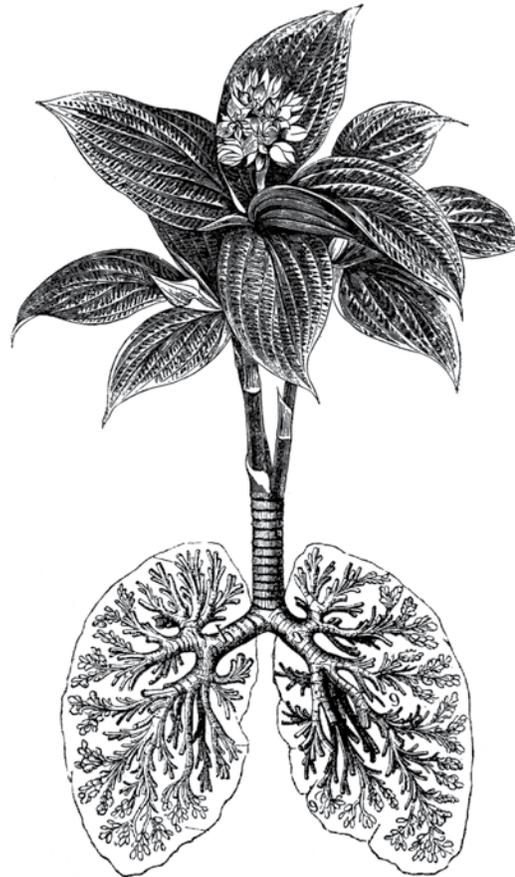
Andrés Caicedo siempre vivirá, aunque haya muerto (tan) joven. Siempre vivirá en las manos ávidas que devoran sus páginas como un soplo desafortado de vida. Repicar, repicar, repicar. Música de los que no capitulan, a no ser que sea a punta de *Lluvia con Nieve* o que *los ate la arache*, pero en todo caso en las *noches sin fortuna* siempre tendremos la Música. Siempre tendremos la rumba emancipadora que nos disuelva las penas del alma, a nosotros que hemos elegido quedarnos y vivir horas extras, a los que aprendimos a ver la belleza en aquella “vida con luz negra” que no ha de ser una “anti-vida” sino más bien un grito de guerra vitalista. Ya que la

respuesta a la pregunta de *Angie*, de los Rolling Stones, de cuándo desaparecerán todas estas nubes, es inunca! Por eso no tenemos otra alternativa más que aprender a vivir. Y vivir bien. Mezclar abismos con algarabía.

Adelántate a la muerte, precísale una cita.

— ANDRÉS CAICEDO ESTELA

María Arias Llano





**CONCURSO
DE ENSAYO**

GANADORES

CONCURSO DE ENSAYO

El concurso de ensayo *40 años de Caicedo: ciudad, arte y juventud* fue una iniciativa impulsada por el Centro LEO (Lectura, Escritura y Oralidad), el Departamento de Artes y Humanidades y la Licenciatura en Lengua Castellana de la Universidad Icesi para promover la escritura académica. Se llevó a cabo durante el segundo semestre del 2017 y premió a tres estudiantes que, en un texto inédito, argumentaron sobre los aportes literarios de Caicedo que se han constituido en un legado para la escena del cine y arte nacional.

Los textos que aparecen en esta publicación fueron seleccionados por cumplir con el ejercicio reflexivo al que invitaba el concurso. Los estudiantes Julian Vidal, Andrés Vargas y Daniela Copete, se arriesgan, con una escritura cuidadosa, a proponer unas miradas renovadas, críticas y creativas sobre la obra de Caicedo, que invitan al lector a volver sobre la producción de quien es considerado uno de los escritores más originales del país.

ENSAYO

NO.1

JULIÁN DAVID VIDAL

Generaciones de degeneraciones: Caicedo inmutable

“Odio a Cali, una ciudad que espera, pero que no le abre las puertas a los desesperados [...] Sí, odio a Cali, una ciudad con unos habitantes que caminan y caminan... y piensan en todo, y no saben si son felices, no pueden asegurarlo”

— ANDRÉS CAICEDO, 1966

INTRODUCCIÓN

Esta es una somera mirada a una vida que empieza después de la muerte. La vida de Andrés Caicedo Estela, escritor colombiano del siglo inmediatamente pasado, estuvo marcada por un estilo particular que mezcla sagazmente el arte, la juventud, las drogas y la urbanidad.

Como diría Caicedo, en su más célebre obra, *¡Que viva la música!*, la vida hay que disfrutarla en la juventud, etapa en la que el tiempo es el recurso que más abunda. Al fin y al cabo, la muerte es una “ley de la existencia” ineludible, ley con la que Caicedo fue obediente y le dio la mano con una buena dosis de medicamentos que acabarían con su vida en 1977. Un joven caleño, que no quiso vivir más de 25 años porque, a su consideración, tal propósito era un sinsentido. Un escritor que seguramente quiso escabullirse de este fútil mundo que, paradójicamente, se ha encargado de darle más vida que la que él incluso llegó a perseguir.

VIDA Y OBRA SE TERMINAN, ADECUADAMENTE, CON UNA BUENA DOSIS DE SECobarbital

“Soy castaño. Castañísimo. Soy tan castaño, que soy más bien de cabello negrísimo y larguísimo...” ¿Suena familiar? Ese podría ser el comienzo de la historia de un caleño que se quitó la vida con 60 pastillas de secobarbital, bajo la premisa de que vivir más de 25



años era un disparate. Lo cierto es que su obra más representativa, ¡Que viva la música!, empieza con la historia de una rubia rubísima, a la que el “pelo” le brilla tanto, que sólo le basta “aletearlo” sobre la cara de otro para librarlo de una sombra acosadora, la sombra de la muerte.

Quizá por el miedo a perder su brillo, la rubia rubísima no tuvo la valentía de aletear el pelo sobre Caicedo Estela y, de esa forma, salvarle la vida que este logró quitarse por su cuenta, curiosamente, con un fármaco útil para calmar la angustia y la ansiedad, características de su vida y obra. O, tal vez, es que Andrés dejó de aletear su largo cabello negro porque, con mucha probabilidad, él era la misma María del Carmen Huerta, más conocida como la rubia rubísima. ¿Un mundo donde el creador se confunde con lo creado?

Si bien Andrés Caicedo escribió diversas novelas, cuentos y guiones, su obra más representativa es ¡Qué viva la música! y podría decirse que es ésta la que condensa gran parte de su estilo literario. La

obra de Andrés Caicedo es sumamente descriptiva y se vale no sólo de anécdotas sino también de ubicaciones espaciales que giran mayoritariamente en torno a localidades emblemáticas de la ciudad de Cali, y que denotan los contrastes en términos de clases sociales. Así, para Jaramillo (1986), desde las clases sociales, se tiene que la protagonista de ¡Que viva la música! “pasa de la clase burguesa convencional al encuentro de la clase media e ingresa luego al mundo lumpenizado, convirtiéndose en una prostituta” (p. 44).

Parece sugerirse que la obra de Andrés Caicedo tiene un tinte autobiográfico, toda vez que su narrativa no dista mucho de las vivencias del joven caleño, amante, entre otras cosas, del cine, el baile, la música y la literatura. En ese sentido, lo más probable es que la particular vida de Andrés Caicedo se vea proyectada en sus escritos, tales como ¡Que viva la música!, de tal manera que “lo autobiográfico es un elemento determinante de la autenticidad narrativa de Andrés Caicedo: desde



Fotografía: Diario EL PAÍS/CALI/COLOMBIA

el “yo” se proyecta la narración como experiencia vivida y la literatura se concibe como un modo de vida” (Jaramillo, 1986, p. 45).

Ahora bien, la obra de Caicedo tiene un valor de grandes magnitudes, no sólo como una especie de radiografía de una juventud de los años 70, sino como una posibilidad de ver representada una ciudad llena de historia, como Cali. Se trata de una creación literaria que ofrece una oportunidad de recorrer una ciudad histórica marcada por teatros, escenarios artísticos y movimientos musicales que son tan diversos como la misma ciudad de norte a sur y de sur a norte, de este a oeste, y desde los demás puntos cardinales de la ciudad.

Caicedo, particularmente en *¡Que viva la música!*, ubica al lector en el norte de Cali. Habla de las palmas africanas de la ciudad y de sus raíces, en las que la niña “más prometedora de Cali” hundía la mirada furiosísimamente. De la vegetación de los alrededores de Cali. Del emblemático Hospital Psiquiátrico Universitario del Valle o “San Isidro”, en el que fue atendido Ricardito Sevilla, alias

“Miserable” luego de que se le “corriera la teja” y le fuese practicado un cuestionario que no dejaba más por decir de un Ricardito Miserable que parecía contar con todos los síntomas de una drogadicta y degenerada generación de los años 70. De la Avenida Sexta. De una finca por “Calipuerto”, el llamado así aeropuerto que fue inaugurado en el año 1943 y que antecedía al hoy imponente Aeropuerto Internacional Alfonso Bonilla Aragón, que presta sus servicios a la ciudad de Cali. Del “Cali bello”, que tenía por Reina del Guaguancó a una rubia rubísima. De ese pueblo de Cali que rechazaba, a través de panfletos o afiches, a Los Graduados, Los Hispanos y demás cultores del “sonido paisa”. De El Parque del Perro, el de Las Piedras, San Fernando, el Triángulo o Versalles. Del antiguo teatro Bolívar. Del colegio San Juan Berchmans, en donde Caicedo, se dice, abrió sus puertas hacia un universo literario. De un pueblo que aclama a Richie Ray. De la Calle 15. Del Hospital Departamental. De los Farallones de “Kali”. De los barrios: Miraflores, Breñaña, Evaristo García, Salomia, Colseguros, Santa Elena, “Fercho Viejo” y demás. De infinidad de lugares

que evocan un clima caliente, de olor a chontaduro y diversos frutos que rodean a la capital mundial de la salsa, a la Sursal del Cielo.

Lo anterior es, por ventura, lo que, según Jaramillo (1986), permite darle una valoración estética a la novela y última obra de Andrés Caicedo, ¡Que viva la música!, puesto que de ella resalta la autenticidad. Sus escritos son una mezcla de conflictos de una generación y de una sociedad que está en búsqueda de su identidad y de sus valores. Es una creación literaria caracterizada por la multiplicidad de anécdotas y perspectivas de la vida de un autor que dejó a muchos lectores con historias inconclusas como consecuencia de su esmero en suicidarse con el fin de no vivir una vida “insensata”.

Empero, aún cuando Caicedo no se había aventurado a escribir el libro que ya no era para Clarisolcita, ya se abrían paso otros escritos como *Infección*, diferentes piezas de teatro, reflexiones, relatos como *Patricialinda*, *Destinitos fatales*, *Angelita y Miguel Ángel*, *El atravesado*, etc., los cuales se caracterizaban por contar historias, más allá de lo común, sobre: amor, fiestas, clases sociales, Colombia (pero enfáticamente sobre su “Kali”), problemas sociales, el cuerpo, la drogadicción y todo aquello que explora las condiciones más impresionantes que puede el ser humano llevar consigo.

Pero, acaso, lo que con mayor destreza lograba Luis Andrés era recrear cada una de sus historias en un ambiente citadino con características tan heterogéneas que se requería de varias páginas para lograr recorrerlo. En la actualidad, a muchos se les dificulta conocer una ciudad que va más allá de su comunidad, de su barrio, de su comuna. Quien vive en el sur es desconocedor, con alta probabilidad, de aquellos lugares que resultan interesantes en ese norte caleño un poco más

poluto...lo mismo sucede eventualmente con quien vive en el sur...ini decir de esos que nunca han ido al centro de Cali!

Apropiarse de la ciudad es una tarea ardua, toda vez que se requiere de consumir: ver teatro, disfrutar musicales, visitar museos, ir al cine, visitar centros comerciales, centros universitarios, i perderse en las calles! y muchas cosas más. La literatura del “melenudo” tiene ese valor agregado: a través del papel y la tinta (o de las pantallas *e-book* actuales) permite explorar una ciudad llena de vicisitudes.

Basta explorar las distintas creaciones de Caicedo para darse cuenta que la ciudad es el prisma de todo suceso que pretendiera contarle al lector. La ciudad, como elemento integrador de su estilo, era el escenario perfecto para transmitir emociones de muchos matices. Con ello, están de acuerdo Rodríguez y Vera (2008), quienes sugieren que Cali no solo constituye un espacio geográfico para Caicedo, sino que es, a su vez, una especie de “universo” que da forma a su estilo narrativo y moldea sus personajes:

→“La ciudad de Cali es el mundo de Caicedo, el mundo de las mundologías de sus seres decadentes. Allí son espectadores, son los ojos que recorren las calles, el puesto de revistas, la calle despavimentada; caminan y son “con los otros”, con ellos mismos, con la naturaleza, conscientes de una notable metamorfosis: la propia, la de su ciudad” (Rodríguez y Vera, 2008, p. 99).

Pero esa mirada citadina que ofrece Caicedo tiene un tinte que podría catalogarse como “juvenil” o como el de una generación antagonica a la de sus mayores, quienes desean para los pubertos una vida recatada y alejada de toda degeneración. ¿Se trata de una Cali machista, de

una Cali femenina, de una Cali sexualizada? ¿Quién era, finalmente, la heroína de Caicedo? Pues no cabe duda que quien se “robó” el *show* fue la rubia María del Carmen. ¿Pero podría pensarse que esa heroína pudiese ser también la fémica Kali?, ¿o qué tal la altamente adictiva diacetilmorfina? Restrepo (1995) ofrece una tentadora respuesta, conforme a la cual al “humoroso” Caicedo:

→ “[...] no le faltaba risa para saber que su “heroína” connotaba un doble sentido: mirar la ciudad a través de una mujer y observarla bajo el efecto de la droga, la heroína, en una fiesta permanente [...] La ciudad es en buena medida femenina, comoquiera que ha sido la ciudad la que ha traído la emancipación a la mujer, si bien en un principio para que fuera destrozada por el estado y el capital en sus operaciones alquímicas de corte y de separación, o luego como partícipe o cómplice, gracias a la mimesis varonil, de un capitalismo salvado por la incorporación de la mujer como símbolo del deseo o como fuerza de reproducción de sus cadenas” (Restrepo, 1995, p. 135).

Sin embargo, si se asume que una de sus “heroínas” era Cali, se tiene una ciudad que también pasa a ser el eje central de lo que hoy se considera una producción literaria admirable que, claramente, ya es fuente de inspiración de nuevas generaciones de lectores y escritores. En últimas, la heroína Cali/Kali es una fusión de promiscuidad femenina y masculina, sexo, intelectualidad, vanguardia o, quizá, una dosis de degeneración.

Un par de citas extraídas de “Citas a propósito de Andrés Caicedo”, publicadas por el grupo editorial Norma e ideadas por William López, expresan adecuadamente cómo la urbanidad se constituye

en un elemento de la creación retórica caicediana:

→ “LA CIUDAD ES EN ANDRÉS CAICEDO el lugar del odio, de la rebeldía inconsciente, del disconformismo, de la sintomatología de una crisis sin nombre, del rechazo no intelectualizado a un estado del mundo a nombre de otro que no tiene ni nombre ni forma” (William López, p. 34, s.f.)

→ “EL ESPACIO URBANO ES PERSONIFICADO, es tratado como un sujeto más al cual podemos acusar y responsabilizar. Para el narrador-personaje la ciudad es no sólo el lugar de su angustia sino la causa de una muy buena parte de su malestar; también es la causa por la cual él es incapaz de construir una distancia de lo utópico desde dónde ejercer la crítica y el juicio. Todo se va en una constatación de los síntomas de una enfermedad, de una infección, y en la claudicación. La única salida es, tal vez, un lenguaje impotente, una escritura derrotada” (William López, p. 34, s.f.)

Con todo lo dicho, no cabe duda de que los aportes de Caicedo pueden llegar a ser sumamente controversiales y censurables pero también pueden ser el punto de partida para explorar una identidad urbana que para muchos se encuentra perdida. La desbordante migración del campo a la ciudad, como consecuencia, entre otras circunstancias, del conflicto armado, ha generado que Cali sea una ciudad mucho más diversa pero con gran dificultad de encasillarse en un solo tipo de identidad o cultura.

Cali es variedad y en ella se puede viajar desde extremos tan opuestos como el del puritanismo hasta el del degenero en

discotecas, moteles, casas de tolerancia o clubes donde la Cali diurna o nocturna puede ser vista como la ciudad de la diversidad, no solo por su clima, sino por su gente. Los jóvenes, los receptores por naturaleza de los escritos de Caicedo –textos permeados por el arte, el cine y la música-, son quienes tienen la ardua tarea de apropiarse de la Sucursal del Cielo, de Cali, de Kali, para reinventarla, o hacer de ella una “facha rumba... lo altare la araché...el niche que niche... que facha rumba”. Caicedo germinó lo que hoy podría catalogarse como una literatura hecha desde Cali y para Cali, cargada de la fogosidad y excitación que produce Calicalentura.

A MODO DE CONCLUSIÓN...

Caicedo fue un escritor contracorriente. Se arriesgó a mezclar su intimidad con la creación literaria y no tuvo tapujos para hablar de esa juventud caleña que se encuentra detrás de sus uniformes de colegio, o de los libros académicos, o de las calles llenas de miseria, o de esas familias “de bien”: una juventud viciosa, libidinosa y frágil. La obra de Caicedo es elogiada por muchos (“el man hizo algo distinto”), como odiada por otros muchos (algo como “vayan a leer literatura de verdad, qué cuento de Caicedo, si ni siquiera entienden a Hegel”, diría un profesor de una universidad de “gente bien” de Cali).

Lo cierto es que su legado sigue vigente y su genialidad para hacer de la ciudad el escenario de su narrativa es el valor agregado que ha hecho inmutable a un *veinticincoañero* que también quiso ser la heroína de los jovencitos empantana- dos con su propia, devaluada e insopor- table vida. Una vida fácil de desaparecer con una exagerada dosis de fármacos, que con lo único que no pudieron termi-

nar fue con la inmutabilidad de una vida artística y obra que va en generaciones de degeneraciones. Perdón. Error de di- gitación. Lo correcto es: de generaciones en generaciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (2010). *El atra- vesado. Andrés Caicedo: Vida y Obra*. Bogotá, Colombia. Grupo Editorial Norma. 113 pp.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (1966). *Infeción: El cuento más alucinante de Andrés Caicedo*.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (2015). *¡Que viva la música!* Bogotá, Colombia. Editorial Alfa- guara. 240 pp.

JARAMILLO SALAZAR, MARÍA DOLORES (1986). *Andrés Caicedo: notas para una lectura*. Bogotá, Colombia. En: UNIV. HUM, - Vol. 15, No. 25 – Ene – Jun. 1986. Rev. Colomb. psicol., Número 4. Pp. 130-137.

RESTREPO, GABRIEL (1995). *Remolino y vértigo urbanos*. Bogotá, Colombia. Rev. colomb. psicol., Número 4, Universidad Nacional de Colombia. Pp. 130-137.

RODRÍGUEZ M., LUIS EDUARDO Y VERA AGUDELO, JEIMY CAROLINA (2008). *Des- composición y decadencia del ser en An- gelitos Empantanaados de Andrés Caicedo*. Pereira, Colombia. Universidad Tecnológica de Pereira, Facultad de Educación, Programa de español y literatura. 229 pp.

Julián David Vidal Quintero

Estudiante de Derecho y Ciencia Política en la Universidad Icesi.

ENSAYO

NO.2

Que viva la música o el cambio de la sociedad caleña en los 70

DANIELA CLAROS COPETE

Poco queda hoy de aquella Cali donde reinaba la Avenida Sexta. Arriba, por el Calima, se dejaban ver los primeros hippies, gente de “paz y amor”, de chanclas de suela de caucho, de ropa llena de estampados de colores, de gafas verdes, “redonditas, como las de Lennon”. Había un poco de todo, extranjeros de verdad, “andantes” que venían del centro y del sur del continente, otros más de acá, mimetizados entre ellos (Claros, 2017).

A este último grupo pertenecía Hugo, un muchacho de El Templete al que la magia de la Sexta convertía en un “andante” argentino. Su pelo rubio, rizado, ayudaba; su facilidad con el acento, más aún. Junto con Ingrid, su compañera, y el resto de la gallada, fumaban abiertamente marihuana, ahí en la calle, escandalizando a la “gente de bien” que se santiguaba al pasar a su lado. La barba desarreglada de todos ellos, la falta de *brassier* de todas ellas, el pelo largo de ambos, los niños durmiendo al pie de los puestos de venta callejera completaban “el espanto” (Claros, 2017).

Era la vida a corto plazo en su máxima expresión. La manifestación palpable de una generación que con su forma de vivir gritaba que no se trata de vivir mucho, sino de hacerlo con intensidad, de comerse la vida a grandes mordiscos, pues, como decía Andrés Caicedo: “vivir después de los 25 años era una insensatez” (Van der Huck, 2004, p. 123).

Led Zeppelin, los Rolling Stones y Peter Frampton, por sólo nombrar algunos, amenizaban su vida. Casi nadie entendía qué diablos decían las letras, pero eso era lo de menos, lo importante era sentir en el alma el punteo de esa guitarra eléctrica y el *solle* del baterista.

Esa misma música se había “colado” en las casas de la “gente bien” de Cali (Caicedo, 1977), arriba de la Sexta, por Granada y Versailles, y en el Oeste, por la estatua de Sebastián de Belalcázar, los muchachos metían *bareta* para *sollarse* mejor el *rocksito*. La diferencia entre su música y la de los hippies era sólo de tiempo, a ellos les llegaban los vinilos primero porque alguien se los mandaba “de los yores” (Claros, 2017).

En el Barrio Obrero, en el centro de Cali, había desenfreno también...pero de otra variedad. La Feria de Cali de 1968 se había encargado de mostrar una alternativa a la música “burguesa” que ofrecían las grandes orquestas venezolanas. Richie Ray y Bobby



PRIMEROS AÑOS DE LA FERIA DE CALI

Cruz no se imaginaban que ese 26 de diciembre, mientras cantaban su jala jala (Ray, 1966) en la Caseta Panamericana, estaban impactando de una manera descomunal la cultura musical caleña. Con ellos se iniciaría el mito de Cali la Capital Mundial de la Salsa, que se mantiene, hasta hoy.

No había punto de comparación entre las señoriales propuestas de la Billo's o Los Melódicos frente a esa efervescencia que significaba la salsa, ese nuevo ritmo que con sus timbales y trompetas estaba transformando la fiesta en Cali.

(...) EL PUEBLO DE CALI RECHA-
→ZA A Los Graduados, Los Hispanos
y demás cultores del "Sonido Paisa"
hecho a la medida de la burguesía,
de su vulgaridad. Porque no se tra-
ta de "Sufrir me tocó a mí en esta
vida". Sino de "Agúzate que te están
velando". ¡Viva el sentimiento afro-
cubano! ¡Viva Puerto Rico libre! RI-
CARDO RAY NOS HACE FALTA
(Caicedo, 1977).

Aunque esta gente era más normalita, igual se enfrentaba a la sociedad conservadora de la época que se asustaba al ver cómo la juventud, enfundada en apretados pantalones de terlenka, con camisas estampadas con flores y zapatos de plataforma, movía frenéticamente sus pies, como si el diablo se les hubiera metido al alma, cuando escuchaban las congas de Barreto, la flauta de Pacheco o un pregón del Conde Rodríguez. Esa es la Cali de la que habla Andrés Caicedo. La Cali que se movía entre esos dos extremos, donde los jóvenes más comunes y corrientes tenían algo de ambos mundos, más rock si se vivía más al noroeste, más salsa si se vivía más al sur, pero algo de salsa y algo de rock.

María del Carmen Huerta, la mona que protagoniza la obra maestra de Andrés Caicedo, es la viva expresión de esa dualidad que tenía como único factor común el ser una alternativa a la sociedad conservadora de la época. Se transgredía con lo uno, se transgredía con lo otro, pero se transgredía. Y eso era lo importante.

La gran virtud de Andrés Caicedo no radica en su imaginación, sino en su capacidad para observar la realidad y plasmarla en letras, de construir, con base en ella, situaciones que no solo la recrean, sino que permitan entender los porqué. Para su época, Andrés era un *bicho raro*, contrario al realismo mágico de García Márquez (Careaga, 2008), que ya se hacía notar, lo suyo era la realidad. Estuvo lejos de las tendencias que marcaron el “Boom Latinoamericano”, pero eso era lo suyo, marcar su propio camino.

El periplo de la monita en “Que viva la música” cuenta también cómo llegaron —tarde, si se compara con su aterrizaje en el primer mundo— los alucinógenos a la cotidianidad de la juventud caleña. Habla de cómo meterse un *baretico*, un *periquito* o un ácido, —incluso comerse unos *honguitos* en Pance— no estaba mal, sino que por el contrario, era una actividad esencial para disfrutar la vida.

Meter, explica la monita, se hacía con mojjigatería:

→(...) para que creyéramos, al menos durante tres patadas a la amargura del verso, que venían era a gozar con la música, por las buenas y las sanas. Pero pronto se fueron destapando: sacaron los dos métricos de perico bien envuelto en papel mantequilla (Caicedo, 1977).

Con descaro:

→(...) Imposible. Pero si yo no he visto sino armonía en este país. Y vengo mucho a estos parajes. Siempre encuentro hongos, y no creo que nadie se atreva a mirarme feo con esta paz y este amor que llevo adentro (Caicedo, 1977).

O con crudeza:

→(...) le pedí la jeringa al gordo; me la alcanzó, y dije, fuerte: “bueno, a ver: ¿quién va primero?”. “Mí —dijo el otro, medio calvo, de pelo como techo de paja—. La nieve es mía”. “Entonces arremángate”, mandé sorbiendo, y extraje una porción de lo que había en la cuchara.

Pero se hacía.

Y no es que no se entendieran sus consecuencias, era que no importaban, el daño se producía en el largo plazo y, como se dijo, vivir más allá de los veinticinco no tenía sentido.

→(...) lo que le hace a usted el hongo es secarle hasta la más mínima partícula de alimento para poder asentar esa inmensa burbuja en el estómago, desde donde empiezan las bombeadas de silosibina (...) ¿Cuántas neuronas menos? (Caicedo, 1977).

Caicedo describe también cómo llegó a Cali la liberación sexual, tarde también. En su obra el sexo deja de ser un tabú, de ser algo con lo que las niñas de bien solo se relacionan después del matrimonio, para ser algo que se hace por puro placer, a veces con crudeza, donde prima lo que se siente en la piel, ojalá junto con un *baretico*, para aumentar las sensaciones.

→(...) Entonces ya podía susurrar: “pégate a mí”, y Leopoldo obedecía de súbito, y yo con todo ese humo adentro sentía era las mil volteretas en el pensamiento, ganas de apretar carne dura, esgrimirla triunfante y desgarrar con ella mis entrañas retorcidas y babosas (Caicedo, 1977).

“Que viva la música” muestra también la evolución del rol sexual de la mujer, que de pasivo, por mandato de la religión y las buenas costumbres, evoluciona. La

mujer no es más un mero instrumento de goce, pasa a ser instrumentista:

→(...) yo lo besaba duro en la boca, amarga y de humedad pesada. Pero corregía a tiempo: “No, dulce livianidad. Repliego mis repulsiones. Todo es mío y todo me gusta”. Entonces enroscaba mi lengua, sedosita, en los poros endurecidos y sebosos de la lengua suya, tan grande y larga, y chas, apretaba hasta el crimen la cosota suya que me vibraba encima, y si él se ponía a chillar yo apretaba más y él caía, y mis bordes se volvían esféricos cuando yo me dejaba ir de cabeza en ese cuerpo, de cabeza iba bajando por ese cuerpo soplaba caliente en su montaña, jugos de mi pelo regaban su cara y degustando mi propia lengua y haciendo sonar los labios yo iba desabotonando el modelo exclusivo de su bragueta. (Caicedo, 1977).

Caicedo comprendía tanto la sociedad joven en la que estaba inmerso que no solo la describía, sino que la invitaba a seguir explorándola. Su faceta de promotor de cine así lo comprueba. Fiel a su filosofía de ir contra corriente, creó el Cine Club del Teatro Experimental de Cali [TEC], para mostrar en él lo que no se podía ver en el Aristi, el Calima, el Cid o el Bolívar, los grandes teatros de la época: buen cine, obras de Chabrol, Truffaut y Buñuel, entre otros.

El Cine Club de Cali, explican Arévalo y Alomía (2014):

→(...) sirvió de plataforma para la proyección de las películas más importantes a nivel mundial. Su construcción fue fundamental para conocer el desarrollo del cine, pero también fue importante para comprender la evolución del cine caleño y colombia-

no. Pero quizá, el factor más trascendental a tener en cuenta es el aporte directo que este movimiento hizo a la cultura, pensar en los espacios que congregó el cine alrededor del arte, es hablar de un fenómeno que enriqueció la ciudad y la sociedad.

Caicedo “presume” su saber de cine (y la ignorancia del común) –lo que podría explicar su particular interés por crear un vehículo donde los caleños pudieran “tapar ese bache cultural”–, desde la primera página de “Que viva la música”:

→(...) “Lilian Gish tenía tu mismo pelo”, y yo: “Quién será ésta”, me preguntaba, “¿Una cantante famosa?”. Recién me he venido a desayunar que era estrella del cine mudo. Todo este tiempo me la he venido imaginando con miles de collares, cantando, rubia total, a una audiencia enloquecida. Nadie sabe lo que son los huecos de la cultura (Caicedo, 1977).

La obra de Andrés Caicedo, es claro entonces, permite comprender, no sólo la Cali joven de inicios de los 70, sino la apropiación que ella hace de la ciudad a través del arte, el cine y la música, y entender el trasfondo de cómo todo cambió en ese momento. Y no quiere decir esto que toda la juventud caleña de los 70 viviera los excesos de la monita, ella es simplemente la suma de todos los excesos de la época, y esa suma es lo que constituye el fenómeno social que cambió para siempre las costumbres de la sociedad caleña.

La obra tiene además una cualidad especial, no envejece, conserva su juventud intacta. Su mensaje, a pesar de ser una muestra clarísima de realismo social (Fuguet, citado por Careaga, 2008) y estar adscrita a una época en particular, no pierde vigencia, pues transgredir para

**cine club
ANDRES CAICEDO**

SABADO 19 MARZO

Ciclo Luis Buñuel

**LA
JOVEN**

con ZACHARY SCOTT - BERNIE HAMILTON

Teatro Sn. Fernando

12:30 del dia \$ 12

Imp Gutiérrez - Tel 791396

crear siempre será una opción. Rodrigo Guerrero, el productor de la versión cinematográfica de “Que viva la música”, quien nació cinco años después de la muerte de Andrés Caicedo –y por lo tanto, no tuvo como vivirla–, explica muy bien su “permanente actualidad”:

→(...) han pasado más de 35 años desde la primera publicación de ¡Que viva la música! y siempre ha resultado cercana a los jóvenes que la leen y releen encontrándose a sí mismos en sus páginas. Los personajes de María del Carmen, Ricardito El miserable, Mariángela y Robertico, son familiares y por esto, de alguna manera, todos somos un poco dueños de este autor (Rojas, 2013).

¡Que viva la Música! entonces, pero no cualquier música, solo aquella que transgrede, que independiza, que permite romper con el *status quo*, para a partir de ahí empezar a crear una nueva realidad ¿Mejor o peor? Depende de quién lo valore ¿Distinta? Sin duda.

REFERENCIAS

- ARÉVALO, A. Y ALOMÍA, M. (2014). *Recorrido histórico del cine club de Cali en la década de los 70 y su aporte directo en las producciones cinematográficas del realizador caleño Carlos Moreno* [tesis]. Universidad Autónoma de Occidente: Cali, Colombia.
- CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (1977). *Qué viva la música*. Bogotá, Colombia: Colcultura.
- CAREAGA, R. (2008, febrero 23). Fuguet prepara antología de Andrés Caicedo, el primer enemigo de Macondo. *Diario La Tercera*, p. 53.
- CLAROS, D. (2017). *Entrevista a jóvenes de los años 70* [inédita].
- FUGUET, A. (2008). *Mi cuerpo es una celda. André Caicedo. Una autobiografía*. Bogotá, Colombia: Norma
- GUERRERO, R. [Prod.]. (2015). *Qué viva la música* [film]. Colombia: Itaca Films
- RESTREPO, L. (2013, diciembre 13). Richie Ray y Bobby Cruz: 45 años de un arrebato en Cali. *El País*.
- ROJAS, C. (2013, junio 18). ¡Que viva la música!, la mítica novela de Andrés Caicedo saltará a la pantalla grande. *La Gaceta*.
- VAN DEL HUCK, F. (2004). Andrés Caicedo: suicidio y consagración. *Sociedad y Economía*, 6, 109-132.

Andrés Felipe Vargas Coronado

Estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Icesi.

ENSAYO

NO. 3

ANDRÉS FELIPE VARGAS

A la memoria de Andrés Caicedo: “odiar es querer y aprender a amar”

Una ciudad que está desbordada en apasionamiento, amor y represión por los dos lados que la componen, los mismos que están unidos y al tiempo separados por la Avenida Simón Bolívar, da origen a obras fantásticas, relatos memorables e historias para el recuerdo. En una época de realismo mágico aparece el universo caicediano, quien endemoniado por la realidad da luz a una nueva escritura en un mundo dominado por ilusiones macondianas.

Es Cali, aquella ciudad de las canciones del Grupo Niche, la del mítico Pascual Guerrero, la de la calle 5, la de Pance, el sitio preferido por los jóvenes del grupo que habitó en aquella comuna que llamaron “Ciudad Solar” y la juventud de los años 60 en “Calicalentura”. Aquí fue donde nació este loco apasionado y enamorado de la muerte. La Cali donde María Del Carmen Huerta terminó como puta en la Cuarta con Quince.

El arte aquí, en “Calicalabozo”, es esencia pura de una ciudad que nació para ser reflejo de un país agobiado por la violencia y la desigualdad, y quizá como diría Andrés y la única crítica que creo se le puede hacer a su obra, esta ciudad que él decía era sólo para jóvenes, está diseñada para recibir a toda alma que necesite desahogarse ante el mundo y llenar su historia de vivencias imborrables. Como diría Alejandra López: “Cali es una ciudad donde la belleza, la muerte y la violencia siempre están muy cerca” (Lopez, 2017), los tres aspectos que Caicedo esparce por toda su obra.

“La muerte abre y cierra los ciclos. Inaugura y acaba generaciones, inicia y concluye capítulos. Los que quedamos, los testigos, tratamos de darle una razón y una explicación a lo inevitable. Pero la muerte siempre termina triunfando” (Romero Rey, 2007) expone Sandro Romero Rey, quien dedicó parte de su obra a estudiar a Caicedo. Creo, sólo le faltó un pequeño detalle, que la muerte también puede dejar escrito con tinta indeleble nombres que reposaran para la eternidad en los libros y hemerotecas de quienes dejaron obra intachable en este país.

Faltó escribir que Andrés Caicedo será leído por jóvenes y ancianos, por los siglos de los siglos en la Sucursal del Cielo, y todo rincón del mundo donde la angustia de un alma necesite el cómplice perfecto para eludir de este mundo chambón y jodido por unos instantes.



CARLOS MAYOLO, LUIS OSPINA Y ANDRÉS CAICEDO

Así pues, se sabe que esa brisa maravillosa con la que goza la Cali de Caicedo nunca, por más que pasen los años, dejará de resoplar el cabello de Andrés y mucho menos las hojas de los libros que algún caleño toma con la esperanza de mirar a Cali convertida en un trozo de “Calicalabozo”.

En los cuentos de Caicedo hay un despliegue majestuoso de incertidumbre, angustia, sosiego y amor por la muerte, que transcurre desde la Cali perdida de la Calle Quinta hasta el puente de Juanchito, por donde pasa el Cauca buscando el Magdalena. Porque él se conocía esta ciudad de “*arriba abajo de izquierda a derecha*”,¹ y asimismo ella y sus habitantes le correspondían: “Que dése cuenta que me conocen en San Fercho, por la Quince para arriba, en Siloé, en la Villa, y todo el mundo me saluda, y si la tropa me persigue todas las puertas se me abren” (Caicedo, *El atravesado*, 1971) dice el personaje principal en *el atravesado*, quizá el mismo Andrés.

Pues basta leer su cuento más conocido y para mí, con todo respeto, más hermoso, titulado *Infección*, pues por más que Caicedo decía que su obra cumbre era *Maternidad*, en *Infección* más que en ningún otro se ve reflejado el esplendor de lo que quiso plasmar en su obra. Que odiaba todo, que todo lo aborrecía, dice, pero esto es la forma más sensual de expresar que ama cada rincón de esta ciudad, de sus amigos, cada calle por la que caminaba. De este cuento nace el nombre que da vida al presente ensayo que usted está leyendo: “odiar es querer y aprender a amar” y, por eso cada vez que estaba lejos de Cali tenía una razón para volver, *por eso él regresaba a su ciudad*.²

Esta era la ciudad de Andrés: niños jugando en la calle, vagabundos caminando por el pavimento que hierve gracias al astro rey que pega sin piedad, y esperanzas que se frustran a diario en una ciudad donde el diablo carnavalesco pasea día y noche sin aviso. Y por eso cuando

1. Cuento de Andrés Caicedo publicado en 1969.

2. Cuento de Andrés Caicedo. Título original: *Por eso yo regreso a mi ciudad*. Andrés Caicedo, 1969.



LUIS OSPINA, CARLOS MAYOLO Y EDUARDO CARVAJAL
EN EL RODAJE DE "CALI:DE PELÍCULA" (1973)

© Luis Ospina. Fotografía tomada de: <https://www.luisospina.com>

expresa: "Odio a Cali, una ciudad que espera, pero que no le abre las puertas a los desesperados" (Caicedo) nos quiere contar que ama a Cali, que aquí nació y aquí murió y que por eso la inmortalizó como el paraíso de sus obras, porque no hay otra igual y ni siquiera parecida para poner al ruedo sus personajes, los desesperados. Que ama esta ciudad porque es su casa y la conoce como el fanático de fútbol al estadio de su equipo, porque en ella ve su reflejo y es única, como sus letras, y siente que la mejor forma de devolverle un poco lo que ella le dio, es convertir a "Calicalabozo" en el centro-paraíso del universo caicediano.

Cuando se encuentran los manuscritos de Caicedo hay nombres importantes, vidas que están unidas por hilos que cada vez más se entrelazan para llegar a una cosmovisión inesperada: el cine. Carlos Mayolo y Luis Ospina son de los que más vale la pena resaltar, pues ellos hicieron parte fundamental de lo que se llamó

en su tiempo, el Cineclub de Cali. Ellos fueron los precursores de esa generación (junto a muchos otros jóvenes-artistas) que sembrarían las bases para el cine colombiano y que más tarde terminaría dando como resultado un gran apogeo de la televisión colombiana.

Ellos fueron una generación joven llena de música, literatura, cine y, sobre todo, locura. Como diría el maestro Sacheri: "Hay un momento en la vida en que sentís que el mundo es tuyo" (2015). La generación del grupo de Cali o *Caliwood* es el claro ejemplo de esa frase, pues ellos no sólo lo sintieron, sino que lo hicieron realidad, tomaron posesión de esta ciudad maravillosa para transformar cada lugar en sus obras, en sus presentaciones, en sus rodajes y en su vida diaria.

Sólo nos falta mirar detalladamente el documental de Luis Ospina *Unos pocos buenos amigos* (Ospina, 1986), para darse cuenta de que lo realizado por estos

jóvenes es para recordar como parte de la historia cultural de Cali. Que ellos, viviendo de afán, sintiendo que la vida no les va a alcanzar tocaron cielo en su juventud y pudieron decirle al mundo que lograron todo lo que algún día se propusieron. Este grupo pudo sentir en carne propia lo que es ser feliz, un porro en Pance, una salida a caminar por la Sexta, unos cuantos libros de Poe, las fiestas de cada fin de semana, y todo, claramente, mezclado con aventuras sexuales.

Todo esto lo cuenta Andrés de una manera perfecta, volviendo al lector adicto a sus letras. Hay que aclarar que leer a Caicedo no es fácil y que cuando coges uno de sus textos por primera vez sientes un golpe contra la realidad, porque él es una explosión de vida, un mundo abierto por descubrir. Necesitas paciencia para entender quién es María del Carmen Huerta, para ir descubriendo lo que hay detrás de la carátula de *El atravesado*, para entender que sus cartas son planificadas una a una con tanta perfección que nos dejó letras hasta el día de su muerte.

Hace poco en el documental de Luis Ospina escuché a Nellie Estela, su madre, leer una de las cartas escritas por Andrés antes de uno de sus intentos de suicidio, y era todo tan planificado que la mamá no derramó una sola lágrima. Era como si se supiera que la fecha de caducar con la que llegó a este mundo Andrés cada vez, cada hora, cada minuto, estaba más cerca. Que el hombre que puso a Cali como un paraíso o el mismo infierno en sus obras, como una ciudad endemoniada gracias a su belleza poco a poco iba siendo llamado hacia el lugar que tanto amaba: la muerte.

Andrés Caicedo Estela falleció el 4 de marzo de 1977. Ese día se nos fue el más grande autor que ha dado esta tierra, no solo él, sino cada sonrisa, lágrima, sosiego y angustia que pintó en sus letras. Acabó

con su vida y con ello mandó al cajón de las esperanzas frustradas, las ilusiones de cada lector que soñaría con tener el honor de encontrarse un texto más del creador de *Calicalabo*zo.

LA VIDA DESPUÉS, SIN ANDRÉS...

Hay algo especial en Andrés Caicedo, y para mí eso lo hace aún más atractivo, único y anacrónico, pues se habla más de él luego de su muerte e inclusive se han publicado más cosas con su autoría después de su fallecimiento. En vida sólo publicó *El atravesado*, uno que otro cuento y decidió partir el día que le entregaron el primer ejemplar de ¡Que viva la *música!*

Sus amigos, pocos, pero buenos, se encargaron con ayuda de la familia Caicedo de recoger su obra, “muere, pero deja obra”, tanto lo repitió que terminó por dejar muchísima, menos mal. Ellos han publicado la recopilación completa de los cuentos de Caicedo, libros como *Mi cuerpo es una celda* y *El cuento de mi vida*, entre otros.

Por eso aquí están sus cuentos, vivos, como nunca, jóvenes, porque al igual que su autor se han negado a envejecer y prefirieron vivir eternamente en la juventud. Los desesperados, los personajes de Andrés seguirán recorriendo *Calicalabo*zo y mirando como poco a poco pagamos el precio de nuestros actos. Quizá como en cuento de Caicedo llegue nuestro final...

A veces, cuando miro transitar la gente por esta ciudad, por las calles, cada una enfocada en su sí mismo, me alcanzo a preguntar qué pensaría Caicedo de lo que algún día fue Cali, su Calicalabo

Pienso también, que él nunca partió y que todavía recorre la Sexta y sube a Pance. Me lo imagino ya no montado en el Papagayo ruta 15 sino en MIO. Sonriendo con su cabello largo y con un libro de Poe entre brazo y barriga.

Veo al fantasma de María del Carmen Huerta transitar de arriba abajo esta ciudad, la veo hacer sus aventuras y tratar de liberarse del castigo de Andrés. Alcanzo a observar a los amigos de *Angelitos empantanados* contando historias, y pienso en el momento exacto en que el silencio los arropa, ese silencio que aún hoy perdura por esta sociedad que paga el precio de un pasado tenebroso.

Cali se llenó de *tropas bravas*, ojalá Andrés no se revuelque en su tumba por dicha comparación, pero es lo más parecido que se puede encontrar. Díganme si tienen una crítica a la obra de Andrés Caicedo Estela, permítame la pena decirle que este hombre es de los más grandes de la literatura latinoamericana, y qué digo Latinoamérica, mundial, señores, así como lo lee, y sabe qué, es nuestro, sí, nació acá, es de nuestra tierra.

Por eso, cada vez que pregunto a alguien desde que llegué a esta ciudad por Andrés y me responden que no lo conocen, que nunca lo han escuchado y pues obviamente nunca lo han leído, me recorre una sensación de tristeza, de miedo. No concibo que no hayan escuchado de esa generación dorada de los sesenta, siento escalofrío, como Piedrahita cuando escucha el primer sonido con el que empiezan a dar fin a su tropa. Como Miguel Ángel cuando se le acerca a Angelita.

Sólo me falta decir que la obra de Andrés Caicedo Estela nunca dejará de ser leída, pero, sobre todo, como los buenos autores y los mejores libros, nunca dejarán de escribir nuevas páginas. Porque él logró todo lo que soñó, dejó obra. Obra intachable e imborrable, y sus letras serán leídas en los recreos de los colegios, en la espera del bus de transporte y por qué no, al lado de su tumba todas las tardes.

Porque “todo en esta vida son letras...”
Andrés Caicedo. - ¡QVLM! -

NOTA DE AUTOR

Señor lector, si usted nunca ha escuchado de Andrés Caicedo, le recomiendo que se dé el placer de leer a uno de los más grandes autores que dio nuestro país. Tan grande que está a la talla de García Márquez, William Ospina y el mismo Fernando Vallejo, por nombrar algunos.

Y si esto por casualidad del destino llega a las manos de las hermanas de Andrés, les ruego, por cada alma caicediana, que por favor permitan la publicación de *Correspondencia*, permitan que Luis Ospina y Sandro Romero nutran un toque más esa maravillosa obra de Caicedo. Para bien de ustedes, de Andrés y cada caicediano que espera y le gustaría encontrar letras de sosiego escritas por este anacrónico hasta el día de la tan amada muerte.

BIBLIOGRAFÍA

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (1971). *El atravesado*. Norma S.A.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS *Poetas del fin del mundo*. Obtenido de Infeción: El cuento más alucinante de Andrés Caicedo.

CAICEDO ESTELA, ANDRÉS (2014). *Cuentos completos de Andrés Caicedo*. Bogotá: Alfaguara

LOPEZ, A. (4 de Mayo de 2017). *Revista Semana*. Obtenido de <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-escritora-calena-alejandra-lopez-presento-su-novela-el-vuelo-del-flamenco/524235>

OSPINA, L. (Dirección). (1986). *Unos pocos buenos amigos* [Película].

ROMER REY, S. (2007). *Andrés Caicedo o la muerte sin sosiego*. Bogotá: Norma S.A.

Sacheri, E. (2015). *Los dueños del mundo*. Buenos Aires: Alfaguara.

Daniela Claros Copete

Estudiante de antropología de la Universidad Icesi.

1 CONCURSO DE CUENTOS

GANADOR

En el marco de la celebración de los cuarenta años de la publicación de la novela “Que viva la música”, los herederos de Andrés Caicedo, se acercaron a la Secretaría de Cultura de Cali, con la idea de convocar a un concurso de cuento, especialmente dirigido a jóvenes colombianos, como una forma de honrar la memoria del escritor. La idea fué acogida de inmediato por el gobierno de la ciudad y se abrió el Concurso, cuya primera edición se desarrolló en 2017, pero se planea realizarlo en forma bianual.

De este ejercicio salió un libro que publicamos en conjunto con el apoyo de la Universidad Icesi en Octubre de 2017 en el que se recogieron los siete mejores cuentos recibidos en la convocatoria los cuales provienen de distintos lugares de Colombia.

Hubo una copiosa participación proveniente de todos los departamentos del territorio nacional, y consideramos el mejor honor a la vida de Andrés Caicedo, que jóvenes colombianos, en el mismo rango de edad en el que él escribió, se hayan tomado el tiempo para participar.

Agradecemos a los prejurados que seleccionaron los 826 cuentos, todos ellos profesores de Universidades de Cali: José Zuleta, Harold Kremer, Humberto Jarrín, Carmiña Navia y Angela Rosa Giraldo. A los jurados Melba Escobar, Juan Gabriel Vasquez y Juan Esteban Constain, reconocidos escritores de una generación que no conoció a Andrés Caicedo, pero ha leído su obra y encontró interesante la idea. Ellos evaluaron 50 finalistas y nos entregaron los ganadores y menciones especiales que se encuentran en este libro. Un reconocimiento especial al también escritor e intelectual Ricardo Silva Romero, quién fué pieza fundamental de la organización de este concurso.

Agradecemos de forma muy especial a las entidades que apoyaron la idea desde el inicio: Bibliotec, Red Nacional de Bibliotecas, Red de Bibliotecas Públicas de Cali, Museo La Tertulia, Feria del Libro de Cali, Comfandi y Cámara de Comercio, no solo a sus directivos sino a los equipos de trabajo de ellas, quienes tomaron la idea como propia y apoyaron en todo momento y por todos los medios la iniciativa.

SIETE SISTEMAS NERVIOSOS

Sé cómo son los escritores a los 17, a los 20, a los 23, a los 26: tienen mucho miedo de estar haciendo el ridículo, sudan frío en los talleres de escritura porque se les está acercando el turno de leer su cuento, persiguen la profundidad como si fuera posible hallarla y recrearla y transgredirla en la superficie de la página, desprecian lo que se está haciendo ahora mismo en Colombia porque confunden ser con prevalecer, se preguntan para qué sumarle un librito más a un mundo que no ha acabado de leer a Borges, tienen gastritis porque desde fuera el mundo de la literatura parece otra rosca infranqueable, escuchan una voz traicionera, la suya, que les aconseja que acepten de una buena vez que sus textos no valen la pena.

Y un día –porque sí o porque un ángel los convence de que lo único que va a perderse es el amor propio– se atreven a mandar un cuento a un concurso que parece una lotería de poquitos números.

Ojalá que ganen. Ojalá que un golpe de suerte les pruebe que su trabajo no es criticar sino escribir los dramas.

Sé cómo son algunos de esos cuentos: ni los personajes ni los lugares tienen nombres –se llaman El Poeta o El Padre o El Viejo– porque se trata de sugerir los grandes temas de la literatura, de estremecer, de contribuir a la confusión, de despertar al lector burgués que no quiere enterarse de las malformaciones de la vida –no: quiere ver Rápidos y furiosos 8 el domingo en la tarde– porque anda demasiado ocupado comprando televisores planos, poniéndose corbatas brillosas, engordando el sistema que nos desangra con cuentagotas y repitiendo los lugares comunes de sus padres. Son cuentos de cineclub. Perdón: cuentos de taller de escritura cuyos autores, como los autores de ciertas obras del arte contemporáneo, pueden dar razón de cada una de sus líneas, pueden decir de dónde vienen, a dónde diablos van.

Son cuentos conmovedores que se leen con el estómago porque con el estómago fueron escritos. Son cuentos de hombres o de

mujeres que se jugaron toda la vida: ¿no tiene que estar pasando por un momento definitivo, de vida o muerte o resignación, una persona de 17, de 20, de 23, de 26 años, que se ha tomado el tiempo quieto que se necesita para escribir un relato?

Puedo decir, porque he estado cerca del jurado, que este exitoso concurso de cuento en honor a Andrés Caicedo se ha encontrado con una caja de cuentos que no son un juego ni una tontería, sino un riesgo. Quizás algunos cometieron el error de comenzar por la vanguardia. Quizás otros cayeron en la tentación de pensar que es el cuento –no su lectura– lo que debe alcanzar la hondura. Acaso un par despreciaron las estructuras de los maestros. Tal vez ciertos primeros párrafos terminaron siendo amasijos plagados de gazapos. Y ciertos párrafos finales confirmaron que no había allí una narración sino una ansiedad, una búsqueda, un infructuoso anhelo de poner en orden lo que se ha estado sospechando con el cerebro en una mano y el corazón en la otra.

Pero no me cabe duda –estuve ahí mientras los jurados discutían los trabajos– de que la gran mayoría de los participantes escribieron sus cuentos como haciendo paréntesis a sus vidas, como elevando plegarias con la ilusión de una respuesta.

Y que allí, entre esa torre de relatos, hay un puñado de textos que consiguen convertir este instinto de contar lo que se ha visto en un primer paso en firme en este oficio de viejos para viejos.

Quiero decir que hay talentos en estado de alerta que seguirán escribiendo sus personajes, sus tramas, sus paisajes, sus escenas, de aquí en adelante. Que este libro, editado con espíritu de taller benigno, es la suma de siete trabajos que son siete promesas, siete valientes intentos de sujetar y de poner en orden esta realidad que tantas veces –de los 17 a los 26– resulta ser una farsa. Y es apenas justo que uno de ellos sea un relato inédito del propio Andrés Caicedo, pues Caicedo, que se pasó la vida haciendo paréntesis para aprender la lengua de este mundo y para encontrarle algún orden a este desastre, sigue siendo un monumento al muchacho que tiene la suerte y la desgracia de leer y escribir entre líneas.

Quando ellos me llaman

I

Hace una semana que todos estamos en vacaciones. Yo fui el último en salir porque estudié en un colegio privado. Me dieron una beca porque mi mamá es profesora en el mismo colegio, pero prefiero decirle a ellos que la beca me la gané por ser buen estudiante para lucirme, y para que cuando me pregunten si puedo bajar a la piscina pueda decirles que no porque ando estudiando y, así, no tener que repetirles que no tengo tímpano en el oído izquierdo porque me lo reventó la otitis cuando tenía cinco años. Eso me dijo mi mamá. Yo ya no me acuerdo de eso. El dolor solo vuelve si me entra agua en el oído porque no hay nada que la pare y sigue derecho hasta el cerebro. Eso duele más que todo, más que una patada o doblarse un tobillo, más que un puño de Amed.

No se dice Amed, se dice Ahmed, y la H suena como una J porque es un nombre árabe, y en el árabe es así. Lo vi en “Discovery en la Escuela”, y me lo dijo mi papá. Eso mismo le dije a Amed: vos no te llamas Amed, sino Ahmed, y antes de que pudiera decirle lo de la J me pegó un puño en el estómago por corregirlo al frente de todos. No me dolió. Duele más no tener tímpano, pero yo hice como si me hubiera dolido para que parara.

Julio es el mes más caliente de todos. Si yo pudiera también me la pasaría en la piscina como ellos. En agosto el calor baja porque hay más brisa y venta, y mi mamá me lleva a elevar cometa. En agosto cumplo años. Falta un mes y medio para eso; un mes y medio para que se acaben las vacaciones. A esta ciudad le hace falta un mar. A mí me encanta el mar así no pueda meter la cabeza por lo del oído; apenas hasta los hombros.

II

Daniel, que también vive en el bloque F como yo, dijo que cuando se salieran de la piscina iban a venir a buscarme. Voy al balcón y no veo a nadie en el agua, o por lo menos a ninguno de ellos. Se olvidaron de mí.

Me devuelvo al estudio de mi papá. Él está preparando sus clases, siempre está preparando sus clases. Estoy en bóxer, me acuesto en el piso. Le pregunto cuántas religiones hay en el mundo. Está distraído, me pide que le repita la pregunta: ¿Que cuántas religiones hay en el mundo?, digo con rabia por no haberme puesto atención a la primera. Él se queda en silencio. Hace cuentas mentales, o eso parece. Los cálculos de mi papá siempre son exactos porque estudió Matemáticas y Física.

Pero para mi sorpresa me contesta: no sé. Es la primera vez que no sabe algo. De pronto hay una por cada estrella en el cielo, ¿vos qué pensás?

No sé, Papu.

Alguien grita mi nombre, nos interrumpe. Me asomo a la ventana del estudio.

Bajá, me pide Daniel con otro grito, apenas me ve.

¿Puedo bajar?, le pregunto a mi papá. Sí, responde sin dejar de mirar las notas de sus clases.

Me visto en mi cuarto. Me pongo una camiseta, una pantaloneta y unos tenis que, en mi caso, como en el de la mayoría de los de la unidad, son unos Croydon negros que me hacen correr más rápido. Los de Amed, en cambio, son unos Nike que su papá le trajo de Miami, blancos, con cámaras de aire que lo hacen saltar más alto.

Cuando bajo no veo a Daniel ni a Mateo. Doy una vuelta por la unidad. Los encuentro en el palo de mango, en la sombra, sentados en la banca. A ellos dos y a Andrés. Los saludo, me siento en el piso. Hablan de Michelle y Valentina, dos niñas que viven en la torre D. Las dos son remonas. De esas que cuando se meten a la piscina el pelo les queda como un mango chupado. A todos nos gustan. Lo malo es que apenas son dos y nosotros muchos. Y que no bajan. No sabemos si porque no quieren o porque el papá no las deja.

Amed también llega a la banca, le pide a Daniel que le dé su puesto.

Cuando me ve, me saluda: ¿todo bien?, me da la mano.

Todo bien, le contesto.

Amed nos cuenta que su papá le compró una bicicleta eléctrica y que se la va a mandar desde Miami, y que además le compró más juegos para su Play. El papá de Ahmed es comerciante, por eso se la pasa viajando para traer cosas: zapatos,

ropa, carros, celulares con cámara, televisores, lociones, relojes. Eso dice Ahmed. Que podemos ir al local que tiene su papá en San Andresito, en el centro de la ciudad, y que él nos hace descuento. El papá de Ahmed y el tipo del bloque C son los que tienen los mejores carros de la unidad. Los dos son comerciantes.

Nos quedamos en la banca hasta que Mateo propone que juguemos escondite. El último que llegue al muro de la portería cuenta, escucho que dice alguien. Todos arrancamos a correr. Daniel, que llega de último, comienza contando. El resto nos escondemos.

Escojo la isla. Así le decimos a unas palmas que están en una esquina del parqueadero de la unidad, un oasis en medio de los carros. Me escondo detrás de unas matas, recostado en la reja. Veo que Daniel nos busca por la piscina, entre los carros, en los árboles. Ahmed y Andrés están escondidos en el balcón de un apartamento del primer piso de la torre B. Mateo corre, sale de algún lado, llega al muro de la portería, ¡por mí!, grita, se salva.

Entonces siento que algo me toca la espalda. Pienso que es una mata, una avispa. Pero luego escucho que alguien me habla, que me dice: lindo, mírame, lindo, o es que no me va a saludar. Me volteo. Es Roberto, la loca del barrio que me tira un beso. Tiene una blusa hasta el ombligo, la boca pintada.

Hola, niño, qué hace ahí escondidito, dice, y se levanta la camiseta para mostrarme las tetas: dos balones de microfútbol con un timbre rosado. Tocá, tocá, me pide, no te asustés, dale.

Salgo de la isla corriendo, huyo. Daniel me ve, arranca adelante mío, me tiene demasiada ventaja. Llega primero que yo al muro de la portería.

No le digo a nadie lo de Roberto porque Amed dice que nos parecemos, que somos medio hermanos, medio maricones, y no quiero que me joda con eso.

Cuento. Después le toca a Andrés. Otra vez a Mateo. A Daniel. A Andrés.

Me quedo abajo, en la unidad, hasta que mi mamá me llama por la ventana del apartamento para que suba. Voy al estudio. Mi papá sigue preparando sus clases.

Le pregunto: ¿cuántas veces es más grande el sol que la tierra?

1'303.782, me contesta mirando el computador, unas gráficas de sus clases de economía en la universidad.

¿Y cómo sabés?, le pregunto y me explica algo que no entiendo.

Voy a mi cuarto. Me acuesto sin bañarme.

III

No espero a que me ellos llamen. Bajo y voy al quiosco mientras ellos están en la piscina.

Pongo un CD que yo mismo quemé hace unos días en el computador de mi papá. Están Luisfer, Daniel, Mateo y Andrés que apenas me ven salen del agua para saludarme.

¿Qué canciones metiste en el CD?, me pregunta Luisfer.

De todo, le digo: reggaetón, salsa, merengue.

Cuando me tienen rodeado Daniel me pide que mire hacia la piscina de niños, disimulado. Michelle y Valentina están jugando vóley con una pelota de plástico. Me hago el sorprendido porque ya las había visto desde el balcón de mi apartamento. Por eso bajé.

¿Cuál es Michelle?, pregunto, ¿cuál es Valentina? Ninguno sabe.

En lugar de hablarles nos quedamos en el quiosco. Le subimos a la grabadora de Mateo para que nos vean, suena *Pobre Diabla* de Don Omar. Pero ellas siguen en el agua como si nada, jugando las dos con una pelota, ignorándonos. El papá las cuida desde el balcón de su apartamento de la torre D.

Escucho que uno de nosotros grita: ¡Tigre!, ¿jugás un partido?

Entonces me volteó para buscarlo y encuentro a El Tigre caminando por fuera de la piscina, detrás de la reja como acechando entre dos palmas. Es el mejor jugador del América, el equipo de mi papá, mi equipo. Él, sin pensarlo mucho, nos responde que sí: llamen más gente y que alguien me preste unos guayos y una pantaloneta, nos vemos en la cancha.

¡E-l T-i-g-r-e!

Hace un año que tiene un apartamento en la unidad, pero no vive acá. Por eso lo vemos de vez en cuando. Llega y al rato se va. A veces solo, a veces con viejas, o cargando unas cajas para guardarlas en su apartamento. Por eso mi mamá dice que El Tigre es un vago, que quién sabe para qué tendrá ese apartamento, que por muy futbolista que sea, en esta ciudad no deja de ser raro ver un negro con tanta plata.

Todos vamos a nuestros apartamentos a cambiarnos. Yo soy el único que le puede prestar unos guayos y una pantaloneta al Tigre. Los papás de los otros no viven con ellos. Casi todos son comerciantes como el papá de Ahmed, casi todos viven afuera del país, en Miami, o en México, y vienen de vez en cuando.

Encuentro a mi papá trabajando en el estudio. Le pido que me preste sus guayos y una pantaloneta.

Vamos a jugar un partido con El Tigre, le digo.

Y él: qué bien, flaco, me responde, y vuelve a concentrarse en sus clases.

Salgo del apartamento tan rápido como entré. Cuando corro con los guayos en el cemento, sueño como un pony.

En la cancha están todos. Le paso la cosas al Tigre, y él se cambia detrás de un árbol. Escucho que Ahmed dice: parece un mico. Algunos se ríen.

Armamos un equipo de seis y otro de cinco. Yo me hago con el Tigre porque soy del América como Daniel, Andrés y Luisfer. En el otro equipo están Ahmed y los del Cali.

Apenas arranca el partido Ahmed me pega una patada. No me quejo, duele más el oído. Cobro y le doy un pase al Tigre. Agarra el balón, se va por la banda, corro detrás de él. Se saca a todo el equipo, le hace una galleta a Ahmed después de que este también le manda una patada que no lo toca. En lugar de tirar, de mirar al arco como siempre hace en los partidos de verdad, me pasa el balón y solo tengo que empujarla. ¡Gol! Corro hacia El Tigre, lo abrazo.

Jugamos toda la tarde sin cansarnos, cuatro horas. Hasta que El Tigre dice que se va. El partido queda catorce a cinco, el rojo siempre gana.

El Tigre se cambia detrás del mismo árbol y me pasa la ropa de mi papá. Lo seguimos hasta el parqueadero. Se monta en su Mercedes, saca la mano para despedirse. No podemos verle la cara por culpa del vidrio oscuro.

Ese carro es blindado, dice Ahmed, y esos rines, puro gusto de negro. Algunos se

ríen, los del Cali. Ese man no vive en la unidad, sigue hablando Ahmed, porque tiene una mansión en el sur, el apartamento lo utiliza para guardar la plata que no puede meter en los bancos.

Nadie dice nada, nadie lo contradice.

Ellos van a la piscina para refrescarse. Yo me despido, subo.

Dejo la ropa de mi papá en el lavadero y saco la jarra de jugo de la nevera aunque esté acalorado y pueda quedarme tieso por culpa del frío, eso es lo que dice mi mamá que pasa.

Cuando me despierto en mi cuarto son las dos de la mañana en mi reloj digital. Prendo el televisor y lo dejo en *mute*. Mis papás duermen en su cuarto. Busco los canales que no están bloqueados, más allá del noventa y nueve. Pienso en Michelle y Valentina jugando en la piscina, en sus piernas, que las dos son mis novias.

IV

Bajo después de decirle a mi mamá que voy a bajar, sin que me llamen. Es sábado, me pasé todo el día viendo la televisión. Doy una vuelta por la unidad, pero no encuentro a nadie. En la mañana ellos estaban en la piscina.

Voy al palo de mango, a la isla, a la cancha de fútbol. Camino entre las torres, los llamo: ¡Daniel!, ¡Mateo!, ¡Luisfer! De pronto están en la casa de Ahmed jugando Play y no me llamaron, se me ocurre, ¡Andrés!

Hace una semana que no viene El Tigre, que no vemos el Mercedes en el parqueadero. Debe estar de viaje, o con el América en la pretemporada, o en su yate en Cartagena. Por eso fue que a Ahmed tuvo la idea de que nos metiéramos al apartamento de El Tigre, deberíamos

aprovechar que no está para ver lo que esconde, dijo, sacarnos una caja de plata.

¿Para qué?, le pregunté yo.

¿Cómo que para qué?, alzó el puño, ¿cómo que para qué?, volvió a preguntar, y luego se rió cuando me vio nervioso.

Pasando por el bloque E escucho la voz de mi papá que me llama. Corro, subo al apartamento. Recién llegó de la universidad. Me pregunta si quiero ir a cine.

Sí.

¿Y qué película nos vemos?

No lo dudo: Star Wars, le respondo, *El ataque de los clones*.

Cámbiate, me dice entonces mi papá, que oliendo a gamín no nos dejan entrar en ningún lado.

V

Estoy en el quiosco cambiando la música cuando suenan los tiros. Ellos están en la piscina, nadando. Salen del agua, vienen corriendo.

Pasó en el lavadero de carros, dice Luisfer.

¿Y cómo sabés?, le pregunta Mateo.

Me lo soñé, responde, acabo de tener un *déjà vu*.

Le hacemos caso porque nadie tiene otra teoría sobre lo que acaba de pasar. Subimos al quinto piso de la torre F para ver, para buscar al muerto. Yo vivo en el 301 F, les digo que voy por mis binoculares y que ya los alcanzo. Ellos siguen subiendo las escaleras como si no me hubieran escuchado.

Luisfer tenía razón.

Desde arriba vemos a un pelado sentado al lado de un cuerpo. Tiene, le pongo, más o menos once años como casi todos

nosotros. Para Andrés tiene más, unos catorce como Ahmed, por lo alto, dice.

En un momento, después de que ya todos nos hemos rotados los binoculares, el pelado se quita los zapatos, unos Nike como los de Ahmed, pero negros. También se quita las medias, queda descalzo en los charcos de agua. Hace lo mismo con el muerto, pero en vez de dejar las medias tiradas en el cemento como hizo con las suyas, se las pone así estén manchadas, sucias.

Grita: ¡Mi papá!, imi papá!, mientras se soba los pies, se abraza las piernas.

¿En dónde le pegaron los tiros?, pregunta alguno de nosotros.

No se ve, responde Mateo que mira por los binoculares.

Luisfer es el único que da una respuesta: en el culo, en todo el centro.

Todos nos reímos.

Después de que se llevan al muerto volvemos al quiosco. El resto del día nos la pasamos hablando de lo que vimos, lanzando teorías: que andaba traqueteando; no, que apenas era un lavaperros; no, uno de los duros; no, simplemente un sicario; que por algo lo habrán matado, que no cualquiera en esta ciudad tiene la camioneta en la que se fue el pelado de las medias.

Déjà vu es una palabra en francés, eso me dice mi papá cuando vuelvo al apartamento, en su estudio, cuando le pregunto.

VI

No tengo que buscarlos, ellos están en la piscina. Hace calor.

Antes de ir para allá, hago otra cosa. Voy al apartamento de Michelle y Valentina a dejarles una carta y una chocolatina Jet

para cada una. Ellos no pueden saber de esto porque cuando me han preguntado si me gustan les he dicho que no, que no me gustan las monas. Por eso, para que no me vean, camino por la parte de atrás de la torre B, que está en medio de la F y la D, que es la torre de Michelle y Valentina, y que también es la torre de El Tigre. Su apartamento está en el primer piso. Trato de ver por las ventanas pero las persianas están cerradas. De pronto Ahmed tiene razón. Deberíamos meternos para ver lo que guarda.

Antes de entrar al bloque D releo mi carta:

Hola, ¿cómo estás? No sé si les gusta el chocolate. Ojalá que sí. Deberían bajar más para que agamos algo. Les gusta la música? Yo tengo mucha. At: 301 F.

Después la meto en el sobre que compré en la miscelánea del barrio junto con las chokolatinas Jet.

Antes de deslizar la carta por debajo de la puerta escucho pasos del otro lado. Alguna de las dos grita: ¡no más!, ¡no más! Y la otra: ¡dejenlos!, ¡no más! Es la primera vez que las escucho tan cerca. Sus risas jugando a perseguirse, ellas y el otro sin voz. Imagino que entro a salvarlas, pero apenas me atrevo a meter la carta por la ranura de la puerta.

Voy a la piscina.

Ellos están en el quiosco, sus pantalonetas escurriendo agua alrededor de Ahmed.

Nadie me pregunta por qué llegué por el camino de la torre D. Ahmed es el que maneja la música. Apenas me ve, me muestra un aparato del tamaño de una pila que está conectado a la grabadora de Mateo.

¿Qué es?

Un Mp3, me contesta, me lo mandó mi papá de Miami, le caben como mil canciones.

Le pido que me enseñe a manejarlo. Así, cuando ustedes estén en la piscina yo cambio la música, les digo.

Acepta. Después de que me enseña, ellos vuelven a la piscina, saltan al agua.

Me quedo cambiando la música hasta que mi mamá me llama por el balcón para que suba a comer. Pienso en Michelle y Valentina mientras camino a mi bloque, si ya habrán encontrado la carta, la chokolatina, en sus voces.

VII

Somos cuatro: Mateo, Andrés, Luisfer y yo.

Mateo propone que veamos una película. A todos nos parece bien. Les digo que la podemos ver en mi apartamento, que en mi cuarto tengo DVD. Pero al final ellos deciden verla en la casa de Andrés porque tiene un teatro en casa.

¿Y qué nos vemos?, pregunta Mateo.

Una de bala, responde Luisfer.

Vamos a La Meca, un lugar en el barrio en el que se consiguen las películas del cine piratas. Le pedimos al dueño, un man de unos treinta años, que nos dé el catálogo para escoger.

¿Cuál?

Luisfer vuelve a decir: el de bala.

Pero cuando abrimos el catálogo nos damos cuenta de que no es el que pedimos. En vez de las películas de acción el dueño de La Meca nos pasó el de porno. No le decimos nada, no le pedimos que nos lo cambie.

Andrés lee la descripción de una película: un astronauta llega a Marte, un planeta habitado solo por mujeres, todas vírgenes. Para sobrevivir el astronauta tiene que copular con las marcianas. *El planeta rojo*, así se llama. De nosotros, el único que dice que ya no es virgen es Amed.

¿Qué es copular?

Lo mismo que culear, me contesta Andrés.

Pasamos la página: una mujer con las piernas abiertas, con una cuca peluda.

Estamos en esas, pasando las páginas del catálogo, cuando Roberto entra a La Meca. Le pregunta al dueño si ya le llegó la nueva de Star Wars.

No, en una semana, le contesta el otro.

Imagino a Roberto con un vestido blanco, como una especie de princesa Leia.

Escucho que Andrés dice: llevémonos una de estas y nos la vemos en mi casa, mi mamá no está.

Y que otro le responde: con el teatro se van a dar cuenta en toda la unidad que estamos viendo eso.

Que se meta un sable láser por el culo, digo yo en lugar de decir lo que en verdad había pensado, por error.

Ellos se ríen.

Roberto responde: ipero por el culo de tu madre será!, y arranca a perseguirnos. Menos mal solo le da para correr media cuadra, y cuando llegamos a la unidad lo hemos dejado atrás, botado en la calle. Nos grita cosas desde lejos, que nos va a buscar, que no salgamos solos, que nos va estar esperando.

Nos sentamos en la banca del palo de mangos, agitados. Ellos no dejan de pedirme que les cuente que por qué le dije eso a Roberto, que qué risa. Les invento

cosas para no decirles la verdad, que andaba nervioso por pensar en las tetas de Roberto, en el beso que me tiró el otro día en la isla.

Hablamos hasta la noche. El portero nos pide que nos callemos, que ya lo han llamado de varios apartamentos a quejarse del ruido.

A la próxima les pongo multa, dice antes de volver a la portería.

Entonces noto que ellos me están mirando, que están a la espera de que se ocurra una respuesta como la de Roberto para joder al portero, pero no se me ocurre nada, me quedo callado.

VIII

No toda la vida Roberto fue así, me dice mi mamá.

¿Así, cómo?, le pregunto.

Me contesta después de pensárselo un rato: ...mujer... antes era un pelado normal como ustedes. Claro que sí se le veían sus cositas.

¿Cosas?

Sí, amaneramientos, cosas de mujercita. ¿Por qué la pregunta?

Le digo: por saber, ayer lo vi en la calle.

Ella sigue lavando ropa. Yo voy a mi cuarto, no tengo ganas de bajar.

Las vacaciones ya van por más de la mitad, y no he hecho los trabajos del colegio. Hace días hice el intento. Comencé a leer un libro sobre la historia de los Calima para Sociales, luego traté de hacer matemáticas, pero al final terminé armando un Lego de Batman que también tenía pendiente.

En este momento veo televisión. Busco cualquier cosa.

IX

Hoy no bajé. Me quedé en el apartamento todo el día ayudándole a mi papá a arreglar su estudio como me lo había pedido. Nos la pasamos botando y archivando documentos mientras ellos estaban en la piscina. En una carpeta encontré una foto vieja en la que aparecía mi papá. Tenía pelo, una chaqueta negra y estaba montado en una Harley. Se la mostré, le pregunté qué había pasado con la moto. Me dijo que la había tenido que vender para tener la cuota del primer apartamento que tuvieron. Le pedí que me la regalara. Me dijo que sí, que me la podía quedar, y la guardé en la caja en la que guardo cosas.

En la noche pedimos pizza. Comimos al frente del televisor, viendo *Alien vs. Depredador* que mi mamá había traído de La Meca. Antes de volver a mi cuarto les dije que de cumpleaños quería un Mp3, que estaba cansado de mi Walkman.

Vine a mi cuarto, vi televisión un rato más, y me fui quedando dormido.

Ahora lo que me despierta son los golpes en la ventana. Pensé que había sido un murciélago, pero vuelven a repetirse. Me paro de la cama, me asomo en la ventana de mi cuarto. Abajo están Daniel y Mateo que, a pesar de la falta de luz, reconozco. Me piden que baje. Hago que no con la cabeza, está muy tarde, les digo en un grito ahogado.

Es urgente, me dice Daniel.

Y Mateo: volvió El Tigre, encontramos una forma de ver lo que guarda en el apartamento.

En el radioreloj de mi cuarto son las doce y cincuenta.

Salgo con cuidado de que no me escuchen mis papás, dejo la puerta medio abierta para poder entrar cuando vuelva. Bajo.

Está oscuro. Los porteros apagan las luces de la unidad después de las once para ahorrar energía. Ellos me saludan, me dan la mano.

En lugar de entrar al D, seguimos derecho por un callejón que le da la vuelta al bloque. En la parte de atrás nos encontramos con Ahmed y Andrés.

¿Y Luisfer?

No quiso venir, responde Ahmed, se cagó. Y me después me pregunta: ¿quieres ver al Tigre?, y me muestra un arbusto. Ya todos vimos, me dice, faltás vos solamente.

¿Por dónde?

Él vuelve a señalar el arbusto.

Me meto entre las ramas, y me encuentro con una de las ventanas del apartamento de El Tigre. La persiana está sin bajar del todo, hay un huequito por el que se puede ver lo que pasa adentro.

Ahí está El Tigre tan sudado como el día del partido, dos negras que se turnan para lamerlo. Tienen las tetas más grandes que las de Roberto, culos de orangután, redondos. El Tigre les soba la cabeza mientras mira al techo con la boca abierta, las mueve. Me meto la mano en la pantaloneta. Imagino que soy yo, que las negras son Michelle y Valentina con su pelo monísimo enredado en mis piernas. Me pongo duro. Una de las negras me tira en la cama, me empuja. Michelle o Valentina me saltan encima. Michelle o Valentina se me sientan en la cara, las muerdo como hace El Tigre.

Daniel me llega por la espalda, y tengo que sacarme la mano, me limpio en la tela de la camiseta. Me dice: ya viste mucho, es mi turno.

No ha pasado ni un minuto, le reclamo, pensé que ya habían visto todos.

Él en lugar de hablarme me muestra su reloj digital. Veo los numeritos azules alumbrando en lo oscuro, no sé en qué momento pasó todo ese tiempo. Además, me dice, ya vamos en la segunda ronda.

No me importa, le digo, pero Daniel no se va. Por lo que, al final, aunque no quiera, tengo que salirme para esperar mi turno de volver a entrar.

Fuera del arbusto Ahmed me pregunta: ¿te gustaron las negras o te gustó más El Tigre?

¿Y a vos qué te importa?, le contesto en un arranque, dejame quieto.

Maricón, dice él. Se me hace al frente, me encara. Lo empujo para que no me pegue y salgo corriendo antes de que se levante. Me alcanza en la torre B, a medio camino de mi torre. Me tira al piso, me da dos patadas en el estómago. Me deja tirado. Es cuando se voltea, que piensa que voy a dejar las cosas así, como siempre, que agarro una piedra y se la tiro. Le doy en la cabeza.

Otra vez corro, y esta vez no me alcanza, o no sé si me persigue. Subo a mi apartamento y cierro con cuidado la puerta. Me encierro en mi cuarto. Me acuesto agitado. Prendo el televisor, dan Rocky III. Me la veo hasta que me voy calmando, hasta que estoy seguro de que mis papás no se han levantado por la bulla. Entonces me vuelven las ganas. Pienso en Michelle y Valentina. Busco más allá del noventa y ocho, y pongo el televisor en *mute*:

Un negro lleva a una mujer hasta un callejón. Tiene un cuchillo. Leo los subtítulos. El negro le pide a la mujer que le pase la cartera, el celular, las joyas. En un momento le mira las tetas, le dice: qué buena que estás, nena. Y comienza a desvestirla a la fuerza, a arrancarle la ropa. La mujer se resiste hasta que el negro se saca la verga. La mujer le dice: la

tienes muy grande, y en lugar de resistirse como al principio, se agacha, comienza a chupársela.

Entonces escucho un ruido en el apartamento. Apago el televisor. Me acuesto hacia mi lado, cierro los ojos. Siento que alguien abre la puerta de mi cuarto.

X

En esta ciudad todos se creen capos, dice mi mamá mientras acomoda la carne en el congelador, con rabia.

¿Mi papá alguna vez quiso ser comerciante?, le pregunto.

No que yo sepa. ¿Por qué?

¿Mi tío Javier es comerciante?, le pregunto después de dejar cuatro bolsas más en la cocina.

...

¿Ma?, ¿mi tío Javier es comerciante?

No.

¿Entonces qué hace?, ¿por qué tiene tanta plata?

Me contesta sin mirarme, sacando el contenido de una bolsa: él es electricista, de los que cambia los cables de alta tensión. Es un trabajo peligroso.

Recién llegamos de mercar. Tuvimos que dejar el carro en el parqueadero de visitantes porque el tipo del bloque C dejó su BM en la entrada del parqueadero de la unidad. En lugar de pitarle, o de pedirle al portero que llamara al tipo para que moviera su carro, mi mamá lo dejó afuera.

Acá nos pueden robar el carro, Ma, le dije yo, hacé algo para que el tipo se mueva.

Ella me contestó, después de apagar el motor: traé el carrito de mercado para llevar las bolsas.

Tuve que hacerle caso. Solo volvió a hablar hasta que dijo lo de los capos.

Ahora le pregunto en la cocina mientras desempaco la última bolsa del mercado: ¿si estudio lo mismo que mi tío podría hacer lo mismo que él?

No creo, me contesta acomodando las cosas de aseo.

¿Por?

Habrá que ver, me dice sin mirarme, agachada. Esa es su respuesta cuando le pido un permiso y no se decide a dárme-lo, cuando no está segura de algo. No le hablo más de mi tío.

Después de que terminamos con el mercado voy a mi cuarto con mecate. Me acuesto en la cama en calzoncillos. Mi papá está en la universidad. Llevo varios días sin bajar. No me atrevo después de lo que pasó con Amed.

XI

Ayer fuimos al doctor con mi mamá. Me revisó, dijo que mi oído estaba mejor, que en diciembre me voy a poder meter a la piscina con taponos: una goma rosada con la que me baño para que no me entre agua al oído.

En el carro, viniendo para la unidad, mi mamá me preguntó si había peleado con ellos, que por qué no había vuelto a bajar. Le dije que como ellos se la pasan en la piscina me aburro en el quisco. Me creyó.

Hoy es domingo y los domingos juega el América. Mi papá escucha los partidos en la radio mientras prepara sus clases. Estoy en el estudio, acostado en el piso.

Hay una mancha en el techo. Es una humedad, mi papá dice que la tienen que reparar los del cuarto piso. Tiene la forma de una galaxia.

¿Vos creés en los extraterrestres?, le pregunto a mi papá.

Me contesta trabajando en una hoja de Excel, en su computador: no sé.

Lo que más odio de escuchar partidos en la radio son las propagandas, hay una cada diez segundos. El Tigre hace dos goles. Uno de cabeza y otro de chilena. Lo imagino corriendo hacia una esquina de la cancha, celebrando; con las negras.

Cuando se acaba el partido voy por algo de tomar a la cocina. Encuentro a mi mamá trabajando en el comedor, preparando sus clases.

¿Ma, vos crees que me puedan dar el Mp3 de cumpleaños?

Habrá que ver, me dice, en esta ciudad a los profesores no les pagan lo que se merecen.

XII

Mi mamá me pide que vaya a la portería por una gaseosa.

No puedo bajar, le digo.

¿Por?

No puedo, repito.

Y ella: no te lo estoy pidiendo, dice, y sale de mi cuarto.

Entonces me pongo los Croydon por si necesito correr. Bajo. Me encuentro con Andrés, Daniel y Luisfer en el palo de mangos. Me preguntan por qué no había vuelto a bajar. Les digo lo que siempre les digo, que he estado estudiando.

Los tres tienen tenis nuevos, Nike.

¿Cuándo los compraron?, les pregunto.

Nos los regalaron, contesta Andrés.

¿Quién?

El papá de Amed.

Si hubieras bajado también te habrían comprado unos, dice Daniel, y luego me cuenta que el papá los había llevado a la rueda, a cine, y que como ellos estaban cuando le compraron unos tenis a Amed, el papá le compró a todos los que estaban.

Tiene un bolsito lleno de plata, agrega Luisfer.

¿Y Amed?, pregunto yo.

El papá se lo llevó a Miami de vacaciones, vuelve en una semana, responde Daniel.

Intento disimular mi emoción. ¿Qué van a hacer ahora?, les pregunto.

Vamos a armar un partido, me contesta Andrés, ¿jugás?

Quedo de verme con ellos en la cancha después de almuerzo.

Para volver a bajar, me dice mi mamá, antes tenés que organizar tu cuarto y ayudarme a lavar la loza. Eso me retrasa. Cuando llego a la cancha ya están armados los equipos, dos de seis, y tengo que sentarme a esperar a que alguien me dé cambio para jugar.

Estoy viendo los carros que pasan por la Guadalupe cuando se me sienta al lado.

¿Todo bien?, me saluda.

Es Amed. Sonríe. El resto sigue jugando fútbol mientras hablábamos.

Pensé que andabas en Miami con tu papá, le digo.

Les pedí que te dijeran eso cuando te vieran porque necesitaba hablar con vos, me dice, y luego se voltea para mostrarme la parte de atrás de la cabeza. Tiene una raja larga, con cinco puntos. Le dije a ellos que me la hice persiguiéndote, que me caí. Si les decís lo de la piedra, te mato. ¿Claro?

Sí.

Vemos el partido un rato, en silencio.

¿Lo de los tenis sí fue verdad?, le pregunto.

Los tuyos los tengo guardados, me responde.

Uno de los que juega pide el cambio. Ahmed se para, se acomoda los guayos y entra a pesar de que es mi turno.

No digo nada, espero.

La veo a lo lejos cuando me paro a estirar. No sé si es Michelle o Valentina la que está en el balcón de su apartamento, viéndonos jugar. La saludo con una mano. Ella, apenas se da cuenta, se mete en su apartamento.

Por fin estoy jugando cuando suenan los tiros.

En la calle seguimos a la gente que también busca al muerto. Llegamos a la tienda del barrio, en toda la esquina, en donde se la pasan los borrachos de la cuadra.

Un man le sigue apuntando con un revólver al cuerpo de Roberto. Le dice: a tirarle besos a tu marido, maricón de mierda. Lo escupe, lo pateo.

Yo me acuerdo de un chiste, se lo digo a ellos entre la gente: a una loca se le apareció un genio. Tienes tres deseos. Quiero plata. Concedido, dijo el genio. Quiero hombres. Concedido, dijo el genio. ¡Ay, tengo plata y hombres!, ¡me quiero morir!, y comencé a gritar como hacía Roberto, amanerado, en medio de toda la gente.

¿Y qué dice el genio?, pregunta Mateo. Todos esperan a que le conteste, entre risas.

Concedido, digo.

Todos estallan.

XIII

Es de noche. Desde el balcón de mi apartamento puedo ver la piscina, las sombras del agua como estrías en los azulejos del fondo. Alguien nada.

Cuando lo reconozco ya va a medio camino de su bloque. El Tigre camina por el andén que bordea la piscina, lleva unas cajas. Desde acá puedo ver la cadena de oro que le cuelga del cuello, los brazos viga. A ellos no puedo verlos, no los escucho. Puede que estén en un apartamento viendo una película, jugando play.

¿Vamos?, me pregunta mi papá. Es mi cumpleaños y vamos a comer hamburguesa por la novena para celebrar. Mi mamá no viene porque se quedó con mi abuela que está enferma.

¿Seguro que no quieres invitar a nadie?

No, pa.

El restaurante queda en la calle, las mesas las ponen en el andén. Mi papá se sienta de espaldas a la novena.

Me pregunta: ¿aprovechaste el tiempo libre para hacer los trabajos del colegio?

No, le contesto, mañana comienzo; no es tanto.

Él parece molestarse. Menos mal el mesero nos interrumpe, nos da los menús. Antes de irse le habla a mi papá, le pide que se cambie de puesto.

Es que pueden confundirlo si se sienta de espaldas a la calle, le dice.

Mi papá lo mira sin entender, sigue en su puesto.

Ayer pasó en el restaurante de al frente, mataron al que no era.

¿Y cómo sabe que lo confundieron?, pregunta mi papá.

Eso dicen, contesta, eso me dijeron. Es una recomendación.

Después de que el mesero se ha ido mi papá no habla. Pasa un minuto, y entonces se cambia de puesto. Se sienta de frente a la calle como están todos en el restaurante.

Me pregunta: ¿aprovechaste el tiempo libre para hacer los trabajos del colegio?

No le contesto. No hace falta. Inmediatamente cae en cuenta de que se está repitiendo, entonces me pregunta si sé contra quién es el próximo partido del América.

Le digo: contra el Cali. El Tigre no puede jugar porque está suspendido. En el último partido se quitó la camiseta en la celebración. Le sacaron la segunda amarilla.

De vuelta a casa, en el carro, mi papá me da mi regalo. Lo abro, es un Mp3.

¿Qué pasa?, ¿no te gustó?

Sí.

¿Entonces?

Le digo que no siento merecerlo. No le digo la verdad, lo que me preocupa. Que ayer, después de casi tres semanas, Michelle y Valentina respondieron a mi carta con otro papelito en mi puerta:

¿Quién sos? gracias por lax chokolatinas besos!!!!

Que esa pregunta es la que me viene rondando desde ese momento. ¿Quién soy? Podría decirles que soy el que maneja la música cuando ellos están en la piscina, el del 301 F, el que no puede tocar el agua porque perdió el tímpano buceando con tiburones. Algo, cualquier cosa, para sorprenderlas, para convencerlas de que bajen a una hora en la que ellos no puedan verlas. Solo yo.



EL TEATRO TRANSGRESOR DE ANDRÉS CAICEDO



Jaime Acosta

FOTOGRAFÍA:
Diego Vélez

Tuve la oportunidad de conocer y de trabajar en teatro con el joven escritor Andrés Caicedo cuando, en 1.968, cursábamos el quinto año de bachillerato en el Colegio Preuniversitario San Luis Gonzaga de Santiago de Cali.

Cali era, entonces, la ciudad tropical de finales de los 60s; esa década prodigiosa de la contracultura y el underground, y comienzos de los 70, con el advenimiento de movimientos sociales y culturales inéditos y contestatarios, el coletazo final de las grandes vanguardias europeas, el expresionismo alemán, la escuela rusa, el Surrealismo, que permearon la cultura occidental ubicando, en el espacio y el tiempo, las ideas fundacionales de la modernidad, ya puestas de manifiesto en las obras de pensadores como Nietzsche, Freud y Marx y que, desde las décadas 40 y 50, revolucionaron e influenciaron de manera decisiva el mundo de la cultura en América Latina. Posteriormente vendría también el arte Pop, el rock, la salsa y la sicodelia. Corrían entonces, por estas tierras, las ideas de Mayo del 68, la Revolución Cubana y el Boom de la literatura latinoamericana.

En la Cali de finales de los 60s, iniciaba su militancia apostólica y hacia su presentación en sociedad, el Nadaísmo, e irrumpían en el escenario de nuestra cultura colonialista y avejentada, los Comandos Revolucionarios del niño Jesús.

*No agregues nada
a la vergüenza
de tu propio perdón*

~André Breton

En 1.967, el poeta paisa Gonzalo Arango entró montado en un burro a la Plaza de Cayzedo, a donde lo esperaban en medio de palmas que abanicaban sus cofrades caleños, los noveles bardos Eduardo Escobar X-503, Jota Mario Arbeláez y el Monje Loco para, acto seguido, después de poemas y diatribas, prenderle fuego a “María”, por entonces, novela cumbre de las letras nacionales, en un acto-happening de teatro pánico que simbolizaba, según ellos, el advenimiento de una nueva poesía.

Pero también, por ese entonces, en la Sultana del Valle, se sentaban las bases del Nuevo Teatro Colombiano, desde la sala Beethoven del Conservatorio Antonio Maria Valencia y del TEC, Teatro experimental de Cali, bajo la dirección del Maestro Enrique Buenaventura, en complicidad con el director y dramaturgo Santiago García, y una pléyade de intelectuales y teatreros de Bogotá, que tenían como punto de referencia el grupo de La Candelaria, a donde se experimentaba, lo mismo que en el TEC, con la metodología de la creación colectiva y con las teorías de Stanislavsky, Bertolt Brech, y posteriormente del polaco Gerzy Grotowsky, quien vino a Colombia exclusivamente para convivir con ellos y a dictar un seminario sobre el Teatro Pobre.

Por entonces el TEC participaba en los grandes festivales Internacionales del



mundo, como el de Nancy, Francia, en donde obtuvo varios reconocimientos, alternando con dramaturgos latinoamericanos como Atahualpa del Cioppo y Augusto Boal. Obras como “A la Diestra de Dios Padre”, “Soldados”, “Los papeles del infierno”, llevadas a escena por el TEC; y, “Marat Sade” y “La cocina”, del grupo La Candelaria, fueron presentadas en los Festivales anuales de arte de Santiago de Cali.

También hay que destacar especialmente, la creación y puesta en marcha a partir de 1.971 de una Bienal Americana de Arte Gráfico, con organización y curaduría del Museo de Arte Moderno La Tertulia, bajo la dirección de Gloria Delgado y Maritza Uribe de Urdinola . La Bienal llegó a adquirir un merecido prestigio internacional, contando con la participación de artistas plásticos de reconocida trayectoria: Syzlo, Le Par, La Matta, y estaba más que sustentada por un movimiento importante en la plástica nacional: Alejandro Obregón, Enrique

Grau, Edgar Negret, Fernando Botero, Ramírez Villamizar, Widerman, Feliza Burztny, Luis Caballero y la crítica argentina Martha Traba, entre otros. Y en Cali, alternando sus encuentros y exposiciones en los salones de La Tertulia, se encontraban Lucy y Hernando Tejada, María Teresa Negreiros, Pedro Alcántara, Ever Astudillo, Jean y Ann Bartelsman, Maripaz Jaramillo, Fanor León, Oscar Muñoz y los fotógrafos y diseñadores Fernel Franco, Gerthian Bartelsman, Carlos Duque y el gurú de la publicidad, Hernán Nichols. Y, por supuesto, también estaba la Ciudad Solar con su entrañable amigo Hernando Guerrero.

Pero la sucursal del cielo también era la ciudad del filósofo y pionero del psicoanálisis en Colombia, Estanislao Zuleta, y de poetas y escritores como Fernando Cruz Cronfly, Alvarez Gardeazábal, Harold Alvarado Tenorio, Umberto Valverde, Aníbal Arias... y de las universidades Santiago de Cali y del Valle, con sus facultades de Arquitectura y Humanidades,

últimos bastiones para la libre discusión de las ideas y la formación de los libre pensadores, aun así, a contracorriente de una concepción de la Universidad Neocolonialista y autoritaria, a espaldas de una sociedad urgida del conocimiento y la ciencia para su desarrollo. Estos conflictos, confluían en su confrontación con el movimiento estudiantil de 1971. Pero también, y de manera decisiva, estaba la música, las descargas permanentes y sonoras de los sonidos afrocubanos que los iba llevando la brisa por las calles, o que salían como trombas, como bocanadas de erotismo y misterio de la otra escuela, la de los bares de mala muerte de la legendaria calle 15, Picapiedra, Natali, La rosa, Fantasio, El séptimo cielo, La Habana, El bar de Willian y también Libaniel, Honka Monka y El aguacate. Por esas noches de brisa y de palmeras del trópico, iluminadas con colores y destellos de neón, se comenzó a escribir la novela "Que viva la música". También estaban las librerías Nacional y Letras, y el restaurante Los Turcos.

Ese era el ambiente, la atmósfera, el aire que respiraba y que para bien o para mal, iba nutriendo las vivencias cotidianas del joven Andrés Caicedo a los 17 años. A través de Caicedo, con quien, repito, cursaba el quinto de bachillerato, conocí también a Ramiro Arbeláez, que estudiaba en el San Luis loma y ya había incurcionado en algunos proyectos teatrales de Andrés (1967) y con quien fundamos, antes de haber cumplido ninguno de los tres los 18 años, el TESCA, Teatro Estudiantil de Cali.

Los ensayos eran a la salida de clases y los sábados en el auditorio del colegio, logrando llevar a las tablas, en muy corto tiempo, con esa creatividad frenética de Caicedo, "La piel del otro Héroe", pieza experimental de corte brechtiano, una sucesión de sketches o cuadros que se

iban originando en la absoluta austeridad del espacio escénico, puesto solo en evidencia por el devenir dramático, la presencia del actor y su relación con el movimiento de la luz, aboliendo de tajo cualquier rezago Aristotélico con sus condicionantes de una unidad de causa, espacio y tiempo, propiciando una vuelta de tuerca a la tradición sicologista, al contubernio con el melodrama y el phathos y los postulados anacrónicos de la introducción, nudo y desenlace. La imaginación y el sueño también hacen parte activa de la realidad.

La obra, escrita, dirigida y actuada por Andrés, que hizo un pequeño papel, con la colaboración de algunos de sus compañeros de clases, era una especie de alegato contra la guerra del Vietnam, el poder y el autoritarismo, y obtuvo el primer premio en el Festival Departamental de Teatro Estudiantil y un premio ex aequo a mejor actor para quien esto escribe. El jurado estaba presidido por el maestro Enrique Buenaventura, junto con el actor del TEC Fernando Pérez y el poeta Adolfo León Rengifo.

Andrés, no terminó el sexto de bachillerato en el San Luis Gonzaga, tenía ya muy claro que era lo que quería hacer. Y después de responder con cinco poemas a las cinco preguntas de un examen de física, no lo vimos mas por esos corredores, los mismos corredores de los cuales se llevaron, treinta y cinco años después, secuestrados por un comando de las FARC, a los miembros de la Asamblea Departamental del Valle del Cauca.

Después vendrían dos obras en las que no participé, "Recibiendo al nuevo alumno" y "Los Diplomas", con libretos y dirección de Caicedo, dentro de una estética expresionista que marcaba una nueva etapa caracterizada por el alejamiento del realismo social que marcó sus primeras incursiones.

En estas piezas es posible percibir su propia experiencia y decepción de las lacras de la religión y del medio educativo, de igual forma las influencias de sus lecturas y películas iniciáticas, los insucesos juveniles y adolescentes del medio estudiantil, muy en la línea de “El Joven Torles” de Musil llevada al cine por Volker Schlöndorff, y del filme “Cero en conducta”, de Jean Vigo. Pero también el mundo adolescente del mexicano José Agustín y el universo marginal de “La ciudad y los perros”, novela ésta de la cual más adelante Andrés realizaría una extensa y casi literal adaptación para el teatro.

Posteriormente, y como resultado de la investigación que el TESCA se propuso de la obra del dramaturgo Eugène Ionesco y su Teatro del Absurdo -cuyos textos de vanguardia se estrenaban en Europa por ese entonces-; estudio que incluyó las obras “Historias de rinocerontes” y “La cantante calva”, se puso en escena “Las sillas”, siempre con el apoyo intelectual y actoral de Ramiro Arbeláez y, en esta oportunidad, con la colaboración de la actriz María Teresa Valencia.

Esta pieza, así como el conjunto de la obra de Ionesco, escrita a mediados de los sesenta, nos muestra una visión pesimista del mundo y de la existencia humana, e indaga acerca de la enajenación del lenguaje y la inutilidad de las palabras, la traición del racionalismo occidental y de la lógica. La dramaturgia rastrea el mundo solitario y sin esperanza de una pareja de ancianos sin nombre, “El viejo” y “La vieja”, que habitan en el faro de una isla desierta y solo subsisten para reafirmar el mundo ilusorio, sin belleza y sin verdad en el que siempre han vivido.

Trabajando en la perspectiva de una puesta en escena y una dirección de inspiración expresionista, en casi dos horas continuas, sin cortes, durante las cuales los dos actores debían permane-

cer en el escenario, exigiendo de ellos un gran esfuerzo físico, mientras se iban acumulando, de manera compulsiva, sillas y más sillas que simbolizaban a los distintos y singulares personajes de la sociedad y del poder, en ejercicio de su condición humana.

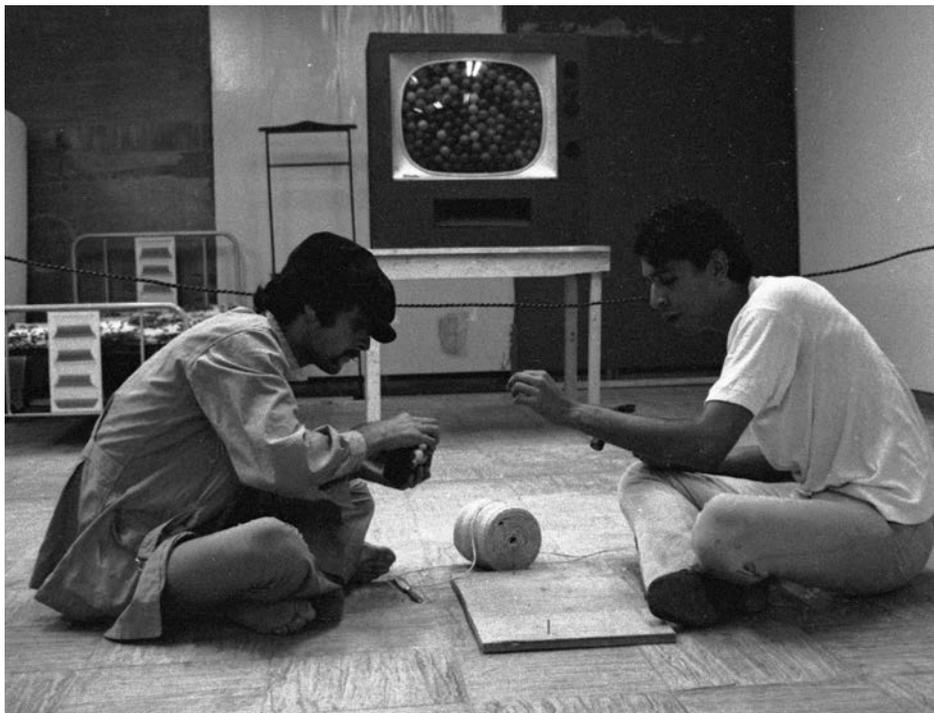
La obra tuvo el privilegio de estrenarse en la sala del Conservatorio de Cali, con lleno total y reseñas en la prensa intelectual de la ciudad, incluida una del escritor en ciernes Gustavo Álvarez Gardeazábal, que tenía una columna en el diario “Occidente”. También fue un gran éxito la presentación en el teatro al aire libre del Museo La Tertulia, con lleno total y espectadores subidos en los árboles de mango.

El año siguiente, durante el segundo semestre de 1970, junto con otros compañeros del San Luis, comencé a estudiar Arquitectura en la Universidad del Valle. Andrés presentó un proyecto para montar una obra, al entonces Decano de Estudiantes, Diego Roldán, quien le brindó el apoyo para dirigir “La noche de los asesinos,” adaptación libre de la obra del cubano José Triana, esta vez, con la actuación de Sonia Montero, estudiante de humanidades de la Universidad del Valle, Ramiro Arbeláez y Jaime Acosta.

En esta ocasión, la puesta en escena llevó al límite la estética neo-expresionista iniciada con “Las sillas”. Tres actores que representan personajes agobiados por el mundo de la niñez y de la adolescencia, en el encierro angustioso y la oscuridad.

Era una penumbra moribunda donde los actores representaban, apoyados por cinco cubos de madera que componen toda la escenografía abstracta y con los cuales se construían los espacios, escenas donde deambulaban los fantasmas, demonios, ilusiones y crisis de la estructura familiar; ese paraíso y ese infierno, a decir de algunos.





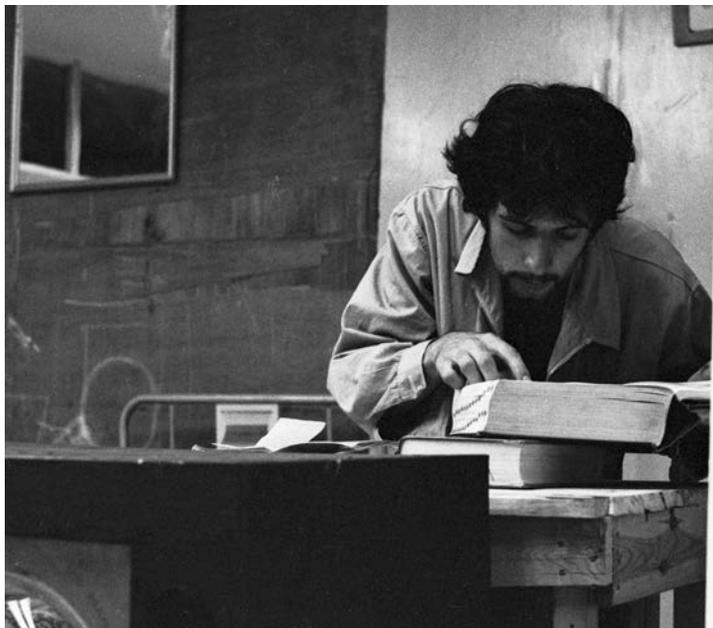
La obra tuvo varias presentaciones, entre ellas, dos funciones con muy buena asistencia en el Teatro Municipal, hoy llamado Enrique Buenaventura, siendo seleccionada también para participar en el Seminario Nacional de Teatro Universitario realizado ese año en la ciudad de Bucaramanga. El movimiento teatral universitario era bastante relevante dentro del panorama de la cultura nacional en la década del 70.

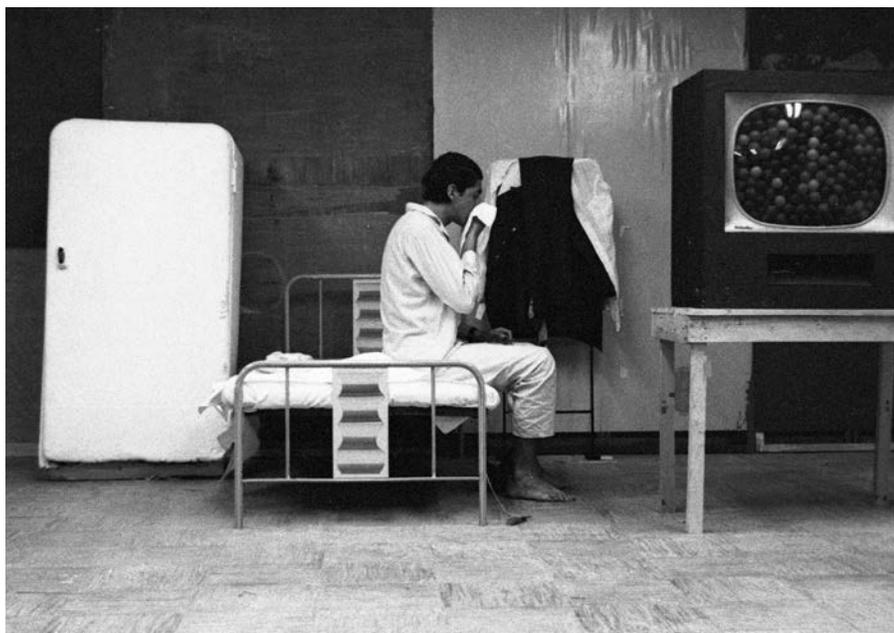
Gracias al éxito obtenido por “La noche de los asesinos”, y de nuevo con el auspicio de la Universidad del Valle, que puso a nuestra disposición un piso en las recién inauguradas residencias universitarias, se llevaron a cabo los ensayos y la puesta en escena de “El mar”, la pieza teatral mas ambiciosa y compleja de Caicedo, que ya planteaba una estética más cercana al realismo fantástico, más próximo a su obra literaria y que tanto admiró Andrés en la obra de Julio Cortázar y Jorge Luis Borges.

Los personajes de la obra, Jacinto y José, a diferencia de Jesús, pareciera que están más allá de eso que llamamos la realidad objetiva, al margen de la historia, han prescindido de esas circunstancias, tienen conciencia de si mismos y se han aislado, han tomado distancia de las prácticas y rituales despiadadas del consumo en el que está prisionera la vida, como sucede con algunos de los personajes de Samuel Beckett.

Dos, de los tres personajes de la obra, Jesús y Jacinto, fueron interpretados magistralmente por el mismo actor, Ramiro Arbeláez. Por ese entonces, Caicedo ya había visto la película de Joseph Mankiewicz “El jarro de miel”, en donde el actor Michael Caine interpretaba también dos papeles estelares.

Esta nueva incursión en el teatro, anuncia una puesta en escena y una dirección de actores más contenida, más cercana al realismo, más pertinente al séptimo arte, universo éste que ya comenzaba a ocupar buena parte del tiempo de Caicedo, con el





ejercicio metódico y riguroso de la crítica de cine en distintos medios escritos, en los boletines del Cine Club de Cali y en su revista Ojo al Cine.

La dramaturgia de “El mar” surge de una lectura de textos relacionados con los oficios, costumbres y avatares de los hombres del mar, “Las aventuras de Arthur Gordon Pinn” de Edgar Allan Poe, uno de sus autores de culto, y de “Moby Dick,” de Herman Melville, llevada al cine por John Huston. Pero la noción del espacio escénico y de los personajes está inspirada por la atmósfera de encierro irrevocable, casi como destino, de los dos personajes de “El montaplatos” de Harold Pinter.

El argumento de la obra es bastante sencillo: Jacinto, personaje marginal con antecedentes de problemas psicológicos, de desubicación e incapacidad para integrarse al mundo que le ha tocado vivir, invita a José - indigente que encuentra en la calle un día cualquiera y a quien le promete regalar un par de zapatos- a un apartamento invadido por los libros hasta la misma nevera; apartamento que

comparte eventualmente con su hermano Chucho.

La ilusión que aún mantiene en pie a Jacinto, es la lejana posibilidad de escribir un drama sobre la vida del mar. Una vez juntos, le propone a José cerrar definitivamente puertas y ventanas y dejar a Chucho afuera, como efectivamente lo hacen. Los dos personajes van entrando en un alejamiento, en un extrañamiento de las costumbres y actitudes tradicionales o normativas de la vida, tal y como la conocemos, llegando a un estado de delirio mientras improvisan una pantalla en la blancura de una sabana a donde proyectan películas, mientras Jacinto trabaja su drama sobre el mar.

La dramaturgia deviene en reflexiones de tipo filosófico, pues Jacinto trata de explicar a su reciente interlocutor, las posibles causas de sus desvaríos mentales, de su aislamiento, al tiempo que plantea escenas del drama que quiere escribir, muchas de esas escenas o situaciones están relacionadas con la forma, manera o punto de vista, como los diferentes personajes asumen las diversas

circunstancias de su propia vida, de su propio destino.

La obra, bastante exigente con el método realista de actuación y la cuidadosa escenografía de atisbos surrealistas, fue muy bien recibida por los entendidos y tuvo muy pocas presentaciones, entre otras cosas, por lo dispendioso que resultaba movilizar todos los bártulos.

La obra teatral de Caicedo es mucho más diversa que la literaria, en cuanto a tendencias e influencias estéticas se refiere. Tanto sus cuentos, como sus novelas cortas, componen una saga relacionada con la mirada decepcionada, herida e impotente del mundo de los jóvenes. Historias cotidianas en esa dimensión del realismo fantástico, como ya se dijo, y que van mutando en una decadencia y una autodestrucción asumida, mientras asistimos a la descomposición de una clase, hasta la degradación psicológica y social. Significantes estos, con los cuales obtendrá de primera mano, como en un laboratorio de lo humano, el horroroso significado

de sus últimos relatos, como “Noche sin fortuna”, ya hermanados con H.F. Lovecraft y sus abominables criaturas.

Por el contrario, tanto las tendencias y aproximaciones estéticas, así como la diversidad de influencias y “géneros” de sus puestas en escena teatrales, están más determinadas por la necesidad de comunicar algunos temas, ciertas ideas que obsesionaban a Caicedo, y por la pasión y cercanía que experimentaba en cada una de sus incursiones en el teatro. Claro está que el movimiento Surrealista con sus ideas libertarias, rituales y provocaciones, inspiró no solamente a Caicedo, sino que era la brújula de la carta de navegación de los miembros de lo que posteriormente se conoció como el Grupo de Cali.

Como ya se mencionó antes, Andrés realizó una extensa adaptación de la novela de Mario Vargas Llosa, “La ciudad y los perros”, un ejercicio de escritura que se propuso conseguir en menos de una semana, pero que nunca llevó a escena y,



posteriormente, en 1.973, adaptó “Los fastos del infierno” de Michael de Ghelderode y que tituló “Juan en el desierto”.

La pieza teatral de Ghelderode sucede también en medio de la atmosfera corrosiva y angustiosa del encierro, y tiene que ver, con las alucinaciones y delirios del poder y del orden impuesto, siempre precario, consecuencia del autoritarismo y la violencia. Y describe, como un grupo de monjes, curas y abates, libidinosos y glotonos, se encierran aterrorizados, cagados del miedo, con toda la comida y los baúles rebosantes de oro, en los sótanos profundos de El Escorial. Los acompaña en su escondite, el cadáver aún tibio de un líder, y de quien se dice, tenía el don de aplacar las tormentas y la peste.

Durante todo el tiempo las curas, presas del miedo, escuchan como avanza desenfrenada por los corredores, una turba incontenible liderada por el rey de los carniceros, que amenaza con tomar, a sangre y fuego, la monumental edificación en donde se encuentran escondidos como ratas.

Esta última incursión cierra la saga teatral del joven autor, quien por entonces ya tenía otras preocupaciones relacionadas con su obra literaria, la crítica y la escritura para cine; y, al igual que “La ciudad y los perros”, nunca se llevo a las tablas, aunque intentamos hacerlo. Más que nada por la dificultad que significaba el hecho de poder reunir dentro del medio universitario, a doce actores comprometidos y dispuestos a dejarlo todo, o casi todo, por el teatro.

Es muy importante anotar que Andrés ingresó a la planta de actores del Teatro Experimental de Cali, TEC, en 1.970 y estuvo vinculado al grupo y a sus quehaceres, algo más de un año, siendo asistente de dirección y parte del elenco de la obra “Seis horas en la vida de Frank Kulak”.

Con el apoyo de este grupo fundó un Cine Club y posteriormente Andrés haría todo aparte con el Cine Club de Cali que sesionó en el teatro San Fernando.

Cuando ya corría el año 1.974, las inquietudes teatrales se fueron disolviendo lentamente, no solo por las dificultades anotadas, sino también porque mi familia regreso a Bogotá; unos meses después también opté por hacerlo, pues aún no le encontraba sentido a la vida y estaba perdiendo la partida contra la bohemia y el alcohol en mi querida Cali. Durante los siguientes veinte años trabajé como cine clubista y me vinculé a la universidad como profesor de Historia del Cine. Y Ramiro, el otro escudero, iniciaba su carrera como historiador, catedrático e investigador académico.

Andrés, que ya venía años sufriendo de angustia y depresión, no aguantó más y el 4 de marzo de 1.977, hace cuarenta y un años, por su propia decisión, puso punto final a su vida. Otros, menos valientes, decidimos hacerlo en módicas cuotas mensuales. Su temprano y corto paso por la literatura, el teatro y el cine, se encuentra minado por la rebeldía, la transgresión y la brillantez de su espíritu libertario.

El olvido, la apatía y la pobreza moral del medio que tuvo que soportar en vida, pero sobre todo, el letal veneno de la falta de reconocimiento y el desamor, en una personalidad precoz y aún en ciernes que cayó en la trampa de la identificación con el mundo urdido por los hombres, lograron doblegarlo; las drogas harían el resto.

Jaime Acosta



TODO LO SÓLIDO SE DESVANECE

¡QUE VIVA LA MÚSICA!
DE ANDRÉS CAICEDO*

Betty Osorio

Marshall Berman (1940-2013) llama “modernidad” a una forma de experiencia vital que comparten los hombres y mujeres de todo el mundo, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. En este laberinto se amalgaman las vivencias del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás. Allí colindan tanto las posibilidades como los riesgos de la vida. Entonces, de acuerdo al mismo pensador: “Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos”. (Introducción, XIII). Este conjunto contradictorio describe perfectamente el ámbito cultural donde se mueven la protagonista y los personajes

jóvenes de la novela *¡Que viva la música!* (1977) del narrador caleño Andrés Caicedo (1951-1977).

El título, *¡Que viva la música!* se refiere a una canción de Rey Barreto (1929-2006), uno de los más destacados percusionistas de la denominada salsa dura. La canción es un tributo apasionado a la música como expresión profunda de la identidad del Caribe: “Nuestra música (en los corazones) siempre vivirá / Oye, siempre vivirá siempre vivirá. / Por eso digo con gran orgullo ¡Pero que viva la música! /” (Rey Barreto).

Además, dentro de la misma novela, se reproduce un afiche, al parecer publicado durante la Feria de Cali por el mismo Caicedo (Ricardito), que protesta contra la música andina y respalda la tradición afrocubana.

* Este ensayo parte de la presentación hecha por Betty Osorio el 8 de noviembre del 2017, titulada *¿Qué pasaría si María del Carmen Huerta fuera negra. Género, raza y clase en la novela ¡Que viva la música!* de Andrés Caicedo, en el marco del proyecto cultural *Entre Paréntesis*, de la Universidad Icesi de Cali.

Fotografía tomada de: <https://www.lasozorillas.co/la-ruta-de-andres-caicedo-en-cali/>



A Los Graduados, Los Hispanos y demás cultores del “Sonido Paisa”, hecho a la medida de la burguesía y de su vulgaridad.

Porque no se trata de “Sufrir me tocó a mí en esta vida” sino de “Agúzate que te están velando”

¡¡Viva el sentimiento afrocubano!!

¡¡Viva Puerto Rico libre!!

RICARDO REY NOS HACE FALTA”. (175-176)

Muy significativamente, la novela trae un apéndice que contiene 96 entradas discográficas, elaborado por el mismo autor, indicando las versiones preferidas que la protagonista María del Carmen Huerta ha escuchado “[...] a través de puertas abiertas, radios o en los buses” (231).

El investigador venezolano Enrique Plata Ramírez describe una tradición narrativa paralela y muy diferente al realismo mágico que

[...] la crítica ha dado en llamar “Narrativa de lo musical popular”, o a través de variantes significativas como “Narrativa del bolero”, “Narrativa musical caribeña”, “Narrativa del tango”, o “Narrativa de la música popular latinoamericana” (Véanse: López: 1998; Kozak: 1993; González Silva: 1998; Lister: 2002; Giménez: 1990; Aparicio: 1993; Otero Garavís: 2000; Torres: 1998; Báez: 1986), como si a partir de la articulación entre la literatura y la música popular, alterna y paradójicamente se sacralizaran y desacralizaran,

tanto la música como la literatura. Como si en esa imbricación textual, en esas transversalidades significativas, hubiese más un encuentro erótico, pulsional, que cultural. (217)

Dentro de la reconocida tradición de narrativa del Caribe insular se situará la novela de Andrés Caicedo. La modernidad de estos textos se expresa a través de la música, el ritmo y el baile. Por ejemplo. *Tres tristes tigres* (1965, 1967), *La Habana para un infante difunto* (1979), ambas del cubano Guillermo Cabrera Infante (Cuba 1929 - Reino Unido, 2005, Premio Cervantes 1997), y la novela de Severo Sarduy (Cuba, 1937-Francia 1993) *De donde son los cantantes* (1967) (Canción de Celia Cruz) son ejemplos de esta apuesta narrativa. En estas novelas se recoge la cultura festiva y el gozo de vivir de los cubanos que se rehúsan a dejarse aniquilar por los duros procesos históricos que su isla experimentó desde la segunda mitad del siglo pasado.

La guaracha del Macho Camacho (1976), del puertorriqueño Luis Rafael Sánchez (Puerto Rico, 1936), ha sido publicada seis veces y traducida a varios idiomas y en el 2000 fue publicada por la Editorial Cátedra. Esta novela es una de las obras cumbres de este género, en ella se capturan paródicamente los rasgos más problemáticos de la modernidad puertorriqueña, pero vivida en la cotidianidad a ritmo de guaracha y durante un embotellamiento de tráfico.

En los setentas, en las sociedades hispanoamericanas empieza a ser palpable como la utopía del progreso, basado en desarrollo tecnológico y la ampliación del sector financiero, ha colapsado para dejar sólo fragmentos y retazos. En contraposición con la Modernidad, Jean

Francois Lyotard ha llamado a esta situación la condición posmoderna (Introducción, 4); en ella prima el desencanto, el descentramiento y la desconfianza en los grandes relatos. El goce inmediato orienta los proyectos de vida, especialmente de los jóvenes. Todo lo anterior socava las sociedades de corte tradicional expuestas a una renovación radical y violenta. Este caos es evidente tanto la novela Luis Rafael Sánchez como en la de Andrés Caicedo.

¡Que viva la música! desafía y pone en entredicho los parámetros de la sociedad de consumo que convierte la obra de arte en mercancía. Para ello se vale de un novedoso juego de identidades que desestabiliza la figura de un autor monolítico responsable único de la escritura. “La novela está fechada en Los Ángeles y en Cali, la escribió entre marzo del 73 y diciembre del 74...” (Cobo Borda). Pero dentro de la novela, María del Carmen Huerta, la Siempreviva, es la autora ficcional, ella baila y Caicedo la escribe. “María del Carmen Huerta/ Los Ángeles-Cali/ Marzo 1973-Diciembre 1974 (230). El escritor muere, pero ella continúa bailando. Así, Caicedo le transmite a su protagonista sus derechos de autor. Este juego posmoderno se burla de los derechos de autor, una de las normas más importantes de la sociedad capitalista, que convierte al autor en una marca. Pero igualmente, tal gesto es también un guiño a los roles de género cuya base performativa los expone como comportamiento impuesto que ha sido construido dentro de una sociedad específica y, por lo tanto, se pueden cambiar como lo propone Judith Butler: “Existe un “género” que las personas tienen, o se trata de un atributo esencial que una persona es como lo expresa la pregunta “de qué género eres?”. Cuando las teorías feministas argumentan que el género es la interpretación cultural del

sexo o que el género se construye culturalmente ¿cuál es el mecanismo de esa construcción? (*El género en disputa*, 56).

De acuerdo con esta condición ambivalente se puede considerar que podría tratarse de ¿Un narrador masculino disfrazado?. Su disfraz es de una mujer que baila salsa. Es un disfraz de carnaval. Es un disfraz tropical. Es un disfraz de plenitud. ¡Es una mona que baila como negra!. Tal paradoja le permite a Andrés hacer en la ficción aquello que era inconcebible en su limitada realidad caleña. El truco funciona bien y “la Siempreviva” inmortal seguirá bailando y meneando su cabellera rubia en las futuras ediciones de la novela.

La ciudad de Cali es el territorio por donde se desplaza la joven María del Carmen Huerta. El proceso de modernización caleña presente en la novela se corresponde fielmente con la descripción que hace Néstor García Canclini de este fenómeno: “¿Cómo estudiar las astucias con qué la ciudad intenta conciliar todo lo que llega y prolifera, y trata de contener el desorden: el trueque de lo campesino con lo transnacional, los embotellamientos de coches frente a las manifestaciones de protesta, la expansión del consumo junto a las demandas de los desocupados, los duelos entre mercancías y comportamientos venidos de todas partes? (16). Cali durante la primera mitad de los años setenta fue sede de los VI Juegos Panamericanos entre el 30 de julio y 13 de agosto de 1971. Un total de 2.935 atletas de 32 países participaron en 17 deportes (Cali 71, ciudad de América. Entre proyecto y realidad).¹ Esto implicó una

transformación del espacio citadino, ya que se construyeron nuevas avenidas, canchas deportivas y edificios altos. En la novela el espacio simbólico urbano esta dividido así:

El nortecito: la casa de los padres, rock en inglés, sexo doloroso, noche, amigos de la misma clase, drogas, cocaína, ácido, heroína, gringos con poder, Lepoldo Brook, novela gótica. El pelo rubio de la protagonista se vuelve opaco.

El surecito: bailaderos de salsa caribeña, sexo hiperbólico, noche, sectores populares, los gringos como víctimas, alcohol, drogas, hongos, afros, indígenas. El pelo rubio de la protagonista resplandece.

Cuando María del Carmen se gradúa, como estudiante destacada del Liceo Benalcázar, siente la necesidad contundente de abandonar los paradigmas tradicionales de una sociedad agraria, religiosa, clasista y racista. Para romper con estos límites, la muchacha se lanza a recorrer las calles. En el norte descubre un mundo vacío y decadente: “Vivía pues, yo, en el sector más representativo y bullanguero del Nortecito, aquel que comprende el triángulo Squibb- Parque Versalles-Deiri Frost, el Primer Norte, el de los suicidas. Lo demás, Vipepas, La Flora, etc, es suburbio vulgar y poluto. Mi norte era trágico, cruel, disipado” (69).

Como lo muestra la cita, se trata de un ambiente corrosivo que experimenta un proceso enfermizo y degenerativo acelerado. Los jóvenes se drogan hasta el agotamiento y terminan convirtiéndose en criaturas nocturnas, azuladas y agónicas: “Mi pelo perdió el brillo. De oro pasó a ceniza... Mi piel, antes permanentemen-

1. “Cali 71, ciudad de América. Entre proyecto y realidad”, el Museo de la Tertulia reunió una serie de archivos que narran el cambio sociocultural

de Cali cuando se posicionó como un centro del deporte y las artes gráficas en 1971.

te bronceada, cobró términos Azulosos, como escamas...” (92). En la novela, el adoctrinamiento del marxismo se muestra como una fase trivial que apenas deja huella en la protagonista.

El representante más benigno de este mundo es Ricardito, el miserable, un alias de Andrés Caicedo para referirse a este tipo de experiencias. Se trata de un pobre muchacho, hijo de padres ricos, pero que vive crisis emocionales y por ello es internado frecuentemente en sanatorios. Escucha rock en inglés y le traduce a su amiga María del Carmen “Moonlight Mile” de los Rolling Stones: “Entonces se me acercó y comenzó a susurrarme la canción y su voz era dulce, él también estaba feliz, y yo por cada verso permitía que me arrancara un escalofrío de dicha, un crepito de sensaciones hermosas partir del oído” (88). El personaje se disuelve en la trama de la segunda parte. Para él no existe una salida, no puede seguir a la protagonista al mundo del surecito, y termina posiblemente en un hospital psiquiátrico: “En todo caso, no lo vi más. Dicen que empezó a sabotear el sueño de sus papás profiriendo horribles aullidos a la medianoche. Y que terminaron por encerrarlo. Pero no en la antigua y verde Inglaterra, como él hubiera querido. Fue a parar a San Isidro. Loquito criollo al fin y al cabo. (107). Andrés Caicedo, el hombre joven y el escritor, se rebela en contra el destino miserable de un hospital psiquiátrico. Posiblemente el peso de esta certeza lo llevó a terminar con su vida el 4 de marzo de 1977, cuando tenía 25 años, y precisamente cuando recibió un ejemplar de su novela publicada. Este acto radical es la contrafirma que lo convierte en mito juvenil.

El paso de María del Carmen del norte al sur equivale a una transgresión de las normas de clase tradicionales, pero igualmente descarta una modernidad fal-

sa y equívoca, representada por el rock y el consumo de drogas “... era yo la crema de la vitalidad entre un mundo de gente rendida. (131). Al descubrir que sus amigos de consumo no son capaces ya de ningún disfrute, incluso el sonido del rock los molesta cuando se encuentran en estado total de enajenación. Entonces María del Carmen decide romper con su novio gringo y su grupo de amigos. Cuando sale del apartamento escucha una música lejana “[...] el sur era de donde venía la música, la música mismísima [Eran cobres altos, cuerdas, cueros, era ese piano el que marcaba mi búsqueda, el que iba descubriendo cada diente de mi sonrisa. Llegué a la puerta, la abrí, oí la letra. (132). Entonces recibe una oleada de gozo que la transforma: “Lo que uno siente de primero es que no se le queda afuera, que al tratar de comunicarlo el júbilo llega entero, oh, que el júbilo no se tuviera que comunicar nunca, nunca con palabras, que fuera con los brazos (137).

La canción que la atrapa en su ritmo es el guaguancó (<https://www.ecured.>), un ritmo originado en La Habana, Cuba, su aparición coincide con la abolición de la esclavitud 1886. El guaguancó es una de las formas de la rumba y contiene una fusión de varios rituales profanos afro-cubanos. La dueña del establecimiento se llama Sambundia, nombre que revela su condición mulata. Sin muchos preámbulos, María del Carmen se integra a la rumba y pasa a convertirse en su reina.

La reina de la rumba existió en Cali, y es muy probable que Andrés Caicedo, debido a sus intereses musicales, la hubiera conocido o sabido de su pasión por la salsa. Un reportero de *El Tiempo* la describe así:²

2. Amparo Ramos Correa (Santiago de Cali, Valle del Cauca, Colombia, 30 de diciembre

Y a los 14 años, Amparo, Amparo Arrebato, es la reina, con sus piernas, con su baile, de todos los rumberos de Cali, del grill San Nicolás, de la Cumparsita y la Casita de bambú... Es la reina, la diosa que espera a Richie Rey y a Bobby Cruz para dejarlos con la boca abierta y dejar que se la lleven a Tropicana, en Juanchito. Y los deja con la boca abierta diez años después, 1969, en un concierto histórico en la Caseta Panamericana cuando Richie cantaba Bomba Camará, y Bobby la observaba abriendo los ojos y sosteniéndose la cara con la mano, y ella cree que no está bailando bien y baila para él, y ellos la llaman a su mesa y la invitan a Juanchito para que un año después Richie llegue cantando Amparo Arrebato le llaman cuando la ven pasar, esa negra tiene fama de Colombia Panamá...(AMPAROA-RREBATOhttps://web.archive).

En 1968, Richie Ray & Bobby Cruz la confirmaron como reina de la salsa al dedicarle la conocida canción “Amparo Arrebato”, compuesta en honor de la bailarina de 23 años de edad incluido en el Disco “Agúzate” de 1969 (AMPAROA-RREBATOhttps://web.archive)

de 1944 - Ídem, 25 de marzo de 2004) fue una bailarina popular colombiana famosa por ser una celebridad de la Feria de Cali y como bailarina de varios músicos latinos populares. Ella fue apodada “Amparo Arrebato” por su manera fuerte y furiosa de bailar capaz de despertar sentimientos fuertes tanto en bailarines como en los espectadores. (https://wikivisually.com/lang-es/wiki/Amparo_Arrebato octubre 202017)

La canción anterior se cita en la novela., La Mona la escucha precisamente cuando llega al sur: “la letra decía: “Tiene fama de Colombia a Panamá. Ella enreda a los hombres y los sabe consolar “ (134). Es decir que la bailarina caleña sirve también de modelo para el juego seductor de la protagonista de Caicedo con un numeroso grupo de amantes de las clases populares. Amparo en las fotos aparece como una mulata clara, no tiene el pelo rubio de la Mona, pero sí su pasión por la salsa. Además, Richie Ray & Bobby Cruz, en la canción que dedican a Amparo Arrebato, la llaman negra, aunque las fotos muestran a una trigueña clara. Es negra por la pasión de su baile y el frenesí de su ritmo. Lo mismo ocurre con María del Carmen, es mona, pero baila como negra. La música disuelve, aunque momentáneamente, los prejuicios raciales de los caleños.

El baile hace que La Mona (Amparo Arrebato) se reconstituya como sujeto. Por eso, se refiere a esos “pedacitos” que la componían y que ahora son representados a través de la música. La rumba es un espacio contiguo al de la realidad de la implacable separación capitalista. Pues, el baile es un tiempo alterno al fisurar dicha realidad al destinarse al rito mismo. (Vásquez Hurtado, 9-10). Soy rubia. Soy tan rubia que me dicen : “Mona”, no es sino que aletee ese pelo sobre mi cara y verá que me libra de esta sombra que me acosa”. No era sombra, sino muerte lo que le cruzaba la cara y me dio miedo perder mi brillo (49). Estas alusiones al esplendoroso pelo rubio de María del Carmen sirven de contrapunto a toda la aventura de descubrimiento emprendida en el surecito. La clave es el brillo, relacionado con la luminosidad del sol, una experiencia caleña frecuente, como si la ciudad formara parte del Caribe.

María del Carmen Huerta es la encarnación del ritmo que mueve el cosmos y que está inscrito en su cuerpo. Ella evade cualquier intento de debate intelectual, su vida se gratifica por impulsos eróticos plasmados en la música del Caribe que han entrado a ser parte del FERIA de Cali y ha plasmado una nueva faz de la identidad urbana, inicialmente entre los sectores populares.

Yo sería el espíritu de la concordia y del goce sin fin. Yo era el alma que le daba origen a la rumba, la novia de la rumba, la más gozozay asediada...Yo no iba a desgastar la rumba sino a llenarla de coronas, reinados de frescura, y mi carne resplandecía de arreboles nocturnos, y mi pelo era la maleza encantadora, la mata que destella, confunde, aturde y produce somnolencia, si no se cuida. (181-182)

El baile funda un espacio sagrado construido por el ritmo que el cuerpo marca. María del Carmen vive intensamente esa función sagrada desatada por la música: “Me lo señalaban ellos, los músicos: cuánto tiempo y cómo y dónde. Yo, inocente y desnuda, soy simple y amable escucha. Ellos llevan las riendas del universo” (104). Las claves de la vida ritual de la Mona, sostenidas por la música y el baile, se enlazan fácilmente con los legados religiosos afro. Así la novela asegura un espacio trascendente donde la hermosa rubia caribeña, caleña seguirá su rumba. El ritmo es considerado, por las mitologías de Senegal, como uno de los rasgos de la divinidad, así lo describe el siguiente poema de Léopold Sédar Senghor (<https://www.poetryfoundation>).

“TO NEW YORK”

(A NUEVA YORK)

«You have only to listen to God’s trombones, to your heart /

(Tú sólo tienes que oír los trombones de Dios, a tu corazón) /

Beating to the rhythm of blood, your blood”. /

(Golpeando al ritmo de la sangre, tu sangre /)

And your eyes, especially your ears, to God /

(Y tus ojos, especialmente tus oídos, a Dios /)

Who in one burst of saxophone laughter /

(Quien en un estallido de risa de saxofón /)

Created heaven and earth in six days, /

(Creó el cielo y la tierra en seis días /)

And on the seventh slept a deep Negro sleep. /

(Y en el séptimo durmió un profundo sueño Negro. /)

Bibliografía

AMPARO ARREBATO <https://web.archive.org/web/20130519030438/http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-586613>. Consultada octubre 15 2017.

BERGMAN, MARSHALL. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (1982). Traducción de Andrea Morales Vidal. Madrid: Siglo XXI Editores, 1988.

BUTLER, JUDITH. *El género en disputa : el feminismo y la subversión de la identidad* (1989). Antonia Muño traductora. Barcelona: Paidós. 2008.

CAICEDO, ANDRÉS. *¡Que viva la música!*. (1977). Bogotá: Ediciones Alfaguara, 2013.

CALI 71, CIUDAD DE AMÉRICA. Entre proyecto y realidad. <https://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/cali-71-ciudad-de-america-en-el-museo-la-tertulia-de-cali/61508>. Consultada octubre 20 2017.

COBO BORDA, JUAN GUSTAVO. Lunes, 8 mayo, 2017. <https://www.radionacional.co/noticia/literatura-colombiana/asi-vio-la-luz-la-primera-edicion-de-que-viva-la-musica>. Consultada octubre 20 2017.

GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2001.

GUAGUANCO. <https://www.ecured.cu/Guaguanc%C3%B3>. Consultado octubre 20, 2017.

LYOTARD, JEAN-FRANÇOIS. *La condición postmoderna Informe sobre el saber* (1987). Traducción de Mariano Antolín Rato. Madrid: Cátedra, 1991.

PLATA RAMÍREZ, ENRIQUE. “El Caribe cuenta y canta. Transversalidades del discurso narrativo”. *Voz y escritura. Revista de estudios literarios*. N° 16, enero-diciembre 2008: pp.125-145.

REY BARRETO <https://www.youtube.com/watch?v=8RPheVmkCbw>. Consultada octubre 18, 2017

<https://www.poetryfoundation.org/poems/53354/to-new-york>. Consultada noviembre 10 2017.

VASQUEZ HURTADO, DAVID. “El baile como profanación en *¡Que viva la música de Andrés Caicedo!*”. *Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios*. Vol 11, número 2., invierno 2013: pp.3-11.

 Betty Osorio



VOL. 17

DIRECCIÓN

MARGARITA Cuéllar Barona

**COMITÉ EDITORIAL
INVITADO**

MARIA DEL PILAR Caicedo Estela

HANNI Jalil Paier

JULIANA Penagos Montoya

**DISEÑO, DIAGRAMACIÓN
E ILUSTRACIÓN**

NATALIA Ayala Pacini

nataliaayalapb@gmail.com

www.icesi.edu.co/papeldecolgadura

 *[papeldecolgadura](https://www.facebook.com/papeldecolgadura)*